



Travesía por los caminos de herradura: Reconstruyendo las memorias del conflicto armado en el Carmen de Viboral. Una apuesta narrativa y pedagógica

Yuliana Montoya Pérez
Lina María García Gómez
Luisa Fernanda Osorio Zuluaga

Trabajo de investigación para optar al título de Licenciadas en Educación Básica con énfasis en Humanidades, Lengua Castellana

Tutor
Diela Bibiana Betancur Valencia

Universidad de Antioquia
Facultad de Educación
Licenciatura en Humanidades
El Carmen de Viboral, Antioquia, Colombia
2022

Cita	(García Gómez; Montoya Pérez & Osorio Zuluaga, 2022)
Referencia	García Gómez, L; Montoya Pérez, Y. & Osorio Zuluaga, L. (2022). <i>Travesía por los caminos de herradura: Reconstruyendo las memorias del conflicto armado en el Carmen de Viboral. Una apuesta narrativa y pedagógica</i> , [Trabajo de grado profesional]. Universidad de Antioquia, El Carmen de Viboral, Colombia.
Estilo APA 7 (2020)	



Biblioteca Seccional Oriente (El Carmen de Viboral)

Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

Rector: Jhon Jairo Arboleda Céspedes

Decano/Director: Wilson Bolívar Buriticá

Jefe departamento: Cartul Vargas.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Agradecimientos

Diego no conocía la mar. El padre, Santiago, lo llevó a descubrirla. Viajaron al sur. Ella, la mar, estaba más allá de los altos médanos, esperando. Cuando el niño y su padre alcanzaron por fin aquellas cumbres de arena, después de mucho caminar, la mar estalló ante sus ojos. Y fue tanta la inmensidad de la mar, y tanto su fulgor, que el niño quedó mudo de hermosura. Y cuando por fin consiguió hablar, temblando, tartamudeando, pidió a su padre: ¡Ayúdame a mirar!

- Eduardo Galeano.

Este recorrido de caminos y pensamientos que decidimos transitar hace un par de semestres, se vio atravesado por una serie de intermitencias que nos tocó aprender a sortear y que llevó a que juntas buscáramos maneras distintas de afrontar la situación. No obstante, a este trío de mujeres inquietas y un tanto apresuradas nos hacía falta un pequeño complemento que nos diera calma y nos enseñara como a *Diego*, a mirar la mar. Es así que en este corto apartado agradecemos a nuestra asesora atemporal de nuestro trabajo de grado, quien, en medio de la incertidumbre de los caminos sin salida, nos enseñaba con una acogedora sonrisa que siempre había un atajo que buscar. A ella, Diela Betancur, nuestro agradecimiento y cariño más sincero.

A la comunidad de La Madera, a Flor desde La Esperanza, Alba con sus distintos colectivos y Nadys desde La Unión, les agradecemos también permitirnos entrar en sus memorias y territorios y enseñarnos que, con la *juntanza*, los distintos tejidos comunitarios pueden ser tan inmensos como la mar. Por último, a nuestros padres que nos heredaron su historia y que permitieron que ellas fueran los cimientos para irnos en busca de esta ruta, de este trasegar.

Tabla de contenido

Resumen	7
Abstract	8
Introducción	9
1. En busca del sendero olvidado o planteamiento del problema	11
Los relatos de un pasaje por nuestra historia	17
A pie por los recuerdos	17
Lejos de casa	19
Un atajo que conduce a la montaña	22
Donde los caminos se cruzan	24
Antecedentes. Las huellas que otros han dejado	27
Justificación. El porqué de esta ruta	37
2. Horizonte conceptual: Mapas de señales para reinventar recorridos	39
De cómo hacemos memoria	39
Narrativizar la memoria	42
Acercamiento al territorio: rastros de sus dimensiones	46
3. Metodología. A dónde nos lleva la brújula.	51
Planeación de talleres: entre palabras, preguntas y encuentros	55
Las intermitencias del camino.	60
Nuestras máscaras	61
¿A qué venimos al mundo?	62
Cartografía comunitaria: resignificar espacios cotidianos.	63
Entrevistas, retazos de una conversación	65
Elaboración de narrativas, los diálogos construyen relato	67
Encuentros literarios sobre el conflicto armado, la alteridad de la realidad	69

Centro de Memoria	70
A modo de agradecimiento, socialización y publicación del proyecto	71
Consideraciones éticas	73
4. Narrativas: historias plasmadas a través de la tinta	75
En una noche aluna	75
La tierra de las Antígonas	80
Lo que esconde el silencio	83
5. Hallazgos: después de la siembra; la cosecha	87
Marcas que se develan al transitar: memoria y huellas del territorio	87
La memoria como espacio de disputa	93
Memoria intergeneracional	97
Agencias de la memoria	100
Narrativas en tiempos de crisis	103
Enseñanza del conflicto armado en la escuela	107
6. Lo que nos enseñó este viaje	111
Referencias	115

Tabla de Figuras

Figura 1. Taller de conceptualización, línea de tiempo	13
Figura 2. Óleo. Semilla y abono. Serie "Los tractores hacen La Unión" vereda La Madera (2020) Hugo Montoya	57
Figura 3. Exposición “Fotografías”. Erika Diettes (2016)	59
Figura 4. Cartografía social, taller con padres. Vereda La Madera. (27 de julio del 2021)	64
Figura 5. Portada publicación de devolución para la comunidad.	72
Figura 6. Eran las 5 de la tarde. Darío Ortiz (2001)	92
Figura 7. Dibujo realizado por estudiante de grado noveno, vereda La Madera (2021)	104
Figura 8. Dibujo realizado por estudiante del grado noveno, vereda La Madera (2021)	104
Figura 9. Dibujo realizado por estudiante del grado noveno, vereda La Madera (2021)	105
Figura 10. Dibujo realizado por estudiante del grado noveno, vereda La madera (2021)	106

Resumen

Este proyecto orientado bajo el paradigma cualitativo y la investigación narrativa busca contribuir al conocimiento y comprensión de la memoria del conflicto armado en El Carmen de Viboral (Antioquia). Para ello, propiciamos escenarios de diálogo, reflexión, reconocimiento y sensibilización en una institución educativa rural del municipio a través del desarrollo de talleres con los grados octavo y noveno; entrevistamos líderes comunitarios, víctimas del conflicto armado y padres de familia y elaboramos narrativas que derivaron de dichas conversaciones. Bajo esta propuesta, encontramos algunas comprensiones sobre la memoria intergeneracional, las agencias de la memoria en el territorio, las distintas disputas por la memoria, la enseñanza del conflicto armado en la escuela y los modos que allí se tienen para narrar el horror. Estos ejes de reflexión aportaron a nuestra formación académica frente a las posibilidades de abordar el conflicto armado en la escuela desde el área de humanidades y lengua castellana y en diálogo con las contribuciones de las comunidades que la conforman.

Palabras clave: Conflicto armado, Memoria, Territorio, Narrativas, Escuela.

Abstract

This project, which is oriented under the qualitative paradigm and narrative research, seeks to contribute to the knowledge and understanding of the memory of the armed conflict in El Carmen de Viboral (Antioquia). To this end, we provided scenarios for dialogue, reflection, recognition and awareness-raising in a rural educational institution in the municipality through the development of workshops with the eighth and ninth grades; we interviewed community leaders, victims of the armed conflict and parents and developed narratives derived from these conversations. Under this proposal, we found some understandings about intergenerational memory, the agencies of memory in the territory, the different disputes over memory, the teaching of the armed conflict at school and the ways in which the horror is narrated there. These axes of reflection contributed to our academic training in terms of the possibilities of addressing the armed conflict at school from the area of humanities and Spanish language and in dialogue with the contributions of the communities that make it up.

Keywords: Armed conflict, Memory, Territory, Narratives, School.

Introducción

Para adentrarse en estos caminos de herradura que nos convocan, es necesario transitar con cautela y cuidado, pues las rutas son pedregosas y hacen parte de una historia nacional marcada por el dolor. Así que lo invitamos estimado lector a que conserve una mirada activa y sigilosa que le permita explorar los terrenos que encontrará a continuación; unas vías llenas de abismos, encuentros y desencuentros, sentires y comprensiones sobre el conflicto armado local.

A lo largo de nuestra formación como maestras de lengua y literatura estuvimos atravesadas por distintos cuestionamientos en torno al abordaje del conflicto armado en la escuela. Estos interrogantes nos llevaron a reflexionar, a indagar y a buscar la manera de hacer conexiones entre la escuela y la comunidad educativa para construir los relatos de una violencia que ha marcado el territorio y hace parte de una realidad nacional.

Es así como nos sumergimos en las montañas del municipio que nos vio nacer: El Carmen de Viboral, específicamente en la vereda La Madera, para tejer diálogos colectivos de la memoria entre la Institución Educativa Rural Campestre Nuevo Horizonte-Sede La Madera y otros escenarios. Frente a la necesidad de reconstruir memoria desde la escuela, le apostamos a un ejercicio que no solo vinculara a los estudiantes como herederos de una historia, sino que hiciera partícipes a los padres de familia como portadores de esos saberes del conflicto. Del mismo modo, estos debates se nutrieron de otros espacios y agentes que permitieron tener una comprensión más amplia sobre la lucha armada en el territorio entre la época de 1996 a 2007.

Así pues, el interés de esta investigación se centra en la reconstrucción de memoria del pasado reciente del conflicto armado local a través de distintos ejercicios como desarrollo de talleres, elaboración de narrativas, conversaciones con padres de familia y líderes del territorio. A partir de estas estrategias, buscamos aportar a la sensibilización y comprensión del conflicto armado como una manera de reivindicar la dignidad humana y como resistencia contra el olvido en el municipio de El Carmen de Viboral.

Construimos desde la sensibilidad y la narrativa las voces de aquellos que quisieron compartirnos sus relatos, cargados de huellas y sentires sobre una realidad de alta sensibilidad con la intención de aportar a la memoria. El desarrollo de este proyecto estuvo orientado bajo el paradigma cualitativo y la investigación narrativa y nos llevó a encontrar ciertas comprensiones

sobre la memoria del conflicto local que nutren el saber pedagógico y contribuyen a la reflexión desde el área de humanidades y lengua castellana.

1. En busca del sendero olvidado o planteamiento del problema

La historia de Colombia es una ruta de muchos caminos que terminan por llevarnos al lugar que otros ya han andado. Sin embargo, con el paso del tiempo algunos recorridos han de necesitar que distintos caminantes exploren las huellas que se han difuminado con el transcurrir de los años. Cuando andamos por la vereda, solemos tomar atajos, algunos nunca andados, otros en cambio que ya recorrieron abuelos y que nuestros padres nos han enseñado. Así fue el conflicto que nos trajo hasta acá, una violencia que por diversos caminos nos deja en el lugar en el que las víctimas suelen ser campesinos y donde los estragos siguen siendo silenciados. Ese conflicto con el pasar de los años sigue dejando los mismos daños.

Antes de que este conflicto que nos convoca llegara al territorio, nuestras pasadas generaciones tuvieron que vivir una violencia casi tan cruda como la que este produjo. Era la década de los 50 cuando la Violencia bipartidista desencadena fuertes enfrentamientos civiles, populares y armados a causa de unos ideales políticos que dos bandos defendían. Este período, aunque parece lejano, es el punto de partida para la violencia de las décadas posteriores, puesto que los movimientos venideros heredan los ideales políticos de los partidos en disputa como fundamento para su guerra. Es así que, por un lado, nacen las guerrillas liberales, quienes luchan en contra de la desigualdad social y, por otro, los asesinos a sueldo de los conservadores en retaliaciones a los primeros, velando por los señores feudales. A raíz de la lucha de estos dos grupos, el país suma miles de muertos justificados en ideales políticos que terminaron por dividir el pueblo en dos: unos rojos y otros azules.

Buscando contribuir a la consolidación de una política más justa y menos violenta se crea el Frente Nacional (1958-1974) como acuerdo entre liberales y conservadores para llevar a cabo una alternancia en el poder. No obstante, dicha iniciativa dejó por fuera de la participación política a los demás grupos de la época, convirtiéndose en un régimen político excluyente, que alimentó la idea de desigualdad por la que posteriormente justificaron su causa los grupos guerrilleros.

Como consecuencia de lo anterior, se expanden las guerrillas liberales, quienes defendían la idea de que el Estado colombiano tenía al campesinado olvidado y que la lucha se debía en mayor medida a esa gran crisis sociopolítica. A causa del disgusto por el poco amparo del gobierno al campesinado aparecen, alrededor de 1964, grupos armados ilegales con la toma a Marquetalia, con

ejércitos como las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y el Ejército Popular de Liberación (EPL), siendo las primeras las más interesadas en una reforma agraria que permitiera tener acceso a la tierra de manera justa, donde los señores feudales entregaran sus predios a los campesinos para el aprovechamiento de los mismos (Molano, 2016). Posterior a la definición de las FARC como organizaciones guerrilleras, en la urbe empieza a generarse mayor conciencia social y se forma el grupo M-19 en el año de 1977, el cual abre paso a la protesta social como queja de la represión política y militar del gobierno de turno (CNMH, 2014)

Mientras en las ciudades se llevaba a cabo una gran lucha civil, en las zonas rurales las FARC continuaban con su crecimiento triplicando sus frentes entre el año de 1979 y 1986. Adicional a este incremento del grupo armado aparecen los paramilitares como defensa de las élites y de los latifundistas, quienes se sentían amenazados por quienes proclamaban una repartición equitativa de la tierra. Así es como en el campo se empieza a hablar de Autodefensas a la par de la llegada de cultivos ilícitos que abastecen las dinámicas del narcotráfico.

Dado lo anterior, se llega al punto más álgido de este conflicto reciente entre 1996 y 2007 donde se disputan la posesión de tierras los grupos paramilitares, narcotraficantes, guerrillas, Estado y autodefensas¹. Para el 2002 las FARC se encuentran en el 60% del país, mientras se habla de una afectación del ELN en 561 municipios del territorio y los paramilitares llegan a ser los de mayor expansión en el norte de Colombia y con una mayor sevicia en cuanto a actos violentos (CNMH, 2014). En este período, la guerra alcanzó a ser masiva: las masacres, las desapariciones forzadas, los asesinatos selectivos y las demás modalidades de violencia llevaron a los campesinos al desplazamiento, lo que pondría a Colombia como el segundo país del mundo con mayor éxodo de personas, como bien lo ha retratado la cámara de Jesús Abad Colorado.

¹ Según el CNMH las autodefensas se convierten en un grupo legal a través de las Cooperativas de Vigilancia y Seguridad Privada (Decreto 356 de 1994), más conocidas como las Convivir. Se establecen como encargadas de la lucha contrainsurgente en el país (2014. p.158)

Figura 1. Taller de conceptualización, línea de tiempo



Ahora bien, aunque ya se han ubicado ciertos aspectos en cuanto al tiempo y a las dinámicas que dieron paso al conflicto armado en Colombia, es necesario en este instante, situar aquellos sucesos que agudizaron la tensión en la región Oriente que habitamos y que nos puso a pensar en los temas de los que hemos venido haciendo mención. Para dar un breve marco contextual de la llegada de los grupos subversivos al Oriente antioqueño, partimos del texto: *Geografías de la guerra, el poder y la Resistencia* (2011) en el que se presentan los momentos de la escalada de estos grupos en la región que van complejizando las dinámicas de un territorio mayormente agrícola y campesino. A la zona, el primer grupo armado que llega a hacer presencia es la guerrilla de las FARC a finales de los años 70, el cual se sitúa en la zona de embalses² (García et al, 2011 p.72).

Sin embargo, es una década después, es decir entrando a los años 90, donde se da un despliegue mayor de este grupo, llegando a la zona de Páramos, Bosques y Altiplano. No obstante, su llegada no significó un repunte tan alto en cuanto a hechos delictivos, como sí sucedió cinco años después con la llegada de los grupos paramilitares quienes con su lucha contrainsurgente se

² El Oriente antioqueño, está dividido administrativamente, en 4 subregiones: Altiplano, Bosques, Páramo y Embalses: a esta última pertenecen los municipios de Alejandría, Concepción, El Peñol, Granada, Guatapé, San Rafael y San Carlos,

fueron encargando de teñir estas montañas de un color escarlata que no había sido común años atrás en esta región oriental

El período de asentamiento de los múltiples grupos paramilitares en la zona³ empezó a consolidarse entre los años 1997 y 1998 con dos hechos delictivos precisos que marcaron su entrada: por un lado, la masacre perpetrada en el corregimiento San José, en el municipio de la Ceja⁴; y, por el otro, el despojo y posterior asesinato de habitantes y líderes del municipio de San Carlos, en la vereda El Jordán, con la intención intimidadora de mostrar la presencia armada y poderosa de sus filas.

Con la llegada paulatina a la región de los paramilitares y la fuerza pública para contrarrestar las guerrillas –y ellas que no daban su brazo a torcer por controlar el territorio–, se da la bienvenida al nuevo siglo, el cual trajo consigo un tiempo cargado de sinsabores y, sobre todo, de víctimas, que aún hoy son lloradas por los sobrevivientes.

Y es que si ponemos dicho período en las cifras oficiales, se habla de que solo en la región durante esos años (1996- 2007), hubo alrededor de 398 eventos armados, cuyos principales responsables fueron, en los primeros años, la fuerza pública y los paramilitares; mientras que, a partir del año 2002- 2003 –con la llegada de la Seguridad Democrática y las negociaciones de desmovilización paramilitar–, el repunte de hechos delictivos aconteció por cuenta de las guerrillas de las FARC y las fuerzas militares (García et al, 2011).

En esta época, El Carmen de Viboral⁵, municipio de esta región antioqueña, no fue ajeno a esta confrontación armada debido a sus condiciones geográficas e hídricas que posibilitaron la instauración de los actores armados en el municipio, transformando de manera paulatina la cotidianidad de los habitantes, especialmente la de los campesinos, pues fue en los espacios rurales donde los actores se instalaron aplicando la violencia masiva e invadiendo tanto el ambiente físico como psicológico. En esta línea, gran parte de las 58 veredas con las que cuenta el municipio, como

³ Los grupos paramilitares en la zona fueron diversos: las Accu, al mando de Carlos Castaño; las Autodefensas del Magdalena Medio al mando de Ramón Isaza; el Bloque Metro y los bloques Cacique Nutibara y Héroes de Granada

⁴ Dicho corregimiento conecta con los municipios del suroeste. Su ubicación geográfica hizo que el lugar fuera uno de los asentamientos de este grupo subversivo.

⁵ El Carmen de Viboral, está ubicado en la subregión del altiplano, nombre dado por las condiciones geográficas de la misma, y por su cercanía a Medellín. Aparte del Carmen, a esta subregión pertenecen municipios como Rionegro, Marinilla, La Ceja, El Santuario, San Vicente, La Unión y Guarne.

La Chapa, La Esperanza, La Florida, entre otras, se vieron afectadas por el conflicto; las más alejadas y de difícil acceso fueron las mayormente agredidas.

Una de estas veredas fue La Madera, que presencié la llegada de la guerrilla a inicios de la década de los 90 y posteriormente, la entrada de los paramilitares en 1998, a cargo del líder Ramon Isaza (García et al, 2011). Así, las balas, la sangre y el temor vinieron a opacar las tierras carmelitanas, a irrumpir en la cotidianidad de las veredas y a robarse la tranquilidad de los campesinos: fue común en ese entonces hallar cuerpos de campesinos degollados, torturados y masacrados por los caminos veredales. Y es que, precisamente, las modalidades de violencia aplicadas por estos grupos a lo largo del territorio colombiano⁶ también fueron usadas allí para sembrar el terror: desapariciones, homicidios selectivos, desplazamientos forzados, quema de infraestructuras, por mencionar algunas.

Entre los hechos más significativos que marcaron la violencia en la vereda La Madera se conoce el ataque de los paramilitares hacia los civiles entre el 26 y 27 de septiembre de 1997 donde retuvieron a las profesoras y a los niños de la escuela para que presenciaran una masacre. A los asesinados los tacharon de informantes de la guerrilla y antes de matarlos los torturaron con jabón, sal y esponjas (Moreno, 2019). De igual manera, otro de los actos perpetrados fue marcar la inspección de policía con las letras AUC, lugar que, posteriormente, en el año 2002 fue destruido por la guerrilla al igual que la casa donde se estaban hospedando los paramilitares. Estas acciones llevadas a cabo por los grupos armados obligaron a muchas personas a salir de sus casas en busca de un mejor porvenir. Invasidos por el miedo y llenos de incertidumbre migraron a otras partes, algunos recurrieron a veredas menos afectadas del mismo municipio y otros huyeron a la ciudad de Medellín.

Alrededor del 2005 se empieza a dar un descenso del conflicto armado en la región. Para ese entonces, el ELN ya no tenía parte de su accionar criminal en la zona, los paramilitares estaban en unas dinámicas de negociación de paz. De modo que los ejércitos que permanecían en la región,

⁶ En el informe del CNMH titulado *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad* se habla de una incidencia de los grupos armados en casi un 60% del país. En este informe que se apoya en relatos orales de las víctimas, se establecen una serie de actos violentos en contra de las comunidades entre los que se encuentran secuestros, asesinatos selectivos, masacres, retenes, torturas y desplazamientos. Para el oriente antioqueño municipios como San Carlos se ve altamente afectado “donde una cruda combinación de formas de violencia (masacres, asesinatos selectivos, desapariciones forzadas, torturas, amenazas, secuestros, ataques a poblaciones, minas antipersonales, bloqueos económicos y sabotajes) produjo el destierro masivo de sus habitantes” (2014. p.21)

como la guerrilla de las FARC y el Ejército Nacional en algunos hechos aislados, se encargaron de un cierto repunte de confrontación en el año 2007.

Sin embargo, para aquellos días la época más álgida del conflicto ya estaba disminuyendo en la zona, y mostrando con mayor claridad los estragos hechos a las comunidades, a la identidad, a las subjetividades que habitaban el territorio. Se comienza, pues, a evidenciar, cómo cada uno de los rincones de esta zona debía empezar a reconstruirse tras el paso conjunto de camuflajes que, sin dar un rostro, se encargaron de violentar a miles de campesinos, que paradójicamente siendo tan nombrados en informes y estadísticas, a la fecha, su registro se queda en eso, en números alarmantes. Sigue siendo necesario visibilizar más sus rostros, escuchar más sus voces, reconocer lo que padecieron en la agonía del conflicto armado colombiano.

Es precisamente en el marco de este devenir histórico en el que surge este proyecto, con el fin de aportar a la memoria de los hechos atroces, como lo plantea Marieta Quintero (2018) tomando conciencia de la irrepitibilidad de estos y acogiendo el sufrimiento humano como testimonio de lo que no debería suceder. Nos comprometemos con ello a no olvidar, tal como propone en el marco nacional de paz, la Ley de Víctimas 1448 de 2011, en el que por primera vez hay un énfasis especial en que las víctimas puedan poner su voz en función catártica y colectiva de reconstrucción de memoria⁷.

Es así que, en este ejercicio pedagógico hemos decidido iniciar este proceso de construcción con nuestras propias historias. Los relatos que presentamos en las siguientes páginas son una breve muestra de lo que nos antecede y a la vez direcciona el porqué nos preguntamos por la memoria, por el conflicto y por la narración

Las líneas que vienen a continuación son los viajes por una memoria propia, que se teje alrededor de este conflicto que transformó el futuro de nuestras familias desde el desplazamiento y las demás secuelas que quedan en los recuerdos de quienes lo padecieron. En este punto, estas narrativas se construyen a partir de lo que cada una desea evocar, para que nuestras voces, puedan ser un punto de partida de los diálogos y reconocimientos que en esta investigación deseamos hacer.

⁷ Con la Ley 1448 de 2011, conocida como la Ley de Víctimas y restitución de tierras se dictan medidas de atención, asistencia y reparación integral a las víctimas del conflicto armado interno en el país, desde un conjunto de medidas judiciales, administrativas, sociales y económicas, individuales y colectivas, en beneficio de estas, que posibiliten sus derechos a la verdad, la justicia y la reparación, esto, como garantía de la no repetición, de modo que se reconozca su condición de víctimas y se dignifique a través de la materialización de sus derechos constitucionales.

Los relatos de un pasaje por nuestra historia

Los protagonistas de este primer relato nunca pudieron tomar el camino de vuelta, aunque se lo saben de memoria y pueden decir cuántas son las casas de los vecinos. La finca ya no tiene dueños, es un espacio sin paredes, sin ilusiones y sin sueños, pero los recuerdos aguardan por su regreso.

A pie por los recuerdos

Llegar al campo es un sinónimo, o más bien, la descripción perfecta de lo que es la buena vida. Aquel lugar habitado por mujeres fuertes, hombres trabajadores y cientos de familias que se levantan a laborar muy temprano en la mañana. De allí soy yo, de una de las tantas casitas que se divisan en las montañas. Nací en el pueblito que el Oriente embrujado guardó, el lugar por donde sale el sol y donde la tradición se pinta de flores artesanales. El Carmen es una tierra de artistas, teatro, música, tradiciones y calles coloridas, con personas amables y cafeterías bonitas en todas las esquinas. Sin embargo, me parece que esta paz que nos habita, no es más que el arcoíris después de la tormenta, una que durante años cambió los cantos de los pájaros por sonidos de disparos y las charlas de amigos en la tienda de la vereda, por funerales para llorar a los más amados.

Tengo apenas veinte años y siento que ha sido el tiempo suficiente para saberme una hija de la guerra, para querer que sus víctimas no sean sólo números estadísticos y pretender seguir escuchando de mis vecinos las tantas historias de una vida inmersa en el conflicto. Pero lo que hoy me ocupa no me pertenece, no es mi voz la que debería hablar de un pasado que, aunque lejano, nunca acaba por desvanecerse. Por ello, hoy he decidido cederle estas letras a quien me dio la vida, la mujer que llamo madre: de ojos claros, cabello rubio y de una fortaleza inquebrantable. Es la historia también de mis hermanos, de mi padre y de cientos de familias para las que el desarraigo no es solamente una cuestión de dejar una casa abandonada, sino también el momento en que quedan los sueños olvidados.

Aquel fantasma llegó a mi familia en la década de los 90 en una vereda y una casa que, aunque humilde, hacía felices a quienes la habitaban. Mi madre estaba embarazada e ilusionada

porque llegaría la primera niña a alegrar aquella morada, el hijo del medio aun arreglaba carritos debajo de la mesa y el niño más grande caminaba durante horas para llegar a la escuela. Mi padre a lomo, pero no de mula, cargaba la leche cada mañana por los caminos de herradura. No obstante, un día llegó la guerra; eran seis, venían con camuflaje, armas y botas pantaneras. Ofrecían protección y sugerían silencio por los muertos que, justificaban ‘eran por el bien del pueblo’. A sangre y fuego los ejércitos de la zona peleaban por ser los buenos, su lucha por erradicarse entre ellos fichó a más de un campesino como colaborador del bando opuesto. Un agua de panela, un saludo o un gesto devenía en las amenazas que, posteriormente, serían causa del desplazamiento.

El silencio ya no era cómplice de la paz, sino refugio del miedo. La vida ya nunca pudo describirse como normal, los niños no podían justificar nada con su inocencia y el miedo del reclutamiento ya no era solo por los cuentos. Las mañanas de bonitos colores se cambiaron por las noticias de que se habían ajusticiado a los “traidores”, y ni preguntar sobre quién lo había hecho, porque ni con uniformes, símbolos o números pudieron distinguirlos, ni a los unos, ni a los otros; al fin y al cabo, dejar muertos y dolor parecía ser su única labor. No era suficiente castigo tener que vivir con miedo de los grupos ilegales, para que, adicionalmente, tuvieran que temer a los representantes estatales.

Aquí, en el país de los bilaterales, los jóvenes campesinos, vecinos y amigos debían decidir cómo querían jugar a la guerra de la que solo tenían dos posibles elecciones: integrarse a la lucha por decisión propia, o esperar el día en que a falta de combatientes entraran a sus hogares en medio de la noche, arrebatándolos de los brazos de las madres que a gritos pedían clemencia, siendo luego llevados al monte, donde al cabo de un tiempo morirían arrodillados de un tiro en la cabeza. Así, en una fosa común serían comidos por los mismos gusanos que se alimentaron de sus vecinos y amigos de toda la vida; cuerpos que dejaban de tener una madre, un padre, una familia y un nombre; convirtiéndose solamente en los testigos de una lucha que no les pertenecía. Hoy, años después y con un pie en el pasado, mi madre recuerda la cueva en la que escondidos ella, mi padre y mis hermanos se salvaron de ser uno de ellos.

Al nacer la niña no tuvo que pasar mucho tiempo para que llegara el desplazamiento, un muerto en la parte trasera de la casa había firmado la sentencia para la familia. El vecino de toda la vida, un chico intachable y que compartía la mesa, pertenecía a un bando enemigo, lo que molestó al opuesto, así, el dolor de mi padre lo convirtió en un traidor a los ojos de quien estaba

observando en el montón. Unas cuantas charlas como prisionero en el monte no calmaron las aguas con los grupos armados. La bicicleta, las muñecas, la ropa, las vacas, unas cuantas ollas, los sueños y los recuerdos no cupieron en el camión del acarreo. Esa noche partieron en busca de un mejor futuro, o con la esperanza, al menos, de tener uno. Sin embargo, mi madre no olvida aquel momento, no ha dejado atrás el dolor de ser desplazada, desarraigada y desterrada, por el contrario, –como cientos de campesinos– siempre terminará por sentirse bastante olvidada.

Por último, quisiera decir que la guerra duele, aunque estamos hechos de ella, porque está siempre, como la muerte, en el bolsillo de atrás esperando su momento para salir a la luz. Vive en las miles de historias que los nobles campesinos tienen por contar, en las madres que vieron morir a sus hijos, en los niños que vieron torturar a sus padres...y está aún más presente en las ciudades que recibieron a las pocas familias que lograron salir completas, las que tuvieron que rehacer sus vidas en una selva de concreto, cambiando las mulas por buses, el azadón por cajones llenos de dulces y sus sembrados por alimentos empacados al vacío. Podría contar un sinnúmero de razones por las que estoy acá escribiendo este relato, sin embargo, la más importante es que necesitamos ser escuchados, leídos, identificados y reconocidos por el resto del país que está hecho de la misma historia.

Lina María García Gómez

La siguiente es la historia de muchos viajes, que llevó a una familia hasta el pueblo donde al parecer les sonreía la vida. Allá, en el municipio de la vaca en la torre se anhela el frío de la Florida, el lugar al que se vuelve solamente como visita al medio día, porque los secretos y dolores que guarda la montaña todavía pesan en la historia de la familia.

Lejos de casa

La memoria nos lleva hacia los últimos días del siglo XX. Mientras en el mundo se hablaba de la bienvenida al año 2000 y se auguraba el desarrollo económico e industrial más acelerado en la historia; en la vereda La Florida –que paradójicamente nada tiene de florida– al igual que en muchas otras zonas de nuestro territorio, se hablaba o mejor se imploraba a los dioses que el tiempo

venidero fuera un verdadero renacer. Que esos tres dígitos finales del nuevo año, fueran realmente la señal para comenzar una historia en la que ya los noticieros no hablaran de muertos, sangre y despojo, sino mejor de la construcción de un territorio que, como el Ave fénix, pudiera surgir de las ruinas y la desesperanza que habían traído consigo los últimos años del siglo anterior. Sin embargo, el deseo de una comunidad no siempre es suficiente para que las cosas cambien; a veces estamos sujetos a guerras que no son nuestras, pero que terminan llevándose parte esencial de nuestro ser. Es por ello que, aunque lo que aquí voy a contar, surge de un presente inmediato, era necesario recordar aquellos tiempos que hicieron y marcaron secuelas para otros de los miles de rostros que ha dejado la violencia en nuestro contexto colombiano, en este territorio carmelitano.

Es tarde o demasiado temprano, la verdad ya no lo sé. En mi reloj son las 2:23 de la madrugada y la lluvia no para de caer. No sé ni siquiera con qué intención sigo dando vueltas para conciliar el sueño, el insomnio por estos días es constante y en las pocas noches que logro conciliar el sueño, es como si mi cuerpo quisiera seguir en pie, a la espera, de que todo pase, de que regrese la calma; y es que, ya son dos días seguidos en los que, me cuenta mi padre, me levanto dormida y salgo al corredor de la vieja casa campesina en la que vivimos para sentarme en el sillón café, cruzar una pierna sobre otra y mirar hacia el horizonte perdido en la coloración particular de la noche.

Al sentir que la puerta se va lentamente abriendo él se levanta y no tarda mucho en tomarme de la mano y con cuidado llevarme nuevamente a mi cama, mientras me dice: ‘tranquila hija, camine, ¿qué hace en este frío?’ Y es que él, ya sea por el recorrido familiar o el cuidado paternal, sabe bien lo que significa estar sigiloso ante la llegada de la noche, pues su experiencia le ha enseñado que, aunque la mayoría aprovechan la noche para dormir, hay otros que durante ella se comportan distinto; ya sea por trastornos del sueño como en mi caso, o por asuntos armados que aún hoy, seguimos sin entender. Y así no se comprendan, para personas como mi padre le modificaron hasta su manera de descansar; y para otras como yo, hicieron que mi cuerpo y su manejo inconsciente quiera estar siempre pendiente, al acecho de los misterios que pueda traer la oscuridad. Puedo comprender que las anteriores líneas tienen un tinte de misterio o sobrenaturalidad, pero ¿qué puede ser más ajeno a lo natural que la guerra?

Mientras estos pensamientos se roban mis horas de sueño, el sonido del reloj se hace cada vez más intenso. Pareciera que en cada tic tac se escondiera el sonido de un arma que tanto

atemorizó las horas de sueño en la vereda; y es que para mí y para mi familia, en ese entonces, el tiempo no se medía de manera cronológica, ni menos –como dice la tradición– amanecía cuando cantara el gallo, pues hasta él prefería guardar silencio; allá el tiempo se convirtió en un asunto de sensación; de sentir miedo o alguna calma intranquila; como a la espera de lo que podía suceder.

En aquellos días cada sonido podía significar una vida menos o una angustia más; pues tocaba esperar uno o dos días en que llegaran con la noticia de si algún conocido ya no estaba, que se lo habían llevado para prestar servicio a la guerra, en las heladas montañas de La Florida, –dice papá que frío como los de esas tierras ninguno– para aparecer días después, sobre el lomo de algún caballo, mostrando lo que había ocurrido en medio de la redada, dejándonos así, con un frío aún más intenso. Y no hablo de aquella sensación térmica que se puede pasar con un abrigo o un poco de café, sino aquella que se siente cuando se sabe que la muerte nos está alcanzando los pasos.

Así pues, se pasaban las eternas noches en la cada vez menos Florida, que cuales pétalos se fueron cayendo con la salida de cada habitante. Y los pocos pétalos que quedaban, estaban ya marchitos pues la permanencia en ese lugar fantasma se debía más a razones de: ‘¿y si me voy, para dónde?’ Irse sería abandonarlo todo; permanecer era, no una manera de resistencia sino mejor, la única opción para tratar de cuidar que los dueños de las armas no se quedaran con aquellas viejas casas campesinas, hogares para unos y trincheras para otros. Es por ello que irse o quedarse era la manera de elegir el destino insondable que se debía transitar: la tensa agonía de un porvenir incierto o la celeridad de los dueños de nada por quedarse con todo. Mi familia eligió la primera.

Y es por ello por lo que hoy me encuentro escribiendo estas líneas. Sé que la hora no es la indicada, así como la guerra nunca lo fue. De eso puede dar fe mi padre a quién hace unos minutos escuché dando vueltas en su cama, pues él también tiene ciertos desvaríos en sus horas de sueño, que se agudizaron después de aquella salida aún sin retorno. Así, mientras iba por un poco de café, de la manera más sutil posible; pasé al lado de su dormitorio y escuché que decía: ‘Mija, ¿y si llegan?, ¿si me llevan?, debemos irnos, ¡vámonos ya!, ¡abríguense!’ Es por ello que decido acercarme y suavemente decirle –como si entrara en su sueño o pesadilla hecha memoria–: ‘tranquilo papí, camine, pronto se acabará el frío’.

Yuliana Montoya Pérez

Nuestra última historia recorre los caminos de herradura que conducen a la montaña, y luego de escoger el sendero, donde los caminos se cruzan llega hasta la pequeña casa en el terreno del abuelo, para encontrarse con la madre que saluda desde el lavadero.

Un atajo que conduce a la montaña

Estoy sentada en un banco viendo el atardecer que se dibuja de mil colores, tengo en mis manos una taza de café, bebo un sorbo y me quemó la lengua, lo que me produce una sensación desagradable tanto como la noticia que estoy leyendo: otra masacre en el país, se aumentan las cifras de líderes sociales asesinados.

En verdad tengo miedo, mi angustia crece, me asusta la idea de repetir y revivir esos momentos indeseables, tortuosos, denigrantes que sufrieron mis padres y mis abuelos, donde la sangre, las cicatrices, las heridas y las muertes ocuparon las montañas que me vieron nacer y crecer. Escuchar hablar a mis abuelos y a mi madre de lo que implicó la guerra, me da pánico y me hace estremecer hasta los huesos...Respiro profundo, me levanto del banco y salgo con mamá a caminar.

Recorro estos caminos con nostalgia, recordando el ayer en donde viví una infancia tranquila y llena de amor junto a mis padres y mi hermano. Siempre he habitado estas tierras por lo que tengo una fuerte conexión con las montañas, con mis montañas, las de la vereda La Milagrosa, ubicada en el municipio del Carmen de Viboral, que lleva este nombre por la devoción profesada del fundador de la misma, Antonio Gaviria, a la virgen de La Milagrosa.

Verdes praderas, aires frescos forman el paisaje del espacio que me vio nacer y crecer. Mi vida ha estado rodeada de frutos, plantas, agricultura secretos e historias. Observo a mi alrededor y siento el trinar de los pájaros, los grillos que engalanan los caminos, los renacuajos que se pasean por los charcos de agua, el rechinar de las hojas en cada uno de nuestros pasos y un olor a libertad, a armonía. Nos acercamos a la montaña a paso lento, empiezo a ver unas cruces clavadas en la tierra que se encuentran ajadas y maltratadas por el paso del tiempo y con esa curiosidad que me ha caracterizado desde niña, le pregunto a mamá qué significan esas cruces que sobresalen en la manga.

Mamá me responde que ese lugar es conocido como el matadero, porque allí un gran número de personas fueron masacradas y despojadas de sus territorios. En ese espacio frío, se esconden pesares y sufrimientos de quienes fueron partícipes de los horrores de la violencia, la muerte se camufló y vino a silenciar las vidas con un artefacto imponente y soberbio, que por largo tiempo reinó. Mi madre me cuenta que durante su adolescencia le tenía mucho miedo a ese lugar y, sobre todo, a la oscuridad, que se llenaba de temor cuando el sol se ocultaba, ya que empezaban a escucharse pasos, ruidos y estruendos de caminantes que se paseaban como dueños y señores de la vereda, y que solo se encomendaba a la patrona celestial, la virgen de la Milagrosa, para que la protegiera. Mientras ella hace su relato, puedo ver en sus ojos una nostalgia, un mar de tristeza y misterio como queriendo gritar algo.

El matadero, ¿qué tantas historias atroces, despreciables y en contra de la dignidad humana puede esconder? ¿Cuántas vidas, sueños, esperanzas pudo apagar? ¿Cuántos dolores, desesperaciones, angustias, miedos atestiguó? ¿Cuántas madres aún lloran la ausencia de sus hijos desaparecidos que fueron reclutados por un grupo de violencia? ¿Cuántas mujeres hoy sufren un conflicto interno, cargado de rabia y dolor por los abusos que recibieron siendo apenas unas niñas que descubrían el mundo? ¿Cuántas no se atreven a contar esto por miedo al rechazo o por vergüenza? ¿Cuántas personas fueron abandonadas por sus padres a causa de la guerra y se vieron obligadas a crecer en medio de necesidades? ¿Cuántos campesinos fuertes y trabajadores fueron despojados de sus tiendas y propiedades conseguidas a base de esfuerzo? ¿Qué tienen para decir los habitantes de mi vereda sobre este espacio, que significó para ellos y qué sigue significando ahora? ¿Qué ocultan las voces de quienes prefieren optar por el silencio?

Hay tantas heridas que se esconden detrás de estas mágicas y bellas montañas, que lastiman y carcomen el ser, historias de las cuales somos herederos los habitantes de la vereda, en las que nos reconocemos como hijos de la guerra. Es importante escuchar esas voces que protagonizaron tales hazañas, resignificar esas memorias que nos han legado lo que somos ahora y a partir de allí, comprender un poco lo que ha constituido nuestro territorio.

Por último quiero decir que siento la esperanza en todo lo que vive: en las manos de papá que trabajan sol a sol; en los ojos de mamá que identifican las penas y alegrías que me acompañan; en los perros de mi casa, que son fieles y entregan amor; en la naturaleza, en las plantas, en las semillas que poco a poco van germinando a la luz del sol; en las familias, en los que habitamos mi

vereda; en los que nos sentimos orgullosos de estar en una comunidad campesina, guerrera, luchadora, tranquila; en los que buscamos el bien común; en los que nos respetamos a nosotros mismos y al otro; en los que creemos en el cambio y en los que tenemos fe de que la situación puede ser distinta.

Mi madre me dice que nos devolvamos a la casa, ya es de noche y está haciendo mucho frío, miramos al cielo oscuro que se dibuja como un enorme lienzo, donde brillan intensamente una cantidad infinita de estrellas y emprendemos el camino de regreso hacia nuestro hogar, en el que nuestros cachorros nos esperan con las colitas alerta y el café se encuentra ya congelado.

Luisa Fernanda Osorio Zuluaga

Donde los caminos se cruzan

Tras el paso de algunos años de lo sucedido y reconociéndonos como víctimas de dicho conflicto, queremos retornar a algunos de estos espacios en los que la guerra hizo sus estragos, no con la intención de portar un uniforme académico que nos acredite en lo institucional, si no mejor como sujetos que, al igual que los pobladores resilientes de estos territorios, desean construir un tejido en donde articulen sus diálogos, memorias y comprensiones respecto al conflicto armado.

En este punto es importante situar dos consideraciones en relación a nuestra vida personal y formación académica que fueron determinantes en la movilización frente al tema del conflicto armado que hoy sigue haciendo parte de nuestra individualidad y, a su vez, del trabajo colectivo que hemos venido construyendo desde nuestra formación como maestras de lengua y literatura.

En primer lugar, se encuentra la historia de cada una de nosotras pues, aunque no fuimos partícipes de este conflicto directamente, las experiencias de nuestras familias han suscitado un interés por reconocer, escuchar y centrar la mirada en una historia dolorosa que nos ha dejado secuelas. En segundo lugar, desde nuestras observaciones en las prácticas pedagógicas hallamos, en las aulas, un escaso abordaje de la historia local del conflicto armado desde el área de lenguaje, lo cual nos dejó inquietas. Nos preguntamos si este silencio curricular era extensivo también a otras dinámicas del territorio, lo que nos llevó a indagar por organizaciones y líderes municipales que hubiesen apostado por la reconstrucción de la memoria en nuestro municipio.

Desde nuestras búsquedas encontramos trabajos comunitarios con las personas que padecieron el conflicto armado en el territorio, que apuestan por recuperar su voz, por exigir la verdad de los hechos y hacer justicia, reivindicando el lugar de las víctimas. Allí, resaltamos el papel de las mujeres como líderes en estos procesos de memoria, cuyos trabajos tienen un lugar fundamental como narradoras, analistas y mediadoras, pues durante el conflicto y posterior a este, se han unido con un mismo sentir: apoyarse en estos caminos y luchar por recuperar la dignidad de sus víctimas.

De este modo llegamos al Centro de Memoria del Carmen de Viboral. En él se apuesta por el reconocimiento de los sucesos que han marcado el municipio, por lo regular, con base en las problemáticas coyunturales, para revisar, escribir e investigar sobre la incidencia e importancia que tienen para la comunidad. Sin embargo, hallamos poca vinculación de este Centro con los trabajos comunitarios, realizados sobre el conflicto armado en el territorio.

Cabe resaltar que el Centro de Memoria ha trabajado la memoria local desde otras aristas como cátedras abiertas, el estudio de personajes ilustres y el diálogo comunitario, no obstante, observamos, además, que no hay una vinculación entre este escenario y las instituciones educativas, en especial la escuela rural, lo que de algún modo hace que las reflexiones, propuestas y diálogos se queden en un solo espacio.

Teniendo en cuenta lo anterior, para el caso de este proyecto de investigación consideramos importante situar la escuela como uno de los escenarios para el reconocimiento y la comprensión del conflicto armado a través de apuestas pedagógicas, en tanto hemos identificado –desde nuestro recorrido como estudiantes de colegios públicos de El Carmen de Viboral y como maestras en formación– una ausencia curricular de la historia nacional, y más aún de la historia local que permita acercarse a los acontecimientos que marcaron la vida de los habitantes de este lugar. En este ejercicio reconocemos la necesidad de poner en conversación actores que hayan apostado por la reivindicación de la memoria local y regional del conflicto armado, a su vez, buscar las posibilidades documentales, literarias, conceptuales para comprender en conjunto las distintas maneras en que éste se desarrolló dentro del territorio.

Así, durante este proceso llegamos a la sede de la I.E Rural Campestre Nuevo Horizonte, en La Madera, vereda que comparte con nuestras historias de vida un mismo sentir: haber sido escenario de este conflicto armado y encerrar en sí, un conjunto de historias que deben ser contadas,

escuchadas, compartidas, debatidas y reconocidas más allá del ámbito familiar. Comprendemos que los actuales pobladores de este espacio educativo son hijos y nietos de los antiguos residentes que vivenciaron los hechos ocurridos durante el período de tiempo ya mencionado, es por ello que desde la misma escuela buscamos una articulación comunitaria entre personas que habitan la vereda, para situar y documentar estos hechos como ejercicio de diálogo y memoria conjunta.

En este punto, es necesario señalar un marco contextual frente a nuestro trabajo investigativo y a los horizontes a los que este apunta. En el país a partir de los diálogos de paz que empezaron a tejerse en el año 2012 entre el gobierno y las FARC –y en el que, a diferencia de otros procesos, se involucró a las víctimas de manera activa–, empezaron a proliferar investigaciones que centran su mirada en el conflicto armado. Así desde el ámbito académico, se iba girando la mirada en relación a la propuesta que trae la ley 1448 de 2011, en el que la *verdad* es una de sus máximas apuestas. En este sentido, las investigaciones frente a este tema han buscado aportar a esta construcción de verdad, entre lo que dice la historia oficial y la memoria propia de los actores involucrados (Jelin, 2002, p. 75).

Es bajo este marco, en el que este proyecto investigativo buscó apropiarse de este ejercicio de construcción de memoria⁸, en relación con la comunidad educativa de la I.E Rural Campestre Nuevo Horizonte, con El Centro de Memoria Histórica de El Carmen de Viboral y con líderes y víctimas municipales, a partir de los cuales tejimos un diálogo de saberes que posibilitó el reconocimiento de un conflicto que ha marcado la vida de los colombianos y que ha dejado diversas grietas en la nación.

Cabe señalar que desde las observaciones, reflexiones e investigaciones en nuestro saber específico vemos en las narrativas conexiones estrechas con los asuntos humanos, pues estas se configuran, de un lado, como un modo de participar y establecer encuentros con los otros; y del otro, como modo de contar las vivencias y de revelar los sucesos atroces vinculados a las crueldades humanas (Quintero, 2018). En este sentido consideramos las narrativas como eje indispensable en

⁸ En el año 2017 el congreso de la República modifica parcialmente la Ley General de Educación del 94, en la que bajo la ley 1874 de 2017 se ordena el restablecimiento de la enseñanza obligatoria de la Historia de Colombia como una disciplina integrada en los lineamientos curriculares de las ciencias sociales en la educación básica y media. La cual tiene como uno de sus objetivos centrales: *Promover la formación de una memoria histórica que contribuya a la reconciliación y la paz en nuestro país.* Esto a propósito del proceso de paz y de su articulación con los procesos académicos.

la reconstrucción de la memoria del conflicto en el territorio, pues precisamente uno de los valores morales y políticos de estas es presentar nuestros vínculos con los otros a partir de diversas experiencias humanas como la rabia, el miedo y la bondad (Quintero, 2018). Así, la memoria del conflicto armado y las narrativas son puntos de anudamiento en este problema, frente al cual nos preguntamos: **¿De qué manera la construcción de narrativas contribuye al conocimiento, comprensión y sensibilización de la memoria del pasado reciente del conflicto armado colombiano en relación con el territorio carmelitano?**

Frente a esta pregunta, nos proponemos como **objetivo general** contribuir al conocimiento, comprensión y sensibilización de la memoria del pasado reciente del conflicto armado colombiano en relación con el territorio carmelitano a partir de la construcción de narrativas, espacios de diálogo, talleres educativos y encuentros comunitarios; y como **objetivos específicos**:

- Indagar por la historia del conflicto armado en El Carmen de Viboral a través de búsqueda documental y diálogo con líderes comunitarios, víctimas del conflicto y el Centro de Memoria del municipio.
- -Generar espacios de diálogo comunitario e institucional para ampliar las comprensiones sobre lo acontecido en el territorio en la época del conflicto armado y los procesos de memoria que desde allí se han ido configurando en el municipio.
- Desarrollar talleres de sensibilización artística y literaria con estudiantes del grado octavo y noveno de la IE rural campestre Nuevo Horizonte, sede La Madera que propicien espacios de reflexión y debate sobre el conflicto armado colombiano, en relación con la historia local.
- Elaborar un conjunto de narrativas como resultado de los procesos formativos y dialógicos llevados a cabo en los escenarios focales, y como eje articulador en la construcción de memoria del conflicto armado en El Carmen de Viboral.

Antecedentes. Las huellas que otros han dejado

Hasta este punto hemos hablado de un viaje del que fuimos pasajeras y que cada día sigue llevándonos por caminos distintos. Ahora es nuestro cuerpo el viajero que se mueve, no solo como organismo, sino como viaje mismo que cambia acorde a las imágenes que lo habitan. En este sentido, indagamos por los antiguos caminantes que también han transitado estas rutas con el

cuerpo y con las ideas que lo construyen y lo transforman a su paso. Para ello buscamos investigaciones o trabajos que se han realizado en el marco de la memoria del conflicto armado para reconocer los tratamientos que le han dado y la forman en que se ha llevado a las comunidades, esto con el fin de vincularlos en un diálogo con las ideas particulares que nos mueven desde nuestra posición de maestras en formación de lengua y literatura. En esta línea, agrupamos los hallazgos de este ejercicio documental en tres momentos: primero a nivel internacional, luego, en un marco nacional, y por último a nivel regional. Se cobijan antecedentes, no solo situados en el escenario escolar, sino también en espacios no escolares que posibilitan la construcción de memoria colectiva e individual a través de diversas manifestaciones artísticas.

En un primer momento, es importante acercarnos a las voces de aquellos que se encuentran alejados en cuanto a espacio geográfico, pero que ya han recorrido las distintas aristas de la investigación que nos convoca: reconstrucción de la memoria del conflicto armado dentro o fuera de la escuela, para observar los distintos vínculos y tensiones que se encuentran en las categorías de memoria, narrativas y conflicto armado.

Un primer trabajo que se vincula con nuestra investigación corresponde al de la profesora Iris Orinaque (2017) quien realizó un proyecto para indagar en las temáticas del conflicto chileno abordadas desde la escuela y que recibe el título *Memoria, conflicto y educación: la influencia de la dictadura de Pinochet en la escuela chilena*. En este se plantea la tendencia de las escuelas en ocultar temas del conflicto vivido en el país, pues tras una labor de rastreo en los currículos se observa cómo la dictadura vivida en el periodo entre 1973-1990 y las violaciones de los derechos humanos como las atrocidades cometidas en este tiempo no se tratan en profundidad o ni siquiera se mencionan desde las asignaturas. En este sentido, la autora propone que desde la escuela se trabaje la memoria, conociendo los relatos de quienes padecieron estos acontecimientos, no sólo para comprender la historia y explicar los sucesos, sino para sensibilizarnos frente al otro, en suma, “memoria para hacer justicia, visibilizar a las víctimas y acercarnos al sufrimiento y emociones del otro” (p.41)

De modo similar, esta investigación pone de manifiesto que es fundamental, en el ámbito educativo, la formación de sujetos críticos capaces de defender sus ideas y analizar problemáticas, para lo cual se requiere que los estudiantes accedan a la verdad de los hechos ocurridos a través de diversas aristas y no desde una verdad absoluta y hegemónica que se encuentra incrustada en los

diseños curriculares. En el proyecto se trabaja a partir de diálogos, conversaciones con los maestros y los estudiantes para entender sus distintos conocimientos y posturas frente a la articulación del tema de la dictadura en las asignaturas y se llega a la conclusión de que la forma de enseñar esto es compleja porque tiene diversas implicaciones políticas y sociales. Esta historia debe enseñarse por medio de las narrativas de los diversos historiadores y los testimonios de quienes vivieron los acontecimientos, para que los alumnos puedan tener una visión más amplia desde la voz de las víctimas y configurar una idea de lo acontecido desde un pensamiento crítico.

Un segundo trabajo, situado en el contexto peruano, titula *Memorias, temores, silencios: el conflicto armado y su tratamiento en la escuela* (2019) de las antropólogas e investigadoras de estudios peruanos Tamia Portugal Teillier y Francesca Uccelli Labarthe. Esta investigación expone los retos de la escuela para tratar un tema sensible y doloroso como el conflicto interno armado entre 1980 y 2000 en el Perú y, a su vez, postula como a través de las voces de docentes y estudiantes de secundaria se puede dar un acercamiento a los recuerdos, temores y experiencias del conflicto.

Dicho estudio propone como eje el desarrollo de unas metodologías para trabajar el conflicto armado interno en las aulas de cuatro colegios con poblaciones rurales y urbanas en donde se pudo hallar, que tanto los maestros como los alumnos tienen amplios conocimientos sobre el tema, por un lado, los docentes como testigos de aquellos hechos y, por otro, los estudiantes como herederos de historias y recuerdos de las familias, ya que son los hijos o nietos de estos conflictos y se reconocen allí, pues como plantean las autoras “esas experiencias de sus padres, madres, abuelos, abuelas han hecho parte de su identidad. Aunque ellos no vivieron directamente la violencia, la recuerdan” (p.23)

En este plano convergen las experiencias frente al conflicto de los maestros y los alumnos, puesto que unos cargan con el recuerdo próximo, mientras que otros con el heredado, no obstante, se evidencia una desvinculación de las memorias de los docentes y estudiantes dentro del aula, que reclama propiciar espacios seguros de escucha, reflexión, indagación de tal manera que contribuyan a conocer la historia y analizarla. La escuela debería ser el lugar de encuentro donde se tengan en cuenta la experiencia personal y familiar que posibilite que las memorias de profesores y alumnos se configuren en un relato nacional.

En un segundo momento, cabe destacar los pasos de quienes se han sumergido en unas tierras más cercanas a nosotras. Para ello, indagamos desde distintos ámbitos por el reconocimiento de ese conflicto armado que ha marcado la historia de la sociedad colombiana, dando la posibilidad de vislumbrar aquellos campos ya explorados como guías en nuestro ejercicio investigativo.

Así pues, se encuentra el trabajo titulado *Literatura y memoria histórica en la escuela. Una experiencia pedagógica e investigativa* (2019). En esta investigación Nylza Offir García Vera y Fernando González Santos se preguntaron desde el escenario escolar por ese vínculo entre la sensibilidad desde una percepción estética literaria y la realidad del contexto colombiano visto a través de ella. Así nace el interrogante de cómo leer posibilita la reconstrucción de una memoria histórica y colectiva, desde las novelas que han contado los hechos violentos de las últimas décadas en el territorio colombiano. Su investigación pasa por cuatro momentos claves en los cuales no solo se establece el trabajo a través de novelas, sino también se pone en debate la literatura que se está llevando a las aulas y la que se está dejando de lado en el currículo. Alrededor de los talleres realizados se abordan los tres conceptos base de dicha propuesta, a saber, literatura, educación y memoria. Allí, se hace mayor énfasis en la lectura para la formación humana y cómo desde ella se puede aprender de historia a partir de sus propios protagonistas y víctimas.

Por otro lado, se encuentra el trabajo de Ariel Sánchez Meertens (2017) llamado *Los saberes de la guerra: Memoria y conocimiento intergeneracional del conflicto en Colombia*. El autor realiza un exhaustivo recorrido por el país recogiendo y reconociendo los modos en que las juventudes tienen conocimiento sobre el conflicto armado. Este libro hace especial énfasis en los contenidos curriculares, proponiendo un debate amplio sobre el lugar de la memoria dentro de la escuela, la política educativa y las reformas pedagógicas en la enseñanza de la misma. De este modo, el investigador brinda un concepto importante para el reconocimiento de la historia del conflicto armado, a saber, *la memoria intergeneracional*, a partir del cual expone cómo a partir de abuelos, padres y profesores, los saberes de la guerra son transmitidos a modo de conocimiento heredado.

Estas investigaciones son de suma importancia para nuestras líneas de trabajo, en tanto posibilitan y brindan herramientas para pensar que, por un lado, antes de ser sujetos capaces de contar una historia, los estudiantes deben también asumir un rol de lectores, que pueda sugerirles, evocarlos o concienciarlos sobre los hechos acontecidos en el marco del conflicto armado. Mientras

se abre, por otro lado, el panorama de los saberes que portan los estudiantes, quienes pueden reconocerse como sujetos políticos, que cuentan con conocimientos previos adquiridos a través de relatos de otros, de experiencia propias o de las narrativas de los medios de comunicación.

Otro de los textos abordados es *Trabajos de la memoria sobre el conflicto armado en las escuelas colombianas* (2018) de la docente Laura Ximena Pérez Arjona. Se trata de una investigación de carácter etnográfico realizada con estudiantes de los últimos grados de secundaria del Colegio Distrital Pablo de Tarso, ubicado en la localidad de Bosa, suroeste de Bogotá. En el marco de este trabajo se propició un ejercicio para hablar acerca de los imaginarios y concepciones de los estudiantes sobre el conflicto armado y la violencia política que ha azotado el país.

De este modo, esta investigadora halló que los estudiantes de dicha institución en su mayoría no tienen sus raíces en esta ciudad, sino que se vieron obligados a migrar allí por el conflicto siendo desplazados por los distintos actores armados que invadieron sus territorios. Por otro lado, también se pudo visualizar que, a partir de la implementación de la cátedra por la paz en el año 2015 como política educativa durante el gobierno de Santos, se tejió un vínculo entre la construcción de memoria y la enseñanza de historia en la escuela. Sin embargo, concluye la investigación, hace falta profundizar más en los asuntos de la memoria como recreadora de nuevos relatos del país, a partir de una perspectiva más compleja con los aportes que se ofrecen en términos curriculares y como un compartir de saberes que ocurre no solo en el aula, sino que se multiplican en los entornos de los estudiantes y sus familias.

No es un secreto que, en medio de las narrativas, de las voces de otros, se pueden vislumbrar breves pinceladas de lo que representa para un autor el territorio y sus maneras de ser y estar en él. Es por ello por lo que, un país como el nuestro, que se ha visto sumido en innumerables conflictos armados, luchas y procesos de resistencia, ha dado precisamente estos elementos como enlace directo para la narración de los autores colombianos. Es así, como encontramos el trabajo: *Héroes vagabundos: memoria narrativa de la guerra colombiana*. (2014). Este artículo hace parte del proyecto de investigación *Memoria narrativa del miedo político y la representación de sus efectos psicosociales en la literatura colombiana* escrito por la profesora Orfa Kelita Vanegas Vásquez. Ella realiza un recorrido por tres obras contemporáneas colombianas: *Los ejércitos* (2007), *Los derrotados* (2012) y *El incendio de abril* (2012). Esto con la intención de configurar y analizar cómo la literatura puede dar muestra de las maneras de ser del hombre actual colombiano, uno que

ha vivido la guerra y las luchas del conflicto armado lo cual ha modificado parte de sí y de sus comprensiones del mundo.

Luego de reconocer algunos referentes internacionales y algunos trabajos del orden nacional, en un tercer momento hallamos los terrenos ya abonados en cuanto a nuestra propuesta investigativa desde las tierras antioqueñas que habitamos y que, por lo tanto, son más cercanas a nosotras. Y es que, a medida que el conflicto armado tomaba fuerza en el territorio, en la región del Urabá antioqueño la situación era mucho más difícil, como escenario en el que nace el paramilitarismo (CNMH, 2014) y donde el narcotráfico encuentra una ruta para la distribución. Es así como cientos de familias se desplazan hasta diferentes puntos del país, y años después tres de ellas asentadas en Silvania, Sumapaz reconstruyen narrativas sobre los hechos que los llevaron allí.

Así pues, el texto de Yeimer Alberto Cepeda Ordoñez y Andrés Camilo Guevara (2016) llamado *Reconstrucción de las narrativas del desplazamiento forzado, caso Urabá antioqueño-Silvania Cundinamarca* recoge las historias de tres familias que parten hasta las cercanías de la capital para refugiarse del conflicto armado. De este trabajo se recogen algunos hallazgos sobre el surgimiento del paramilitarismo y la confrontación entre Estado y guerrillas, concluyendo que las narrativas dentro de este contexto otorgan la posibilidad de generar espacios de habla y escucha para dar cuenta del problema sociopolítico de aquel período. En este sentido, se aporta desde esta construcción una vista panorámica de los modos en que se vivió la guerra en las diferentes zonas de un mismo territorio, asimismo se presenta la narrativa como un modo de denuncia que devela también los sentires de sus protagonistas.

De acuerdo con el Grupo de Memoria Histórica, en *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad (2014)*, dentro del período más sangriento que tuvieron que vivir los pobladores del territorio colombiano se presentaron diversas formas de resistencia que permitieron a las víctimas sobrellevar de manera distinta los diferentes hechos de violencia y, en algunos casos, sobrevivir. En este sentido se encuentra el texto de Francy Milena Builes González (2019) titulado *Los Maestros Narran: Resistencias al Conflicto Armado en Briceño, Antioquia*, en el que a través de relatos se recrean las diferentes maneras de resistir de los maestros rurales del municipio ubicado al norte de Antioquia, “posibilitando un análisis direccionado hacia la resistencia como práctica alternativa para hacerle frente al conflicto y las posibilidades de reconstrucción social que estas admiten” (p.8) Se establece una posición en la que los maestros de manera activa resisten al

conflicto desde la mediación entre la comunidad y los actores armados, como agentes políticos gestionan la presencia de profesionales para mitigar los daños psicológicos y crean estrategias pedagógicas para los niños de la escuela, en especial, durante los días de mayor violencia.

En una línea similar se encuentra el trabajo *Rastros y rostros del maestro rural: narrativas de sus gestos pedagógicos en medio del conflicto armado en el Oriente lejano de Antioquia* (2020) realizado con la intención de develar aquellos gestos pedagógicos de maestros rurales de Sonsón, Argelia, Nariño y San Carlos durante el conflicto armado. A través de un proceso de relatar los maestros permiten la reflexión en torno a su papel de acompañamiento no solo dentro de la escuela sino también en las comunidades a las que estas pertenecen en los días más difíciles de la época.

A partir de esto, encontramos en el Oriente Antioqueño cómo la memoria del conflicto armado y su relación con la escuela ha sido de gran importancia para la historia en tanto gran parte de los escenarios educativos rurales fueron el lugar de refugio, de información y, hasta de combate de los actores armados de la época. Esto puede verse reflejado en diversos estudios como el de Flor Romero (2012) situado alrededor de la vulneración del derecho a la educación que vivieron los niños, niñas y jóvenes del Departamento de Antioquia, en el período comprendido entre 1985 y 2005. Con la firma de los acuerdos de paz (2016) se le adjudicó un valor notable a la memoria para la configuración de un porvenir distinto, donde con la idea de la no repetición se le pusiera fin a la guerra y se iniciaran procesos de reconciliación y de recuperación de la identidad colectiva a través de su propia narración.

En este orden de ideas, contamos con la investigación de Daniela Montaña Correa (2019) titulada *Formas de memoria y olvido en espacios educativos de San Carlos, Antioquia*. Allí la autora sitúa su atención en la construcción de memoria en espacios comunitarios y escolares del municipio de San Carlos, Antioquia, donde reconoce dentro de estos dos lugares una dualidad entre olvido y memoria. La autora señala que en la escuela se nota poco reconocimiento de su historia local y, en general del conflicto armado colombiano, que afectó en mayor medida a esta población. De este modo, la investigadora en compañía de líderes comunales y estudiantes de dos instituciones públicas logran trabajar en conjunto en torno a este dualismo para reconocer la historia local.

Según la unidad nacional de víctimas (2020)⁹ Antioquia es el departamento con mayor índice de desplazados durante el conflicto armado, con un total de 2.072.194 registrados a la fecha,

⁹ Informe con fecha de corte: 01 enero del 2020

donde la mayoría de estos tuvieron que moverse de la zona rural a la urbana entre los años de mayor violencia en el territorio. A causa de ello, muchas escuelas fueron tomadas como campos de combate o refugio para los actores armados ya fueran ilegales o estatales, desencadenando alta deserción escolar en las zonas vulnerables. Bajo este panorama es que se enmarca el proyecto de investigación de Heidí Rocío Muñoz Salinas (2020) titulado *Escuelas arrasadas: Relaciones entre escuela, conflicto armado y hechos victimizantes en el municipio de San Francisco (Antioquia)*. La autora aborda aquellos hechos victimizantes alrededor de las escuelas de este municipio, las cuales fueron de las más afectadas a nivel nacional, puesto que este territorio se consolidó como el segundo con más minas antipersona, sobre todo, en cercanías a las IE. De esta manera, se analiza cómo estas situaciones afectaron el entorno escolar y qué implicaciones tuvo para las comunidades rurales y sus actores, ya fueran estudiantes o maestros, los acontecimientos que tuvieron lugar en sus colegios.

Por último, es importante destacar desde nuestro espacio de formación, la voz y las letras de esos otros –quienes al igual que a nosotras – los inquieta una pregunta por el territorio en relación con la memoria del conflicto armado. Se nos hace necesario recurrir a ellos como compañeros de ruta que, desde la academia en la que nosotras también nos formamos han venido habitando los senderos que hoy transitamos. En este proceso de rutas y caminos que se van vislumbrando de la mano del *Alma Mater*, hemos de comprender que, aunque haya un inicio de recorrido común o ciertos tipos de encuentros entre unas y otras investigaciones, habrá siempre también, atajos y recorridos alternos que llevan a una finalidad distinta entre lo que ellos hallaron y nosotras hemos de buscar.

Así pues, se encuentra la investigación de la psicóloga Eneida Puerta Henao: *Tejidos que dan sentido a la existencia: El significado que tiene para los habitantes de San Carlos la experiencia de reconstruir su tejido social afectado por el conflicto armado. (2015)*. En este artículo se hace un sentido recorrido en la recolección de relatos de líderes del municipio de San Carlos, con el fin de realizar un proceso de configuración del tejido social, como seres políticos y sociales en relación con el vínculo con la tierra (arraigo), con lo humano (identidad) y con la posibilidad de retornar a prácticas cotidianas: juegos, fiestas, espacios comunes/comunitarios como vivencia singular de la reconciliación y la salud mental.

En relación con el matiz pedagógico de nuestro proyecto investigativo, se hace necesario situar el texto de la profesora Yerledys Palacios, titulado: *La escuela de cara al postconflicto: Una posibilidad para la reconstrucción de una memoria histórica del conflicto armado y el fortalecimiento de las prácticas de escritura en la ruralidad (2018)*. En él, la profesora se cuestiona acerca de la poca presencia escolar de los diálogos y estrategias pedagógicas para abordar contextos locales que se relacionan con antiguos escenarios del conflicto armado. Es así que se apuesta por la construcción de un proyecto de aula a partir de la escritura autobiográfica, con el fin de lograr un proceso sanador, reconociéndose a través de la escritura y que busca, que estos espacios académicos, no solo se lleven a término con los estudiantes, sino con las comunidades a las que estos niños pertenecen.

En esta construcción, se ha hablado de lo que posibilita la narrativa en el conflicto armado y también, del abordaje pedagógico. Por ello, ahora con la necesidad de hacer énfasis en el proceso de *memoria* y sus implicaciones, otro de los antecedentes académicos es el trabajo de grado, titulado: *Pedagogía de la memoria en la escuela, relación con el conflicto armado y las mediaciones en la literatura (2020)*, escrito por Jennifer Pérez y Dumar Rojas. En este, la pregunta ronda alrededor de cómo reconfigurar procesos de memoria en la escuela y es allí donde sitúan al maestro y al contexto como el mediador para abordar estos temas en el aula.

Dicha investigación expone la manera en que se teje con niños de primaria el conflicto armado ocurrido en el municipio de Granada y en el que articulan las narraciones conocidas por los niños en relación con su historia y con la narrativa como género literario para el abordaje del mismo. Así pues, los investigadores llegan a la conclusión de que un ejercicio de memoria debe surgir de una formación académica que parta desde los más pequeños con el fin de generar una postura crítica frente a la historia local y sus consecuencias, que redunde en la formación política.

Otro de los temas que nos ha inquietado en el proceso de construcción de este trabajo investigativo tiene que ver con la abundante información que circula a partir del 2016 sobre la apuesta por reconstruir desde las víctimas, la memoria del conflicto armado en el país, y es que como se ha venido exponiendo en otros momentos de esta investigación, uno de los principales hitos que acuñan este proyecto se vincula precisamente con el acuerdo de paz entre el Estado colombiano y las FARC-EP que tiene como interés particular la voz de las víctimas, bajo el marco de *Verdad, justicia y Reparación*.

En esta indagación es como llegamos al artículo de la antropóloga Isabel Cristina González: *Un derecho elaborado puntada a puntada. La experiencia del Costurero Tejedoras por la Memoria de Sonsón (2014)*. Este escrito realizado bajo el Marco Jurídico para la paz (Justicia transicional, en el año 2012), pone de manifiesto en un principio la reflexión y los nichos institucionales que fueron dando entrada a este marco constitucional, como una de las pinceladas esenciales en la construcción de paz; y tras esto va develando un ejercicio comunitario en el que entre mujeres víctimas, se reúnen para reconstruir un proceso colectivo de memoria a través del tejido.

Cabe resaltar en este ejercicio de rastreo documental, un proyecto situado en el territorio que nos cobija, el municipio de El Carmen de Viboral y que se titula *El aula de clases, un lugar para la memoria histórica: un abordaje desde el territorio del lenguaje (2016)* el cual fue realizado por Paola Andrea Palacio Marín y Juan Sebastián Bermúdez Correa. Esta investigación se llevó a cabo con estudiantes de secundaria y plantea la comprensión de los procesos de subjetivación de los alumnos, en relación con el conflicto armado del territorio entre el periodo 1995-2005, desde la creación de narrativas y la experiencia estética. En este sentido, se propuso un espacio de reflexión y formación para la significación y resignificación del conflicto armado, desde la creación estética que aporta a la construcción de la Memoria Histórica en el aula de clases, en la escuela y en el contexto.

Después de este recorrido por algunas investigaciones que focalizan el tema de la memoria, la narración, el conflicto armado y la escuela, podemos situar algunas comprensiones generales frente a ello. La primera tiene que ver con la importancia de abrir un espacio en la escuela para abordar el tema del conflicto armado con los niños y jóvenes, para que reconozcan la realidad de la que, como colombianos, hemos sido víctimas, realidad que, por lo demás, ha hecho parte de un currículo nulo (Orinaque, 2017; Portugal & Uccelli, 2019; Sánchez-Meertens, 2017). La segunda comprensión apunta a poner a conversar este escenario escolar con otros espacios de memoria, para ampliar el panorama curricular de los hechos y construir diálogos entre comunidad educativa y gestores locales (Palacios 2018; Perez y Rojas 2020; Arjona, 2018; Builes, 2019; Sánchez-Merteens, 2017; Palacio, Posada, Mira, & Restrepo, 2020). La tercera sitúa la necesidad de darle un lugar y un espacio a las víctimas para que narren sus vivencias de los hechos (Puerta, 2015; Gonzalez,2014) y la cuarta valora el lugar de la narrativa para reconstruir las experiencias, a través

de un proceso reflexivo que pueda dar significado a las vivencias atroces sufridas en el marco del conflicto armado (Palacio & Bermudez, 2016; Cepeda & Guevara, 2016)

Alimentada de estas comprensiones, nuestra propuesta investigativa va encaminada al ejercicio con jóvenes rurales y a la construcción de narrativas que los vinculen al diálogo con líderes y habitantes del territorio, para tejer una unión de voces que posibiliten la memoria local. A su vez, este insumo puede quedar como recurso institucional y regional, al hablar de aquella historia que a partir de lo personal y desde lo colectivo nos constituye. De tal forma, pretendemos crear la unión entre escuela y comunidad con el fin de construir narrativas que integren la subjetividad, con el devenir histórico y social del país.

Justificación. El porqué de esta ruta

Bajo una apuesta como la nuestra, consideramos que es importante el reconocimiento, comprensión y posterior proceso de narración de los hechos ocurridos durante la época álgida del conflicto armado en el municipio del Carmen de Viboral, dado que a nivel municipal los procesos de memoria se han visto abocados hacia la reivindicación cultural y patrimonial de un pueblo ceramista; por lo cual la memoria del pasado reciente y doloroso ha quedado relegado a los proyectos que distintos colectivos de manera aislada han ido realizando. Es por ello que al acercarnos a los lugares donde suponíamos se encontraban registradas dichas apuestas o sus equivalentes en bibliografía, prensa o archivo en general; la sorpresa fue ver escasa información, precisamente por la desvinculación de estos trabajos colectivos frente a los entes institucionales del municipio. De ahí, reconocemos la importancia de volver sobre este pasado a través de la narración, en tanto, los hechos pueden resignificarse desde la palabra de quienes conocen la historia y vivieron de cerca sus distintos modos, demostrando la necesidad que existe de propiciar espacios de escucha, reflexión, diálogo e investigación de los que hagan parte los distintos actores locales que han vivenciado desde distintos ámbitos los procesos que se han llevado a cabo en El Carmen de Viboral frente al tema de la memoria del conflicto armado.

En esta línea, la investigación tiene pertinencia a nivel social, porque se encamina a la reconstrucción de una memoria colectiva a través de la memoria individual, además de posibilitar un encuentro con los rostros y las voces de las víctimas del conflicto armado, tal y como se apuesta en la Ley de víctimas 1448 del 2011, y se reafirma con los acuerdos de paz en el año 2016. En

ambos documentos se sitúa a las víctimas en el centro, buscando la reparación, la verdad y la no repetición; frente a lo cual nosotras deseamos contribuir desde este tejido de narración y memoria colectiva.

Nos situamos también en un escenario como la escuela, lugar en el que se comparten saberes, experiencias culturales y que pone la mirada desde los diferentes ámbitos sobre la pregunta por el territorio, sus dinámicas, procesos, costumbres e historia. Desde esta perspectiva consideramos que es importante propiciar un trabajo orientado hacia la sensibilización y comprensión de los estudiantes frente a esa historia de la que son herederos, pues como carmelitanos hacemos parte de una tradición marcada por la violencia armada. De ahí la importancia de que los jóvenes reconozcan el pasado que ha configurado la sociedad a la cual pertenecen, buscando comprenderla a la luz de aquellas problemáticas actuales que permean el presente local y nacional.

La Institución Educativa hace parte de un territorio cuyas dinámicas se vieron atravesadas por la lucha armada, en ese sentido es necesario indagar y establecer diálogos que vinculan el escenario educativo con la comunidad, en específico con los padres de familia y demás allegados de los estudiantes, quienes son los portadores de los saberes de la guerra y los cuales pueden posibilitar conversaciones donde estén presentes sus reflexiones y relatos para de este modo contribuir a esta construcción colectiva de memoria local. Esta investigación encuentra sus fundamentos en la medida en que busca establecer relaciones entre la escuela con otros escenarios para el abordaje del conflicto, de manera que los diálogos puedan tener varias versiones de la historia de la lucha armada y ampliar perspectivas sobre lo acontecido en el municipio, reconociendo las dinámicas del territorio que habitamos.

2. Horizonte conceptual: Mapas de señales para reinventar recorridos

De cómo hacemos memoria

Cuando no sabemos la ruta de llegada a la parada final, la alternativa que nos queda es revisar las señales que el camino nos va mostrando, y es que, en un territorio como la ruralidad, los caminos pueden parecerse, incluso las bifurcaciones que se ven como desvío, pueden volvernos a conducir a la ruta de entrada. Es por ello por lo que, debemos ser muy cautas y prestar atención a las señales que la vía nos muestra, para así, tener la certeza de que dicha ruta es la indicada. De esta manera es como damos entrada en este transitar a aquellas señales de base que nos pueden servir de guía para caminar con mayor seguridad.

Comprendemos a la luz de este proyecto la memoria como un asunto social, esto es, como una cuestión compartida y construida a partir de los grupos sociales en los que cada individuo configura sus modos de ser y estar en el mundo. Desde este punto de vista, podríamos hablar de lo que Maurice Halbwachs (2005) ha denominado como los marcos sociales de la memoria, cuando sostiene que nuestra memoria individual se enmarca y significa dentro de esos tejidos sociales a los que pertenecemos, los cuales, a su vez, son poseedores de la representación general de la sociedad. Dicho esto, el sociólogo argumenta que podemos recordar en tanto nos sea posible recuperar la posición de los acontecimientos en relación con los grupos a los que pertenecemos: familia, religión, clase social, etc. En palabras del autor:

Ciertamente, si nuestra impresión puede fundarse no sólo en nuestro recuerdo sino también en los de los otros, la confianza en la exactitud de nuestro recuerdo será mayor, como si una misma experiencia fuera reiniciada ya no únicamente por la misma persona sino por varias (...) nuestros recuerdos siguen siendo colectivos, y nos son recordados por otros (...) en realidad, nunca estamos solos (p. 164).

La memoria individual vista desde este contexto cobra sentido, en tanto puede ser evocada por otros, por los recuerdos que se comparten dentro del grupo social en el que se pudo coincidir en el pasado o en el mismo presente. Sin embargo, las representaciones o significaciones no

siempre son compartidas, pues a medida que los grupos sociales de cada individuo aumentan, también lo hacen sus modos de interpretar los acontecimientos; más aún si los lazos tienden a desaparecer es más difícil que los recuerdos permanezcan intactos, produciendo las bien llamadas amnesias patológicas, aludiendo a un conjunto definido y limitado de recuerdos.

Para que nuestra memoria reciba la ayuda de la de los otros, no basta con que éstos nos aporten sus testimonios: es necesario también que ella no haya dejado de coincidir con sus memorias y que existan bastantes puntos de contacto entre una y las otras para que el recuerdo que nos recuerdan pueda reconstruirse sobre una base común. (Halbwachs, 2005, p.171)

Teniendo en cuenta lo anterior, consideramos que desde lo social se da apertura a la memoria individual, pues cada uno es portador de una historia, experiencias, recuerdos y relatos que se comparten con los demás y permiten la construcción de un pasado común.

En este momento nos disponemos a recorrer el camino de la memoria vinculado con el conflicto armado colombiano. Para ello nos sumergimos en las rutas de herradura que nos permitieron encontrar las voces de rupturas, impactos, dolores, consecuencias que ha causado este conflicto armado en un territorio específico, así como las resistencias, las esperanzas y las labores de dignidad que han marcado tanto a las historias personales como a las colectivas. En esta línea, es importante el reconocimiento de sí mismos, el cuestionamiento del propio entorno y el reconocimiento común con otras personas para la reconstrucción del entramado colectivo en un ambiente que amenaza con el olvido y el silencio.

La pregunta y la reflexión por el pasado, los procesos de cambio y la memoria han sido foco central de análisis en el campo de las ciencias sociales como la psicología, la historia, el psicoanálisis. Las indagaciones sobre este tópico han llevado a la proliferación de distintas investigaciones que tratan el concepto como una construcción social, a partir de las relaciones y vínculos establecidos entre los individuos, las prácticas culturales y las tensiones presentadas entre los diversos actores políticos y sociales, que transitan por estos campos de la memoria.

La antropóloga Elizabeth Jelin (2002), no ofrece una definición única sobre la memoria, sino que expone algunas consideraciones desde donde se puede comprender dicho tópico,

planteando la importancia de esbozar algunos elementos que permitan acercarnos a la memoria, sin tener una visión cerrada o encasillada sobre la misma. En palabras de la autora:

(...) hay una tensión entre preguntarse sobre lo que la memoria es y proponer pensar procesos de construcción de memorias, de memorias en plural y de disputas sociales acerca de las memorias, su legitimidad social y su pretensión de verdad. En principio hay dos posibilidades para trabajar esta categoría: como herramienta teórico-metodológica, a partir de conceptualizaciones desde distintas disciplinas y áreas de trabajo, y otra, como categoría social a las que se refieran (u omiten) los actores sociales, su uso, abuso, ausencia social y política, y las conceptualizaciones y creencias del sentido común (p.17)

Dentro de las tensiones en las memorias, se presenta el conflicto respecto a quién es el sujeto que rememora, ¿podría decirse que siempre es un individuo o se puede entender la memoria desde la colectividad? Frente a este interrogante, la autora plantea que la individualidad y la colectividad se complementan en un proceso de construcción.

El ejercicio de recordar y olvidar es singular, cada persona posee sus propios recuerdos que no pueden ser transferidos a otros, y a su vez, los individuos se encuentran insertos en redes de relaciones sociales, grupos y culturas, ya que las memorias están ubicadas en contextos sociales específicos.

Jelin retoma los planteamientos de Halbwachs en los que manifiesta que las memorias individuales se encuentran enmarcadas socialmente, entendiendo esos marcos como la representación de valores, concepciones y necesidades de esos grupos sociales. De modo que lo colectivo de las memorias es el entretelado de tradiciones y memorias individuales, en diálogo con otros y en estado de movimiento, cambio constante, porque no hay una integración directa entre memorias individuales y colectivas, siempre se presentan contradicciones, silencios, huecos y fracturas.

Las memorias son simultáneamente individuales y sociales, en cuanto a que las vivencias individuales no se transforman en experiencias con sentido, sin la presencia de discursos culturales, y estos son siempre colectivos. La memoria individual no existe en sí, sino que se manifiesta y se convierte en colectiva en el acto de compartir, en el narrar y en el ejercicio de escuchar. Y es que

precisamente siguiendo a Jelin (2002) “la memoria tiene un papel altamente significativo, para fortalecer el sentido de pertenencia a grupos o comunidades” (p.9). Por ejemplo, en el caso de los grupos que han sido oprimidos a lo largo de la historia a causa de la guerra, la referencia a un pasado común permite afianzar los vínculos en los espacios en que se comparte, dando a reconocer la voz propia y la voz colectiva de los sucesos acontecidos.

Según la autora, la memoria de los oprimidos surge con el fin de dar otros testimonios de la historia y luchar por hacer justicia. Aquí entra en tensión la historia oficial con las narrativas censuradas, ya que la primera, se cuenta desde determinada posición, favoreciendo los relatos desde los lugares del poder político, económico y social, mientras la segunda, lucha por reclamar el reconocimiento y la legitimidad de la palabra y las demandas de las víctimas, de los vencidos, de los oprimidos.

En ese punto se sitúan las diversas tensiones y luchas por la memoria, puesto que, ciertos grupos entran en conflicto buscando un reconocimiento de sus voces en la historia. Por un lado, se encuentra el discurso oficial que pretende imponer una visión única de los sucesos, que favorezca a determinados grupos de poder y, por otro lado, están esos actores sociales que luchan por reivindicar las demás versiones de la historia, aquellas que han tratado de esconder e invisibilizar. Así pues, las palabras de los vulnerados y minorías que han sido excluidos del relato nacional vienen a configurar lo que Michael Pollak (1989) nombra como memorias subterráneas, esto es, memorias que “(...) como parte integrante de las culturas minoritarias y dominadas, se oponen a la memoria oficial, en este caso a la memoria nacional” (p.18). Estas memorias ofrecen resistencia a lo que se ha constituido como oficial y luchan por reclamar la voz de aquellos que han sido enmudecidos.

Narrativizar la memoria

Mientras buscábamos los horizontes de nuestra investigación, y a medida que vislumbrábamos los caminos por los que nos iba llevando la brújula propuesta frente a la manera metodológica de actuar, llegamos a las primeras comprensiones de lo que significa para nosotras el término *narrativa*, y así en diálogo con las voces de Paul Ricoeur (2006) Marieta Quintero (2018) apostamos por aquella tríada en la que el sujeto se enfrenta al mundo, a la colectividad a la que

pertenece y sobre todo a sí mismo como dador de vida de esas palabras que tras decir las se convierten en relato y que al ser contadas entran al orden de la memoria hecha narración.

Así pues, aunque ya se han dado ilustres pinceladas de la apuesta por el enfoque de investigación Narrativo, en este punto pretendemos situar la noción de narrativas en diálogo con la memoria y el conflicto armado. Es necesario mencionar que el narrar no es solo un asunto que se quede en el acto literario o ficcional de contar historias, sino que entra en aquella facultad humana de darnos a entender, de construir realidades por medio del lenguaje. Así, desde pequeños hacemos uso de la palabra hecha relato para contar a un otro aquellos sucesos que nos acontecieron o que imaginamos. Por ello, entendemos la narración como aquel vínculo entre los asuntos humanos y que, por ende, nos sitúan en el lugar que ocupamos en relación con los otros, tal como lo expone Quintero, citando a Bruner.

Desde que nacemos somos portadores y productores de narrativas. Para este autor, los relatos no pueden ser vistos como resultado del uso o empleo de una gramática de casos con propósitos informativos. Estas narrativas guardan relación con lo que está sucediendo y viviendo en el mundo. Hacemos uso de distintos tonos, modos y estructuras para narrar distintos acontecimientos, para situarnos (...) revelar y denunciar los acontecimientos, especialmente, aquellos relacionados con las crueldades humanas. (2018, p.48)

Hasta este punto, hemos nombrado varios asuntos puntuales que no queremos dejar pasar de largo. Por un lado, poner la narración en el orden de lo cotidiano, lo que no significa un asunto únicamente individual, sino de transformación social y cultural, esto lleva a que la narración sea también una apuesta ética frente a la posición que asumimos en relación con los otros al momento de narrar; y, por último, el importante papel del receptor o lector de dicha narración (Ricoeur, 2006).

En este orden de ideas, llegamos a Borges (1969), quien en uno de sus tantos cuentos propone la figura del etnógrafo que recorre y habita un territorio desconocido hasta tal punto, que le es imposible mencionar las vivencias y los secretos de dicha comunidad, bajo el argumento de que los caminos hay que recorrerlos y no solo vivirlos por las voces contadas de unos otros; es por ello que en este punto, y en el marco de este trabajo investigativo, pensamos en los innumerables

secretos que estas poblaciones desean contar a aquellos que como el etnógrafo se aventuran a viajar por las intermitencias de la memoria, para recobrar las imágenes que se evocan y posteriormente se hacen recuerdo (Halbwachs, 2005. P. 165) y sobreviven a través del relato.

Entonces, ¿qué es lo que se hace cuando se narra?, ¿me narro?, ¿narro lo otro? o ¿me narro en relación con el otro? Quizá estas inquietudes sobre el cómo, se respondan con el acto mismo de narrar, pero ¿qué se hace entonces con el silencio, con aquello que no necesariamente se olvida, pero que sí hace parte de las infidencias más íntimas del ser? Estas preguntas por lo que queda en el silencio son aún más complejas; al respecto, plantea Michael Pollak (1989) que

Hay en los recuerdos zonas de sombra, silencios, "no-dichos". Evidentemente, las fronteras entre esos silencios y "no-dichos" y el olvido definitivo y lo reprimido inconsciente no son estancas; están en perpetuo dislocamiento. Esa tipología de discursos, silencios y también alusiones y metáforas, es moldeada por la angustia de no encontrar una escucha, de ser castigado por aquello que se dice (p.24).

En el ejercicio de contrarrestar esos silencios e, incluso, en la decisión de aquellos receptores que, oyendo, deciden no escuchar, es que surge el último elemento que queremos precisar en la construcción conceptual de la narrativa. Y es lo que Marieta Quintero propone como *narrar en tiempos de crisis*. Y es que, en aquellas situaciones de dolencias y pesares compartidos, es decir de tragedias que se viven en comunidad, el acto de narrar y contar lo ocurrido, cobra un matiz diferencial, en el que la intención es la búsqueda de la no repetición y más cuando nos situamos en la época de lo monstruoso, como lo nombra Quintero citando a Gunther:

En tal sentido, “la época de lo monstruoso” no es un simple “paréntesis” o “suspensión” de una realidad, por ello debemos “escrutar en los fundamentos de lo ocurrido”, “buscar las raíces que no han muerto tras el derrumbe del sistema de terror”; raíces que hacen probable “la repetición de lo monstruoso” (2018 p.26)

Para estos autores, situados específicamente en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, y apoyados en *narradores del horror* como Primo Levi o Hannah Arendt, aseguran que es un

“deber relatar” lo que ha sucedido porque esto puede volver a suceder. Los jóvenes y la misma historia ante la insostenible realidad y las catástrofes que han producido los fenómenos de violencia prefirieron “no hablar” y “no estar dispuestos a escuchar” (Quintero, p.70). Colombia quiere que cese la horrible noche, y es ahí donde radica la importancia de narrar en los tiempos de crisis y de destrucción de los valores humanos, como fue para el mundo occidental la Segunda Guerra Mundial; y para Colombia, el conflicto armado interno que lleva más de medio siglo.

Narrar estos asuntos del mal no solo significa una apuesta por la no repetición, también, se argumenta en la figura por interpelar el proceso de decadencia de los valores morales del ser humano; y reconocer, en últimas que estos casos no son aislados, sino que al analizarlos bajo parámetros de carácter social muestran por un lado la incapacidad de *los hombres de exterminio* (Quintero p.72) por representar las consecuencias de sus actos, y para quienes solo queda la obediencia bajo el parámetro de un ideal. Y por otro lado, significa para quienes sufrieron la barbarie, la incapacidad de elección, de actos voluntarios, ellos se encontraban entre el miedo y la muerte. De allí que la importancia de narrar no se queda en el hecho de situar a unos u otros en la dicotomía moral entre el bien y el mal, sino mejor en la comprensión del retroceso de la dignidad humana que deja la barbarie, pues en ambos casos significa dejar de ser agente racional que piensa y actúa conforme a sus premisas y que, por ende, es como si fuéramos en contra de la propia naturaleza humana (Quintero, p.73)

Las narrativas que se dan a raíz de los *tiempos de crisis* también dan cuenta de las relaciones y lazos que establece un sujeto con otro, un ejercicio colectivo por más íntimo que sea, en tanto “uno de los valores morales y políticos de la narrativa es presentar nuestros vínculos con los otros, a partir de experiencias humanas como el miedo” (Quintero, p.48). De este modo, estas narrativas tienen un sustrato ético y político porque se encuentran vinculadas con aquellos grupos humanos que denuncian modos de sometimiento. Según Hyden White (citada en Quintero, 2018)

las narrativas históricas de las experiencias del mal permiten la memoria de los hechos y tomar conciencia de la irrepetibilidad de los hechos atroces. Es decir, de la elección que deben hacer los ciudadanos frente a la posibilidad de que se repita los crímenes contra la humanidad (p.50)

Dichas narrativas reflejan el dolor en las relaciones que se establecen en la comunidad, dan cuenta de la vulneración, perplejidad y violación de derechos. No solo se refieren a los hechos atroces, sino también a los esfuerzos de la colectividad por narrar injusticias cometidas contra las comunidades, así como las respuestas de resistencia, solidaridad, lucha y labores de dignidad de las víctimas (GMH, 2014)

Acercamiento al territorio: rastros de sus dimensiones

Colombia se puede ver desde dos perspectivas: un paraíso natural gracias a sus características geográficas o una pesadilla debido a sus condiciones de exclusión social, marginación política e inequidades culturales. En razón de la primera, el panorama de los bosques nos lleva por un territorio de ensueño en el que el verde explota en todas sus tonalidades, donde a lo lejos cada tanto se nos atraviesa alguna cascada que nos recuerda nuestras riquezas hídricas. Las costas son un deleite para cuerpo y alma con sus mares de siete colores y sus playas blancas, mientras en los páramos se gesta la vida y se tejen leyendas. Eso sería nuestro territorio si no redujéramos a representarlo y significarlo solamente desde sus límites, formaciones y condiciones geográficas, si sacamos de él todos los grupos humanos que lo modifican y lo construyen a su paso.

Sin embargo, la otra cara de estas tierras ocupa aquellas construcciones o deconstrucciones en las que como sus habitantes nos hemos visto inmersos para significar y modificar este espacio a medida que él lo hace con nosotros. La historia política y social de Colombia nos ha llevado por un tránsito de eternos retornos en el que nunca ha habido una gloria inmarcesible, sino unos caminos de herradura cada vez más manchados por sangre, por miedo, por muertos y luchas incansables por la justicia, que cada vez es más sorda y muda.

Cuando hablamos de territorio hacemos referencia a esas dos caras de Colombia. En primer lugar, reconocemos que un territorio es esa porción de tierra que está construida por sus límites, sus condiciones geográficas, de biodiversidad e, incluso, ecológicas, es decir todos aquellos elementos que hacen parte de aquel ecosistema y que le confieren una diversidad particular. Digamos que es este el primer elemento que conforma un territorio, pero no es el único, dado que este necesita de los grupos humanos y sus propias condiciones para configurarse y significarse. De

esta manera, en una especie de proceso simbiótico tanto habitantes como espacio se transforman conforme al devenir histórico. En palabras de Mario Sosa Velásquez

El territorio no es solamente una porción de tierra delimitada con su complejidad biofísica (relieve, condiciones ambientales, biodiversidad). Es, sobre todo, un espacio construido socialmente, es decir, histórica, económica, social, cultural y políticamente (...) el territorio se explica y hace referencia a las relaciones entre los seres humanos y los demás elementos del mismo, desde el marco de la espacialidad (como poblamiento, patrones de asentamiento y producción, por ejemplo) y la movilidad (cotidiana y circunscrita, inmigración y emigración), que lo convierten en una síntesis finalmente humana: valorada, representada, construida, apropiada, transformada. (2012, p.7)

Dicho esto, Sosa señala que los territorios son también una construcción social, en tanto, alrededor de esa porción de tierra las poblaciones se establecen con tradiciones, costumbres, creencias que lo significan de manera singular, donde los límites no son dados sólo por las características biofísicas, sino también por los actores sociales que lo transforman e intervienen en él. Esto es lo que el autor va a nombrar como dimensión geo-eco-antrópica, la cual implica referirse a una triada integrada por el ser humano, la naturaleza y el espacio y tiempo de un territorio. En esta triada, el ser humano encuentra lo necesario para crear sus condiciones sociales, políticas y culturales, pero también los modos de sobrevivir.

Por consiguiente, son los actores sociales y sus relaciones con otros y con el espacio, quienes representan el territorio, le confieren significado y lo proyectan siendo o no parte del mismo. Es entonces gracias a los individuos que se le otorga una pluralidad de sentidos al territorio, en tanto las configuraciones, apropiaciones y representaciones son subjetivas en cuanto a la relación que cada uno tiene con el espacio que habita. Así pues, factores como la migración conceden desde la noción de *multiterritorialidad* visiones más amplias y diversas, ya que los sujetos en su trasegar mantienen y reproducen (en algunas ocasiones) los vínculos con el territorio de origen, así como sus concepciones económicas, políticas y culturales.

Son esos sujetos o actores sociales –propios o ajenos a un territorio– quienes, desde sus representaciones del territorio, están en constante búsqueda por proyectarlo, por hacerlo parte de su cohesión, o entran en constante confrontación y disputa por construirlo, apropiárselo y controlarlo [...] Así, por ejemplo, los migrantes que mantienen como ámbito de reproducción social, económica y simbólica su terruño, reproducen los vínculos con el territorio de origen, lo que, en algunos casos, genera multiterritorialidad expresada como relación de construcción del origen o su reproducción, aun cuando sea simbólica, en el nuevo –a veces temporal y otras permanente– territorio. (Sosa, 2012, p.20)

A propósito de esta multiterritorialidad es preciso hacer mención al desplazamiento forzado, sobre todo, enmarcado en este proyecto investigativo, donde como se ha mencionado en apartados anteriores la población antioqueña ha sido una de las más afectadas, hecho que no fue ajeno en la vereda La Madera. Así, factores como migración e inmigración¹⁰ han concedido a la población nuevos modos de representar su territorio, dado que las lecturas que los nuevos habitantes tienen sobre el mismo contienen los elementos simbólicos de su lugar de origen, o por el contrario de la vereda durante el conflicto. Esto está ligado a lo que Sosa va a denominar como representación del territorio, el cual está cargado de matices religiosos, políticos, cosmogónicos o económicos que por lo regular responden a los intereses del actor social que los porta para historiar, ordenar y proyectar en las poblaciones de asentamiento.

Desde estos matices los pobladores de un territorio le asignan un valor al mismo, donde no sólo prima lo económico muchas veces dado por los mismos factores ecológicos, sino también culturales concedido por las diversas comunidades que lo habitan y los legados que cada una posee, tales como mitos ligados a la tierra, ritos religiosos, festividades, tradiciones, resistencias y hasta las mismas condiciones políticas. Es importante resaltar el hecho de que desde estas esferas es donde se crean mayores resistencias a partir de la apropiación simbólica que cada uno posee sobre el territorio, puesto que las luchas por poseer la verdad son también por el dominio de este.

¹⁰ Desde el texto *¿Cómo entender el territorio?* (2012) dichos conceptos se diferencian de la siguiente manera: Migración hace referencia al movimiento poblacional hacia otras regiones, países o lugares distintos al actual. Mientras inmigración alude a la llegada de esa población a un territorio.

El territorio es el espacio que una sociedad reivindica como el lugar donde sus miembros han encontrado permanentemente las condiciones y los medios materiales de existencia y lo que reivindican al apropiarse de un territorio es el acceso, el control y el uso, tanto respecto a las realidades visibles como a las potencias invisibles que lo componen, entre las que parece estar repartido el dominio de las condiciones de su reproducción y de los recursos de que dependen. (Sosa, M. 2012, p.23)

Como hemos mencionado en líneas anteriores el territorio está construido además de sus condiciones geográficas, por sus dimensiones políticas, sociales, económicas y culturales, donde haremos mayor énfasis en las dos primeras. Desde lo político existe la mayor tensión, ya que se ha asumido esta dimensión como el lugar en el que el poder sobre el territorio se puede ejercer con mayor fuerza, así los distintos actores asumen una posición política con el fin de proyectar en el territorio sus propios intereses, sobre todo, económicos. Desde Mario Sosa el espacio que está también delimitado socialmente se ve marcado en mayor medida por dichas relaciones de poder, el cual se articula a partir de las dinámicas de la política y de lo político.

La política representa la manera en que se organiza el poder, las decisiones que se toman para y desde lo social, ya sea desde un ámbito local, nacional e internacional y que se responde al cómo, cuándo y a quién serán entregados los recursos que posee la sociedad. Desde esta distinción cabe resaltar la historia del conflicto armado en sus primeros años, con el surgimiento de las guerrillas liberales y sus luchas políticas en relación con el ideal de una distribución más justa de las tierras. Ahora, desde lo político se hace referencia a los modos en que se decide sobre los asuntos de la vida en sociedad, es decir, la manera en que los grupos humanos son regidos por unas normas y cómo se fundan, mantienen y alteran las mismas.

Este poder concedido por las leyes se ha visto retado por los actores armados que en una lucha en contra de quienes lo ejercen desde el Estado han hecho de los territorios durante las décadas más álgidas del conflicto una zona de constante disputa por ejercer el poder más descentralizado, consiguiendo obtenerlo parcialmente gracias al miedo infundido en los civiles, estableciendo un nuevo orden desde la política y lo político. Dicho esto, aunque se establece que a través de la dimensión política se centraliza el poder, es a partir del mismo devenir histórico que

este ha de verse dividido, abriendo paso a tensiones, resistencias, representaciones y apropiaciones múltiples y subjetivas. Como apunta Sosa

El gobierno sobre el territorio será ejercido por quien tiene el poder determinante, el cual puede estar asentado en la ley, en la institucionalidad estatal, en la propiedad privada, en formas de autoridad locales históricas (caudillistas, terratenientes, étnicas o de otro tipo), en la concesión de un área determinada o en un poder que se impone mediante la fuerza de las armas o de su potencial uso. (p.80)

3. Metodología. A dónde nos lleva la brújula.

Cada ciencia que se posea es una ventana más para contemplar el mundo. Quien no sabe de ella, se aburre en los caminos; sólo percibe las sensaciones de cansancio y de distancia. Su alma está encerrada en la carne. Esto, sirve para ilustrar esta idea el considerar el yo como un prisionero en casa cerrada y que, mediante la labor y el caminar, fuera abriendo miradores y salidas al mundo.

Fernando González, Viaje a pie

En algunas ocasiones andar no es una facultad en la que solo el cuerpo se pone en movimiento, allí también las ideas andan construyéndose, mientras se camina por esas trochas de herradura que a lomo de mula o solo a pie, otros ya han transitado. En el pensamiento, por más que sea un ejercicio particular y a veces hasta íntimo, en medio de las divagaciones nos encontramos con aquellas rutas que otros autores nos han dejado abiertas, para que nosotras a partir del caminar, vayamos también despejando. Y es en esta doble relación de caminos y pensamientos, donde aparece la pregunta que va gestando, a su vez, las maneras para saber cómo se continúa en ese trasegar de rutas y encuentros, en los que cada paso va de la mano de aquellas indagaciones sobre lo que aquel espacio explorado nos permite descifrar conforme sea el ritmo de la marcha.

Por ello, en medio de la incertidumbre de un camino pedregoso, plano o lleno de montañas, por el que nosotras transitamos en medio de este recorrido investigativo, la claridad que como caminantes y seres sentipensantes (Galeano, 2010)¹¹ buscamos, fue aquella en precisar las señales que nos ayudaron a mirar lo que hay más allá del camino. Las líneas que vienen a continuación van en esos modos de búsqueda y estabilidad que hallamos en esta ruta de abordaje.

Así pues, con la mirada puesta en el territorio de El Carmen de Viboral y con la intención de construir espacios de diálogo alrededor de la memoria del conflicto armado en el municipio, nuestra investigación se teje a partir de algunos escenarios que permiten esta articulación, tales como lo son la Institución Educativa Nuevo Horizonte, en su sede de La Madera; y el Centro de Memoria del municipio, adscrito al Instituto de cultura.

¹¹ Eduardo Galeano en *El libro de los abrazos*, acuña el término, definiéndolo así: *La gente sentipensante* aquella que no separa la razón del corazón.

En esta investigación de orden cualitativo y con enfoque narrativo, expondremos las miradas y alcances que se lograron en los espacios dialógicos ya nombrados. Por esta razón, y con la intención de ir dando puntadas a este tejido, se hace necesario abordar, principalmente, qué entendemos por enfoque narrativo. En este sentido, partimos de los postulados de Antonio Bolívar (2002) en su texto *¿De nobis ipsis silemus?": Epistemología de la investigación biográfico-narrativa en educación* donde se pone en consideración la investigación que permite hablar sobre sí mismos, es decir, la narrativa. Allí, se puede ver el relato como el lugar para comprender la experiencia humana, conocerla y captar los significados propios de los asuntos humanos. Desde este enfoque el centro son los sentimientos, vivencias y acciones del sujeto que narra, así como se reconoce que este es dependiente del contexto y de la realidad social que lo rodea. El autor plantea cómo la narrativa hace posible que se parta de los asuntos particulares que atañen a cada individuo con la intención de comprender cómo los humanos dan sentido a lo que hacen. Desde este punto de vista, reconocemos en su posición influenciada por Ricoeur lo que hemos de asumir como narrativa

Entendemos como narrativa la cualidad estructurada de la experiencia entendida y vista como un relato; por otro (como enfoque de investigación), las pautas y formas de construir sentido, a partir de acciones temporales personales, por medio de la descripción y análisis de los datos biográficos. Es una particular reconstrucción de la experiencia, por la que, mediante un proceso reflexivo, se da significado a lo sucedido o vivido (Bolívar, 2002, p. 44)

Por ello, desde este enfoque se pone en escena la subjetividad, en tanto, cada acción humana es única e irrepetible poseedora de unas características distintivas que no pueden ser categorizadas, ni definidas. Usamos entonces las descripciones anecdóticas para comunicar al otro nuestras propias reflexiones y percepciones mediando entre la propia experiencia y la construcción social de la realidad (Bolívar, 2002, p. 10). De ahí, el autor propone como a partir de la investigación narrativa es posible que los relatos de los otros y las narrativas del investigador se unan para comprender el contexto que habitan.

El enfoque narrativo no sólo se sustenta desde su característica vinculación de la experiencia que pasa a ser relato, sino que además se convierte en una ciencia de la discusión, comprensión e interpretación (Quintero, 2018). Esto se resume en el acto mismo de narrar, de poetizar la palabra para darnos a entender y reconocer un nuevo recurso de historicidad, pues tras la emisión y recepción del relato, la manera en la que se comprenden las estructuras dialógicas, se develan las particularidades internas del hombre consigo, pero también con el mundo.

Para ampliar lo anterior, abordamos la tríada propuesta por Ricoeur (2006), quien señala desde su texto *La vida un relato en búsqueda de narrador* que narrar implica una triple relación: el sujeto con el mundo, su significado y comprensión frente a él, nombrado como *referencialidad*; los vínculos entre sujetos, es decir el hombre en comunidad lo que el autor acuña como *comunicabilidad*; y, en últimas la narrativa en relación con la mismidad, entendida como un proceso de introspección o *comprensión de sí*.

Tomando en cuenta lo anterior y siguiendo a Quintero (2018), los seres humanos le otorgamos distintos significados a las experiencias y, a su vez, somos herederos de una historia que nos constituye. En este sentido, en la narración confluye tanto el presente del sujeto como su pasado, unidos a la ficción humana, es decir a la capacidad de imaginación narrativa de cada ser. Del mismo modo, al momento de narrar el individuo se reconoce como partícipe de una comunidad, la cual le otorga ciertas responsabilidades y compromisos que debe cumplir como participante de un entramado colectivo. Por otra parte, al narrar se da un encuentro del sujeto consigo mismo, que le abre la posibilidad reflexionar, repensar su vida y transformarse.

Para Ricoeur (2006), la narrativa, entra en relación con sus funciones sociales, donde el narrador compromete al lector u oyente de manera activa, no solo con los hechos, sino con los sentimientos que lo rodean. En palabras del autor: “la narrativa y su trama no es una estructura estática, sino una operación, un proceso integrador que solo llega a la plenitud en el receptor vivo, es decir en el lector o espectador” (p.10). Esta comprensión nos permitió proyectar los ejercicios, diálogos y narrativas aquí construidas, de tal manera que tuvieran una resonancia y un momento de reflexión para aquel sujeto tan necesario en este ejercicio investigativo y escritural, ya que, ¿qué sentido tendría el narrar y escribir, a partir de unos diálogos y apuestas sociales y comunitarias, sino hay un receptor que cuestione, indague o reflexione sobre lo allí problematizado?

En esta intención por exponer el enfoque narrativo, y sus alcances en relación con las comprensiones que debemos hacer a la hora de realizar los relatos hay un último punto en el que queremos dejar claridad y tiene que ver con la *identidad narrativa*. En la propuesta de Quintero (2018), narrar pone en juego el ejercicio ético de la pregunta por el *¿quién soy?*, que en la narración le confiere al sujeto rasgos reconocibles en su postura social (p.62)

Lo anterior se pone en juego al momento de apostar por este tipo de investigación, ya que como lo propone Antonio Bolívar (2002), se asume una *identidad narrativa* en la que, a diferencia de otro tipo de investigaciones, la subjetividad no busca ser anulada, sino que, representa el cimiento en la búsqueda constructora de sentido, es decir, entender esta investigación como un ejercicio ético y político situado en el “yo narrativo” y en la pregunta por: *¿Quién soy al momento de narrar?* Es así que, como lo propone el mismo Bolívar citando a Bruner, la narrativa no es solo una metodología, es una forma de construir realidad (2002, p.43).

Dicho esto, planteamos algunos momentos en los que se posibilitó el diálogo con quienes fueron partícipes del conflicto armado, pero también con los hijos de dichos actores (estudiantes) y líderes sociales del municipio, los cuales desde los diferentes espacios y distintas perspectivas contribuyen a la reconstrucción de la historia en este marco. En esta línea, un primer momento consistió en la planeación de talleres, donde construimos un conjunto de actividades desde el arte, el diálogo y la lectura para la sensibilización sobre el conflicto armado con los estudiantes y padres de familia.

En una segunda instancia, se sitúan las entrevistas como un ejercicio de indagación de aquellos relatos de líderes y personas del municipio, cuyos intereses han estado atravesados por las rutas del conflicto armado. En tercer lugar, se hace referencia a la elaboración de narrativas a partir de las entrevistas, donde plasmamos las voces de las personas con quienes sostuvimos el diálogo. El cuarto momento se refiere a los encuentros literarios donde se establecen relaciones entre los textos abordados, para nutrir la mirada sobre el conflicto colombiano. En quinto lugar, está las temáticas tratadas en el Centro de Memoria del municipio y los vínculos que desde allí pudimos tejer con nuestro trabajo de investigación y, por último, se encuentra la socialización del proyecto, que estará orientada a compartir un espacio de conversación con la comunidad académica en general y con la comunidad educativa donde realizamos nuestra propuesta investigativa.

Los párrafos siguientes brindan una idea de la ruta que hemos tomado para poder transitar por estos escenarios, donde a través de un ejercicio centrado en momentos específicos buscamos poner a conversar los saberes y comprensiones respecto al conflicto armado.

Planeación de talleres: entre palabras, preguntas y encuentros

*(...) Estas montañas nuestras del interior,
casi olvidadas de tan familiares, casi invisibles de tan vistas,
no es seguro siquiera que no sean enseres de un sueño.*

-José Manuel Arango

¿Qué escribiría José Manuel Arango de las montañas de hoy? Probablemente a lo lejos su percepción de ellas sea la mismas que la escrita en sus poemas, la sensación de querer deslumbrarse por siempre con estas cuando a lo lejos se imponen frente a los ojos y van apareciendo de a poco en la mañana detrás de las nubes del frío Carmen. Por nuestra parte, las imágenes que nos han habitado son de trasegares que se tejen en la mente como si de un recurso audiovisual se tratase. Pensamos en su rugir cuando después de una filtración de agua se desprende una gran porción de tierra, el único aviso para quien transita por sus lares y el sonido que nos recuerda que somos diminutos y frágiles. Escribiríamos entonces de las casas de tapia que se visten de dos colores y de los geranios que la adornan, a los que no les cabe una flor más, la chivita que come en el patio delantero, los burritos que cargan con el peso de serlo y los campesinos arrancando papa desde antes de que salga el sol.

Como las montañas que inspiraron a este poeta carmelitano esta parte metodológica nos llevó por un camino empinado, sinuoso, que cada tanto al volver la vista deslumbraba a quienes fuimos sus caminantes.

En esta parte del recorrido decidimos recurrir a los postulados de Ezequiel Ander-Egg, en su texto *El taller una alternativa de renovación pedagógica* (1999), a partir de los cuales consideramos los talleres como una ruta en la que se construye conocimiento con el otro, donde como maestras tejimos diálogos colectivos, en los que los saberes y experiencias de cada estudiante que deseara compartir, fueran reconocidos.

Esta estrategia pedagógica se plantea como una alternativa de enseñanza y aprendizaje en tanto el saber se construye en conjunto a partir de un eje transversal como sería en este caso el conflicto armado, a través de distintas formas del arte y estrategias didácticas. Para este momento de la práctica, decidimos agrupar los talleres en tres grandes etapas, la primera denominada sensibilización o de geógrafos y exploradores, estuvo enfocada en reconocer el contexto a través de los aportes e indagaciones de los estudiantes. Una segunda fase tuvo que ver con la contextualización histórica, donde buscábamos acercarnos a la historia del conflicto armado nacional y local, reconociendo los hechos, actores, causas y consecuencias más significativas. Por último, la construcción o socialización que tenía como fin recoger los hallazgos, aportes y análisis provenientes de su pregunta de investigación, las conversaciones y trabajos realizados.

Diseñamos diez talleres, los cuales fueron pensados para estar en articulación con las asignaturas de sociales, artística, lengua castellana e investigación, mediados en un primer momento por la virtualidad, debido a la coyuntura de salud pública (COVID 19) que atravesamos, y que nos obligó a diseñar estrategias de comunicación como la mensajería instantánea a través de WhatsApp. Posteriormente bajo el modelo de alternancia realizamos los talleres de las dos etapas finales, a saber, contextualización histórica y construcción o socialización.

Durante esta primera fase de geógrafos y exploradores utilizamos esta figura retratada en el libro *El Principito* de Antoine de Saint-Exupéry para invitar a los estudiantes de los grados octavo y noveno a asumirse como investigadores de su propio territorio. Con un lápiz, que pronto ha de convertirse en tinta, reconocimos en nuestros exploradores la virtud de aquellos que el geógrafo describió para *El Principito*. Son estos, los personajes más importantes para el anciano pues aguarda por su llegada, para que narren sus recorridos por los planetas que para él desde su escritorio han de ser desconocidos. Al llegar hasta su oficina, las pruebas que a nosotros nos enviaron como fotografías, audios o dibujos quedan en esas geografías.

A partir de la figura creamos cuatro guías que se enfocaron en el reconocimiento de los estudiantes, su historia familiar, sus raíces, lugar de procedencia y el espacio que habitaban, es decir, vereda La Madera. Esto nos permitió reconocer el contexto en el que se desarrollarían las prácticas, sus dinámicas y tradiciones. En este primer momento, los estudiantes nos presentaron un territorio que rodeado por montañas alberga en esa pequeña llanura extensos cultivos de fresa, papa y zanahoria. Insisten, además, en sentirse orgullosos de aquel espacio del que hacen parte, gracias

a las condiciones sociales y culturales que hallan en la misma vereda, pues cuentan con escenarios de encuentro comunitario tales como: la cancha, la corregiduría, el centro de salud y la misma institución educativa, donde suelen reunirse con fines recreativos, o de mismo orden político a través de la Junta de Acción comunal.

Figura 2. Óleo. Semilla y abono. Serie "Los tractores hacen La Unión" vereda La Madera (2020) Hugo Montoya



Al comprender el territorio como un espacio simbólico, sugerimos a los estudiantes desde su lugar de exploradores crear diálogos con sus padres, abuelos o hermanos a través de entrevistas, que los llevasen a preguntarse por el pasado familiar y territorial. En un principio brindamos un derrotero de preguntas tales como: ¿Quiénes fueron sus abuelos? ¿Cuál era la labor o profesión que desempeñan o desempeñaron? ¿Habían vivido siempre en la vereda? Sin embargo, a medida que avanzaba la conversación ellos mismos debían plantear otros interrogantes en relación con lo que les interesaba saber.

Con este ejercicio pudimos ponerle voz a esos pequeños íconos que nos enviaban tareas, al asumirse como entrevistadores: la risa los volvió cercanos, pero también develó la timidez tan propia en ellos. Entre las respuestas más frecuentes dadas por sus familiares se hacía mención al conflicto armado dentro de la vereda La Madera, o la llegada a ella a causa del desplazamiento forzado. En las entrevistas hechas por sus hijos algunos de los padres señalaban los grupos armados que ocuparon la vereda “paracos y guerrilleros” y la afectación que tuvo para sus antepasados la

incursión de los mismos: “a mi abuelo casi lo matan (...) debido a que él no quiso colaborar” “se le llevaron todo el ganado, porque un nieto tenía nexos con los guerrilleros” (entrevista, 2021).

Al final de esta primera etapa de sensibilización, y a la espera de la alternancia buscamos que ellos construyeran una pregunta de investigación que estuviese atravesada por dichas indagaciones y sus intereses particulares. Para esto, ya se había hecho el recorrido por los distintos tipos de investigación (cuantitativa y cualitativa) y se trataba de reforzar el vínculo entre los miembros de familia, pues a la hora de realizar las guías les pedíamos preguntarles por su visión sobre pinturas como “La salida de Laureano” (1953) de Débora Arango y la relación que tenían con las situaciones coyunturales. Dicho esto, en la construcción de sus preguntas de investigación estuvo presente la indagación por las causas sociales, orígenes y dinámicas del conflicto, así como también las consecuencias familiares que trajo consigo.

Cabe resaltar que los talleres son también un lugar para la pregunta, pues antes que la búsqueda de respuestas, se pretende generar inquietudes, que movilicen a los estudiantes y demás participantes del proceso de enseñanza-aprendizaje, donde “puedan detenerse frente a las cosas para tratar de desentrañarlas, problematizando, interrogando, buscando respuestas, sin instalarse nunca en certezas absolutas” (Ander, E. 1999 p. 14). Así pues, dentro de esta estrategia podemos realizar un trabajo constante entre maestras y alumnos, (o como hemos de llamarlo geógrafos y exploradores) buscando poner a conversar la investigación y la práctica.

En la segunda fase enfocada en la contextualización histórica, nombrada como reconociendo-nos, un encuentro pendiente fue posible planear, desarrollar y evaluar talleres de manera presencial bajo el modelo de alternancia. En esta etapa realizamos la mitad de las planeaciones, con las que buscábamos en principio recorrer a través de una línea de tiempo los modos en que surgió, se desarrolló y “concluyó” el conflicto armado, pensado a partir de las preguntas que cada estudiante había formulado, con el fin de que pudieran ir reconociendo grupos armados que habían tenido presencia en el territorio, sus ideales, y las incidencias dentro del mismo. Para esto utilizamos fotografías de Jesús Abad Colorado, Juan Manuel Echavarría y Erika Diettes que repartidas entre ellos pudieron ir ubicando en los distintos períodos según su propio criterio. Con la idea de la transversalización de las áreas, y en conjunto con artística pudieron plasmar en dibujos los hechos que, según escucharon de sus antecesores, tuvieron como escenario la vereda.

Figura 3. Exposición "Fotografías". Erika Diettes (2016)



En los talleres llevados a cabo en la presencialidad, encontramos en los diarios de campo, a modo de etnógrafo, la herramienta para volver, reconocer y evaluar los encuentros, las percepciones y sentires que como maestras en formación e investigadoras fueron suscitando los aportes de estudiantes, sus inquietudes (en algunas ocasiones compartidas), gestos, silencios, y expectativas. Es por esto, que como apunta Fernando Vásquez (2002) los diarios juegan un papel importante a la hora de consignar en ellos los aciertos y desaciertos de esta apuesta pedagógica. El diario desde esta visión es pues una apuesta íntima y subjetiva, en tanto, a pesar de que se hizo un trabajo en conjunto cada una escribía lo que para sí había sido más significativo durante los encuentros. Cómo ha de señalar también el autor se convierte en esa manera de avivar la memoria, anotando en los pequeños fragmentos aquello que irrumpía en la cotidianidad del aula, sin dejar de lado los asuntos que con el paso del tiempo terminan por perderse. Volver sobre ellos, es hacerle frente al olvido momentáneo del paso de los días y ponerle imágenes a los pequeños fragmentos que lo componen.

Pudimos escribir en los diarios de campo las sensaciones, sentires y reflexiones que cada uno de los momentos de los talleres nos iba suscitando, además de poder ir relatando las condiciones del territorio, y sus dinámicas.

Las intermitencias del camino.

La verdad si me sentí intranquila e insegura por el ambiente pesado que se respira en el camino, en esta zona no se ven casas y si las hay, están abandonas, solo se observa al lado y lado de la carretera zona boscosa, arbustos, árboles, ramas y unos cuantos deportistas. Al fin llegamos al alto de la Madera y sentimos un poco de alivio, puesto que este lugar es más habitado. Cuando nos acercamos al colegio encontramos un lodazal, fruto del aguacero de la noche anterior. La moto empieza a tambalear y la piloto me pide que baje para poder pasar con mayor facilidad.

Empezamos con la contextualización y los antecedentes del conflicto armado en Colombia para construir una línea del tiempo y evidenciamos una actitud de escucha e interés por parte de los estudiantes. La mayoría estaban callados y tímidos, sin embargo, estuvieron pendientes de ubicar en la línea, las imágenes que les compartimos. Hubo un estudiante en específico que llamó mi atención, puesto que, era tan piloso, dispuesto a responder los interrogantes que les lanzábamos al aire y a preguntar sus dudas, aquel adolescente tenía fuego en su mirada y un resplandor especial en su rostro, lo cual lo hacía destacar entre los demás.

Por su parte, en los talleres dedicados a la literatura compartimos con ellos poemas y relatos de víctimas del conflicto armado. El primero escrito por una de las mujeres que fueron entrevistadas, Flor Gallego, líder social del municipio, el cual está atravesado por la desaparición de su esposo, mostrando desde la escritura lo que ha sido la violencia para ella, y el segundo a partir de la figura del N.N que retrata de una manera muy sentida la historia que lo llevó hasta la fosa común en donde narra. Esto funcionaría como excusa para mostrar las distintas maneras de las que se viste y significa el conflicto, tanto desde aquellos que como la figura de Antígona siguen en busca de los cuerpos de sus familiares para darles sepultura, como para quienes a modo de Polinices aún aguardan bajo las profundidades de la tierra estar de nuevo en casa (Luisa Osorio, 12 de julio de 2021) Como propuesta los estudiantes realizaron máscaras con las que buscaban ponerle un rostro a la guerra. Como parte de la reflexión tejida durante este encuentro literario y artístico, retomamos el siguiente escrito...

Nuestras máscaras

Escena I: Configurando los rostros:

Siendo las 8: 45 de la mañana se da paso a la clase de investigación y artística en el salón del noveno grado. El grupo se divide en dos, por un lado, cinco mujeres y al otro, un número igual de hombres. Con ambos equipos, la lectura de un texto literario nos depara. Con ellas, estábamos Luisa y yo, contándoles la historia de Flor, sus procesos como víctima y líder social, para entrar luego en el enmarañado proceso de memoria que ha hecho ella, para recordar a su esposo desaparecido en una vereda del Carmen hace más de 20 años. Allí, desde la poesía fue el encuentro con el imaginario rostro de Flor.

Del otro lado, se encontraba Lina con los chicos. Con ellos, el texto a tratar tenía un sentimiento distinto: Relato de un N.N (2007) fue la imagen que ellos se iban haciendo al leer y escuchar esta historia. La imagen de alguien sin nombre, hasta cierto punto sin género, en últimas sin identidad, pues para el mundo fue eso, un N.N. Cómo murió, quién era y cómo llegó allí, son respuestas que ninguno tenía, pero que atrapaba a estos jovencitos en la lectura. Así, ellos iban imaginando el posible rostro de este hombre, que en el relato ya era un difunto más, uno como el que posiblemente aún recuerda Doña Flor, y a quien ella le escribió la poesía.

Escena II: “Al desnudo”:

Divididos en parejas, e irrumpiendo un poco con normalidad, permitimos un espacio en el que una de las personas del dúo se quitara el tapabocas, para hacerle una cobertura mayor del rostro. Qué bello y cercano es verles un poco más al descubierto. Primera máscara que se quitan ellos, una que en muchas ocasiones les ha sido permisiva con su cómodo silencio. Y Mientras uno es la guía para realizar la máscara de yeso, el otro pone su rostro, sin mucho reparo para lograr la actividad. Por parte de ellas, una joven morena que había pasado desapercibida en anteriores encuentros, es quien nos permite su rostro, para ser el ejemplo en la actividad a seguir. Su mirada tímida, su sonrisa nerviosa y sus gestos de picardía con las compañeras, denotaban al inicio un poco de vergüenza. Era la primera y todos estaban al pendiente. Ella, como el resto que se quitó el tapabocas se sentían un poco desnudos. Paradójicamente se quitaban una máscara de tela, para ponerse una de yeso.

Escena III: Mi otro yo:

Mientras vuelven a la normalidad del tapabocas, de las filas en orden y del uniforme bien puesto, les ponemos la actividad pendiente que queda con la máscara que se está terminando de secar: Muchachos, en parejas deben ponerle un rostro a la guerra. Ustedes tienen la máscara, hemos hablado de distintos actores, sus familias también les han contado. Ahora, deben poner en esa máscara uno de los rostros de la guerra... Preguntan sobre asuntos formales: “¿Lo debemos entregar cuándo?”, “¿lo haremos en la próxima clase?”, “¿lo puedo hacer con marcadores?”, en fin. Es hora de terminar la clase, aunque tanto ellos como nosotras teníamos un rato libre (Yuliana Montoya, 27 de julio de 2021)

Por último, en la etapa de construcción o socialización bajo la figura de Aracne y teniendo en cuenta la premura del tiempo, buscamos construir una telaraña donde cada uno de los estudiantes hablaran de su pregunta de investigación, los modos en que se podría responder y sentimientos particulares que les había generado el acercamiento a la historia del conflicto armado. Este espacio propicio el debate entre los estudiantes, pues en los temas de más tacto a diferencia de cuando formularon sus preguntas de investigación ya podían tejer hipótesis entre ellos mismos, muchas de ellas apoyadas en sus relatos familiares y saberes de los demás integrantes del grupo. Entre todos, pudimos hacer un repaso por causas, consecuencias, afectaciones sociales, familiares, además de un reconocimiento del papel de su territorio en la historia nacional. Al final la pregunta más recurrente evocada por las otras tenía como punto focal la paz y la violencia, manifestándose incrédulos por la primera y muy cercanos de la segunda. De esta última parte, traemos a colación el siguiente diario de campo:

¿A qué venimos al mundo?

La actividad consistía en realizar una especie de telaraña, tendrían presente su pregunta de investigación y una vez les tocará su pedazo de hilo para aquella construcción hablarían de ella, algunos la buscaban en su cuaderno donde la habían escrito, mientras otros trataban de poner una que se acercara y como no, estaban los que tuvieron que inventar una nueva que guardara relación con el tema. Cuando fue el turno para una de las últimas chicas en participar, sabíamos que alguna tendría que acercarse y leer su pregunta, puesto que, no sabía leer, pero lo cual no era un impedimento, en tanto, desde la oralidad se podía desenvolver. Dicho esto, antes de leerla a todos

me impresioné, porque era una de las chicas que había perdido su pregunta de investigación y en medio de la improvisación, alguien más escribió para ella “¿Qué es la violencia?”

Después de escuchar varias respuestas sobre lo que pensaban era la violencia, ésta llegó hasta la última estudiante quien ya nos había impresionado con su dibujo de una mujer que lloraba, y aún más con su explicación “ Muchas personas lloran en silencio y se tapan los golpes con maquillaje” después de sentir nervios un momento y no saber cómo responder dijo que la violencia para ella era lo que muchas mujeres sufrían... nos hizo cruzar miradas a las tres, y quedar pausadas por un momento... Por ese instante pensamos lo mismo, y solo hubo lugar para terminar allí, un dulce y un hasta luego (Lina María García, 2021)

Estos diarios de campo posibilitaron una reflexión profunda de manera individual y colectiva. Sabiendo que mientras compartíamos la experiencia dentro del aula, nuestras percepciones sobre lo que allí sucedía eran distintas, subjetivas y plurales. De allí, volvimos sobre las palabras, expresiones, acciones y gestos con los que los estudiantes respondían a los talleres en cada una de sus etapas. En los escritos pudimos plasmar lo que nos conmovía, las preguntas que se reafirmaban en cada encuentro y posteriormente ponerlo en diálogo y una que otra vez, en discusión, problematizar aquellos aspectos que no estaban funcionando, o que se habían pasado por alto. Volver sobre la experiencia desde la palabra escrita da apertura a nuevas miradas y significaciones para vislumbrar otros caminos o atajos que se puedan andar.

Cartografía comunitaria: resignificar espacios cotidianos.

En la Institución Educativa de la vereda La Madera, no solo realizamos los talleres con los estudiantes del grado octavo y noveno, sino que, con la intención de tener en la escuela un escenario en el que se vincularan las familias, decidimos realizar un taller con padres y madres alrededor de una cartografía de la vereda, en la que situaríamos algunos espacios comunes, reconocidos por ellos.

Bajo las pretensiones de la cartografía social, propuestas por Barragán y Amador (2014), nos situamos con la intención de propiciar un espacio dialógico y de interacción en el que las personas participantes se reconocieran en el mapa allí expuesto. Reconocemos que

la cartografía, como saber y técnica científica, pretende la producción y/o interpretación de mapas, modelos o globos que representen uno o varios sistemas de relaciones que se dan en un territorio con el fin dar cuenta de una realidad, que es posible simbolizar y convertirla en mediación para comprender el espacio y sus interacciones. La cartografía social, por su parte, asume el mapa como una representación convencional - gráfica de fenómenos concretos o abstractos, localizados en un contexto determinado. (Barragán y Amador, 2014, p.134)

Figura 4. Cartografía social, taller con padres. Vereda La Madera. (27 de julio del 2021)



Con algunas fotografías que llevamos, les propusimos a las madres asistentes, ubicar espacios, lugares y escenarios en su territorio con el que se reconocieran e incluso se distanciaran. En varios casos coincidían en significar asuntos como Progreso y oportunidades laborales familiares. En otros momentos hubo silencios incómodos en que una madre (víctima de desplazamiento de una vereda vecina), hablaba de temores, silencios, miedos. Así, no solo desde lo geográfico y objetivo se fue construyendo la cartografía, sino, sobre todo, desde la significación del territorio.

Uno de los últimos momentos del taller abordó la pregunta por la identidad que se tiene al habitar esta zona rural. Así, cada una de las madres asistentes, en compañía de sus hijas, con los

materiales presentes dibujaron un símbolo con el que se reconocían dentro de la cartografía. Jardines, campo, animales y familia fueron los puntos comunes. Pensando en este último nos detuvimos en la importancia del compromiso de estas madres frente a la educación de sus hijos, el hecho de que estuvieran allí, como asunto primordial y formativo. Y fue justo en ese proceso dialógico, cuando les hicimos la pregunta, en relación con la necesidad o pertinencia de abordar desde la escuela el tema de la guerra. Si bien para muchos padres esas realidades, quizá no deban entrar de lleno a la escuela, las madres participantes del taller aludieron al famoso dicho del “que no conoce su historia, más fácil puede repetirla, o a temas como: hay que darles herramientas a los muchachos para que se puedan defender, y una es la educación.”

Esto, nos lleva a pensar en aquella pregunta por la necesidad o no, de que la memoria del conflicto armado se haga presente en el escenario educativo y que sean los estudiantes quienes puedan construir diálogos al respecto, o indagar con aquellas fuentes primarias de experiencia, que pueden tener en casa, en su comunidad. Frente a ello, una de las madres, víctima directa del conflicto, nombró: “A nosotros en esos momentos nos tocó sufrir en silencio; ser ciegos, sordos y mudos, viendo todo lo que pasaba. Ahora que se puede hablar, y se puede contar: ¿por qué quedarnos callados?”

Entrevistas, retazos de una conversación

Con la intención de tener una amplia visión sobre el tema que nos compete, que es la reconstrucción de memoria del conflicto armado en El Carmen de Viboral, entrevistamos a algunas personas del municipio, para que, desde su posición de líderes, activistas sociales, víctimas o residentes de la vereda nos narraran la manera en que sus saberes, su memoria o sus actividades comunitarias se han visto atravesadas por el tema en mención.

Así pues, llegamos primero a contactarnos con Flor Gallego, mujer víctima del conflicto armado en el municipio desde el año 1996, en la vereda La Esperanza. Ella, desde el momento mismo en que a su esposo se lo llevaron hombres armados y del que hasta el sol de hoy no se sabe de su paradero, decidió ponerse en la tarea, no solo de buscarlo a él o a su hermano a quien también desaparecieron, sino de lograr que su vereda, la comunidad de la que se siente orgullosa, no quede en el estigma (revictimización) de haber hecho parte de la guerra.

Preguntar por Flor Gallego en El Carmen, es como indagar por aquellos personajes típicos del que la mayoría, al menos los adultos cercanos a estos azares de la guerra han escuchado mentar. Por ello encontrarla fue sencillo, pero concretar un encuentro, significó acomodarnos a sus apretados espacios. No obstante, el encuentro se dio en una fría tarde carmelitana. Estuvimos reunidas alrededor de tres horas en las que el café, las llamadas impertinentes y el diálogo pausado y mirándonos a los ojos fue lo primordial. Ella nos permitió grabar la conversación, también utilizar su nombre en lo que derivó de esta entrevista, pues en sus palabras: “Muchachas, yo no me tengo que esconder de nadie” (entrevista, Flor Gallego, 2021). Y, por último, nos autorizó hacer uso de la información allí suministrada en el marco de nuestro trabajo de grado, con la recomendación, eso sí, de que le mostráramos primero a ella lo que de allí se había derivado, para luego “no llevarse sorpresas”.

Tras conversar con Flor Gallego, ella nos direccionó hacía otra líder a la que también estábamos rastreando ya. Días después nos encontramos con Alba Gómez, una mujer que desde su papel como líder social y política en El Carmen y en el Oriente antioqueño, nos contó, por medio de las plataformas virtuales –tan comunes en estos tiempos– las acciones que desde lo gubernamental, comunitario e individual ha podido realizar en el territorio.

Alba es una mujer muy precisa en sus ideas e intervenciones, quizá no se dejaba llevar mucho por aquellos baches de la memoria que, al hablar, le venían a la mente. Es por ello por lo que con Alba el encuentro duró poco más de una hora, eso sí cargada de una muy nutrida conversación. Ella es una líder feminista y en la conversación frente al tema del conflicto armado se notaba su inclinación hacia el papel de la mujer en la guerra, asunto que abordaremos en la narrativa derivada de esta conversación.¹²

También realizamos la entrevista a Gustavo, el padre de uno de los estudiantes de la Institución, que en su momento fue nuestro *explorador*. A él, Gustavo, llegamos por dos motivos, uno por las construcciones, miradas y posturas que tenía su hijo en clase, quien reiteradamente nos decía: “el que conoce la historia es mi papá”. Ello nos fue generando una intriga especial, pero el detonante para pedirle un espacio de conversación, fue el taller que realizamos con los padres de familia. A dicho espacio acudió su esposa, una mujer que con palabras concretas nos contaba

¹² Es importante señalar que tanto Alba Gómez como Flor Gallego nos dieron las autorizaciones pertinentes para realizar las narrativas. El nombre de Gustavo corresponde a un seudónimo a través del cual preservamos la identidad del participante.

algunas historias para situar en la cartografía. Ella, al igual que su hijo, insistía: “mi esposo si ha vivido siempre en La Madera, él es quien sabe lo que sucedió”. Así llegamos a él, a su hogar, una mañana del mes de septiembre.

En su casa, una pequeña finca ganadera nos recibió con amabilidad. La entrevista duró alrededor de hora y media, en la que Gustavo nos contó algunos hechos y momentos relevantes, dolorosos y cargados de temores sucedidos hace 20 años, cuando era muy joven aún. De la entrevista se construyó una narrativa. Por ahora, solo resta nombrar que, en cuanto a las formalidades de esta conversación nos permitió hacer uso de la información suministrada en los derivados de esta investigación, siempre y cuando su nombre no figurara de manera explícita, es por ello que decidimos nombrarlo, como hasta ahora le conocen, Gustavo.

El último escenario de estas entrevistas se dio en el municipio de La Unión¹³. Allí nos encontramos con una socióloga llamada Nadys Londoño, a la que acudimos por recomendación de Alba Gomez. Nadys nos atendió muy amablemente con una aromática bien caliente después que la lluvia nos dejara, como decimos en estas tierras: *emparamadas*.

Posteriormente, nos contó que desde su trabajo en una Asociación de Paz denominada *Programa por la Paz, Cinep y Revivir una Nueva Esperanza*, lideró un proyecto de memoria en el año 2015, donde se realizaron acercamientos a los hechos del conflicto ocurridos en el municipio de La Unión. De esta iniciativa se derivó una multimedia en la que de manera cartográfica se sitúan algunos testimonios del conflicto armado. Allí aparece el relato de tres habitantes de la vereda La Madera, quienes comparten su historia como forma de resistencia al olvido y el silencio.

Elaboración de narrativas, los diálogos construyen relato

Tras las entrevistas a los líderes sociales, realizamos una de las apuestas principales de este trabajo investigativo que consistió en agudizar el oído y ser las escuchas de unas experiencias que posteriormente plasmaríamos en unas hojas de papel, para que después pudiesen llegar a otros receptores que las resignificarán según sus comprensiones y su propia vivencia. Pues como plantea Ricoeur la construcción de una trama tiene la virtud de obtener una historia a partir de

¹³ El municipio de la Unión está situado a 20 minutos de La vereda La Madera, lo que hace que los habitantes rurales, se sienten mayormente identificados y reconocidos con este municipio.

acontecimientos diversos que contribuyen a la creación de un relato (2006, p.10). Para terminar de consolidarse, estas historias pasan de la voz de quien lo vive y lo cuenta, a aquel que lo escucha y lo narra y, por último, al *receptor vivo* que lo significa y que pone en tensión el universo del relato, con su experiencia y vida de lector.

Iniciamos con la voz de Flor Gallego. En este caso, para la elaboración de la narrativa planteamos algunas representaciones que la mujer ha tenido a lo largo de la historia de la humanidad, desde Eva como muestra de pecado, seducción y la perdición del hombre hasta la imagen de Pandora, personaje de la mitología griega por el cual fueron desatados los males de la humanidad, pero que en su interior guarda la esperanza. Es precisamente en este lugar, donde asociamos la caja de Pandora con la historia de Flor, pues el conflicto al igual que esta caja llegó a desatar todos los males para el territorio, dejando a su paso heridas que hoy siguen sangrando. Por otra parte, en este recipiente quedó guardada la esperanza, al igual que esta mujer mantiene la esperanza viva de encontrar la verdad y lograr la reparación de las víctimas.

En este sentido, en el ejercicio de escritura más que centrarnos en cómo fue fragmentada la familia de Flor por el conflicto, reconocimos su labor social en la que desde su lugar de víctima asume una posición de liderazgo en la lucha por la dignidad humana, donde se opone a una concepción de la mujer subyugada, oprimida y silenciada a lo largo de los tiempos y viene a construir el relato de la resistencia, la denuncia y el coraje para exigir la verdad y la reparación de la dignidad humana. Es importante decir que, de acuerdo a lo pactado con Flor, ella conoció y avaló la narrativa antes de presentarse en el trabajo de grado y de publicarse en la cartilla

En un segundo momento destacamos la voz de Alba Gómez. En este ejercicio titulado *En una noche aluna*, le dimos fuerza a la amplia trayectoria de esta líder feminista que ha apoyado diferentes apuestas por la memoria en el territorio y precisamente usamos el término *aluna*, que en la entrevista dada por Alba significa “aquel proceso de reparar, componer, darle nueva forma a aquello que había sido dañado” (entrevista Alba Gómez, 2021) para resaltar cómo desde su trabajo ha logrado ayudar a reparar los tejidos que los distintos conflictos han dejado en la región. En esta narrativa se describe el liderazgo que ella ha asumido en los procesos colectivos que han velado por el cuidado y bienestar de los más vulnerables, y se hace hincapié en la importancia del trabajo colectivo entre mujeres en tiempos difíciles. Allí retomamos la figura de Aracne que tiene la misión de tejer y la asociamos a la unión entre mujeres que entrelazaban hilos de cooperación, solidaridad

y apoyo en medio de la barbarie. Ellas, al igual que Aracne, tienen como propósito el tejido, en este caso, uno que les posibilite reparar los estragos del conflicto armado y dignificar el trabajo, las luchas y resistencias por el reconocimiento de sus voces en la región.

En la narrativa quisimos plasmar los vínculos de colaboración entre las mujeres en tiempos de conflicto, destacando la voz principal de esta líder y, a su vez, posicionándonos nosotras como figuras aluna, es decir, que desde nuestra formación y labor ayudemos a componer los procesos que la guerra quebrajó. De ahí que en los últimos apartados de esta construcción nos situemos como mediadoras en diálogo con las distintas generaciones para comprender la historia local.

Tanto la narrativa de Flor como de Alba se construyen desde la fuerza femenina en las luchas sociales, por un lado, el papel de la mujer como víctima del conflicto armado que busca exigir la verdad y la reparación y, por otro lado, desde la mujer como líder social y territorial que a través del tejido comunitario ofrece resistencia a los actos contra la dignidad humana.

Por último, se encuentra la narrativa titulada *Lo que esconde el silencio*. Allí, se destaca el testimonio de Gustavo como habitante de la vereda La Madera, durante la época de la guerra. A través de la escritura, se plasma el relato de un padre tranquilo y sereno que manifiesta cómo la violencia queda impregnada en el interior de quienes la padecen y quien reconoce la importancia del valor de la prudencia a la hora de hablar del conflicto.

En la elaboración de esta narrativa se establecieron relaciones entre el testimonio escuchado sobre el conflicto armado y la obra literaria colombiana titulada *Los Ejércitos* (2007), de Evelio Rosero. En este sentido, se vincularon algunos personajes del libro con los relatos compartidos por Gustavo, estableciendo conexiones entre la realidad y la historia ficcional.

Encuentros literarios sobre el conflicto armado, la alteridad de la realidad

En un pueblo llamado San José, hubo un personaje que como su apellido fue dejándonos historias a cada paso. Ismael Pasos, el profesor ya jubilado pierde a su amor: Otilia, por una guerra que hubo de azotar las tierras y los habitantes de ese lugar. Los ejércitos, uno a uno, desvanecieron y desalojaron la escuela, el hospital, las montañas y las esperanzas de aquellos personajes ficticios que hemos sido los colombianos. *Los Ejércitos* (2007), libro escrito por Evelio Rosero, es una de las narraciones literarias que han retratado la memoria de las víctimas en muchas ocasiones desde

un mundo ficcional, pero que nunca termina por ser lejano y distinto a la realidad del conflicto armado.

Como el personaje principal de *Los Ejércitos*, pudimos conocer a Pedro Cadavid en el libro de Pablo Montoya, *La sombra de Orión*, quien se encarga de recoger los relatos de aquellos que en la Comuna 13 han desaparecido o han muerto a causa de la violencia urbana. A diferencia de Rodrigo que nunca quiso abandonar las montañas de su pueblo, a Siete por Tres en *La multitud errante* de Laura Restrepo le tocó caminar con una virgen a cuestas buscando a su Matilde Lina, aun cuando Ojos de agua le ofrecía un amor sincero. Para Graciélita la vida no fue otra distinta a la de Julián en *Era como mi sombra* cuando no tuvo más opción que crecer y morir por y para la guerra. Ninguno de ellos fue parte de *Los escogidos*, como los muertos que bajaban por el río y que de la mano Patricia Nieto reconocimos o, mejor, adoptamos.

El libro *Desterrados, Crónicas del desarraigo* de Alfredo Molano muestra el pan de cada día de todos estos pueblos que hemos llamado San José, que se construyen al pie del río, cerquita de la montaña, mirando el abismo, con caminos empinados, calles de barro, escuelas de tapia, patios con naranjos, y cómo no, escombreras a espera de sonotecas. Durante esta travesía reconocimos en la literatura en su sentido estético la capacidad de ilustrar, sanar y reivindicar a las víctimas. Este, nuestro saber específico, ha posibilitado ampliar una visión crítica, sensible sobre la guerra y las maneras de retratarla a través de la palabra. Por ello, compartimos una serie de tertulias literarias dentro del seminario de prácticas, en el cual recogimos elementos que contribuyen a nuestra conceptualización, a partir de espacios de diálogo, debate y reflexión sobre este mundo ficcional y su cercanía con el real.

Centro de Memoria

Al Centro de Memoria llegamos con el propósito de indagar por información documental sobre la historia del conflicto armado en el territorio, y el reconocimiento de apuestas orientadas a la reconstrucción de memoria en el municipio. Esta ruta que emprendimos se nutrió de encuentros quincenales, lecturas y elaboraciones sobre algunos personajes ilustres para el pueblo que contribuyeron a la cultura y bienestar social del municipio, resignificando de este modo, su labor y compartiendo su legado. En este sentido, la tarea que realizamos allí estuvo orientada bajo

parámetros diferentes a los del conflicto armado que nos hizo reconocer otras ópticas y enfoques en temas de memoria.

A modo de agradecimiento, socialización y publicación del proyecto

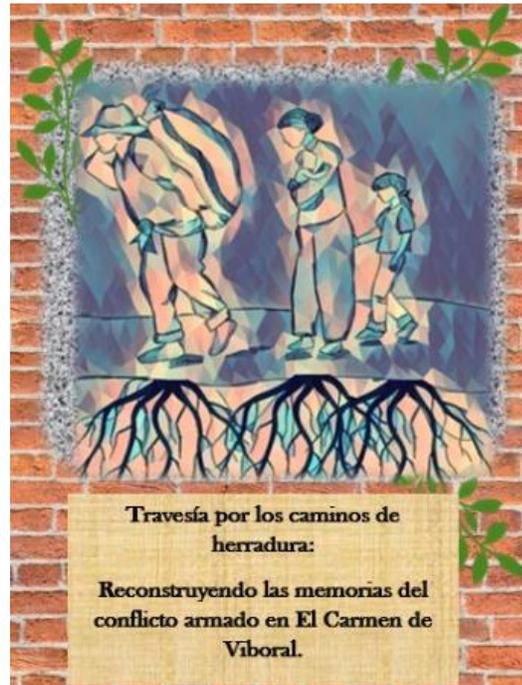
Después de los recorridos por las distintas travesías del conflicto armado en el territorio de El Carmen de Viboral, en específico en la vereda La Madera nos encontramos con diversas comprensiones en torno a la reconstrucción de la memoria del conflicto. Bajo este marco buscamos compartir las indagaciones, preguntas, hallazgos y relatos que surgieron en el desarrollo de este proyecto en la Institución Educativa que nos acogió, por eso nos dirigimos en el mes de noviembre a la IE Rural Campestre Nuevo Horizonte, Sede La Madera con el fin de converger en un espacio de socialización, donde tejimos un diálogo comunitario que articuló los sentires y resonancias que este trabajo dejó para la comunidad. Es preciso socializar con los demás partícipes de la investigación como estudiantes, líderes, profesores, directivos y padres de familia lo recogido e interpretado, velando por la responsabilidad que como investigadores asumimos con quienes han prestado su testimonio para la elaboración de las distintas actividades.

De igual modo, es importante compartir algunos de estos productos narrativos con la IE, en este caso realizamos una publicación que recoge el proceso que orientó y desarrolló este proyecto, así como también los hallazgos y comprensiones del mismo, con el propósito de resignificar el lugar de la historia propia, que sirva no solo como antecedente para futuros investigadores sino como la apertura para propiciar escenarios de reconstrucción de la memoria

Además, para permitirnos la posibilidad de que estas indagaciones tan particulares en cuanto a escenarios focales, pero generales frente al tema de abordaje: conflicto armado en Colombia, no se quedara circulando en los escenarios que nos son propios; realizamos una ponencia de los hallazgos, en su momento parciales, de nuestro proyecto. Así, en el mes de septiembre del año en curso, participamos en el “Primer Congreso Internacional de Prácticas Pedagógicas Investigativas, Lenguajes, Comunicación y Multilingüismo: Desafíos Pedagógicos del Siglo XXI” realizado de manera virtual por la Escuela Normal Superior del Quindío. Allí, aparte de la socialización, pudimos recibir algunos comentarios y sugerencias frente a la

investigación; permitiendo así que el diálogo de saberes y experiencias pudiera nutrirse de miradas externas.

Figura 5. Portada publicación de devolución para la comunidad.



Es así que antes de enfocarnos en aquellas cuestiones que fueron protagonistas del análisis que ocupará las siguientes páginas, hemos de afincar la manera en que pudimos llegar a establecer aquellas líneas de fuga que le dieron sentido a lo sembrado durante el camino, es decir, lo derivado de la metodología propuesta. Es por esto que, en los siguientes apartados se podrán encontrar algunas comprensiones a propósito de los escenarios que habitamos, las personas con quienes conversamos y demás elementos que se fueron develando. Como punto de partida hay algunos hitos históricos tanto a nivel nacional como local que permiten leerse de una manera distinta a través de las mismas narraciones de los entrevistados, esto, lo hacemos como un asunto que más allá de establecer fechas y hechos pueda ser resignificado no solo a partir de sus propias palabras, sino también desde las mismas narraciones escritas por nosotras, sus oyentes. Desde los aportes teóricos y literarios nos movíamos por algunos conceptos que en los escenarios de práctica eran recurrentes, tales como memoria intergeneracional, disputas de la memoria, narrarse en tiempos de

crisis, sin dejar de lado la pregunta por aquellas agencias de la memoria y la enseñanza del conflicto en la escuela.

Así pues, tras las indagaciones, preguntas y comprensiones que tuvimos a lo largo del proyecto agrupamos en seis categorías los puntos de análisis que cobijan las distintas reflexiones y relaciones que establecimos en los escenarios que habitamos. En primer lugar, se encuentra el apartado marcas que se develan al transitar: memoria y huellas. Esta línea de análisis surge con la intención de recoger las conversaciones con los estudiantes, padres de familia, líderes locales en relación al reconocimiento de los hechos de la época de guerra en el territorio. En segundo momento, está la memoria como espacio de disputa, que se construyó a partir de las distintas perspectivas desde donde se entiende la memoria y las tensiones que allí se presentan.

En tercera instancia, se encuentra la memoria intergeneracional que hace énfasis en los vínculos establecidos entre padres e hijos para acercarse a la memoria del conflicto. En cuarto orden, están las agencias de la memoria que se constituyen desde los colectivos y grupos sociales que apuestan por la reconstrucción de memoria en el municipio. En quinto lugar, está la narrativa en tiempo de crisis que surge del trabajo con los estudiantes, donde nos acercamos a las formas de narrar a través de distintas manifestaciones artísticas. Finalmente, se halla la enseñanza del conflicto en la escuela, que se compone de las reflexiones que tejimos en relación a nuestro ejercicio docente y la enseñanza del conflicto en la escuela.

Consideraciones éticas

La investigación que realizamos requirió un abordaje prudente tanto por el tema sensible y doloroso que se trató como por el trabajo activo con personas. Por ello, nosotras como investigadoras debíamos tener conciencia de la responsabilidad que asumimos tanto con la Institución Educativa Rural Campestre Nuevo Horizonte, sede La Madera como con la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia en la construcción de saber pedagógico colectivo. En este sentido, hacemos énfasis en nuestro compromiso social, ético y político desde los siguientes puntos:

- Garantizamos la protección y autonomía de los participantes de la investigación informándoles previamente los fines que se perseguían con el proceso investigativo.

- Demostramos un comportamiento respetuoso con cada uno de los actores e instalaciones de las instituciones donde se llevó a cabo el proyecto.
- Ofrecimos garantías de privacidad y confidencialidad sobre los datos personales de los sujetos participantes.
- Realizamos la respectiva devolución de los alcances y resultados del proyecto a la comunidad participante.
- Tuvimos la debida consideración y cuidado con los derechos de autor siguiendo las restricciones legales de nuestro país.

Por último y como este ejercicio pretendió dejar un aporte en los territorios en los que se trabajó (El Carmen y el Centro de memoria e Instituto de cultura; La vereda La Madera y su Institución Educativa) dejamos una publicación especial que ayude en la construcción del tejido histórico realizado a partir del diálogo en estos espacios y claro está, con la Universidad de Antioquia.

4. Narrativas: historias plasmadas a través de la tinta

A partir de las conversaciones con líderes y víctimas que se han vinculado a la reconstrucción de la memoria del conflicto armado elaboramos un ejercicio de narrativas, en el que hilamos el saber específico que nos atañe *la lengua y la literatura* con la búsqueda e interés investigativo sobre el conflicto armado. En esta línea, asumimos nuestro rol de receptoras de los relatos que nos fueron compartidos y, a su vez, de autoras cuya tarea fue disponer la escritura para plasmar las palabras de aquellos que nos dieron la posibilidad de ahondar en sus recorridos, para contar lo que significó la llegada del conflicto a sus vidas y la manera que lo han resignificado desde sus propias trayectorias.

En una noche aluna

Aluna, término arhuaco con el que Alba nos recibe, se define y atraviesa, lo que según sus palabras ha sido su vida hasta el son de hoy. *Aluna*, nos dice ella, significa aquel proceso de reparar, componer, en últimas, darle de nuevo forma a aquello que por cualquier motivo había sido dañado. Y es que, tras ser las escuchas de las huellas que esta mujer ha dejado en El Carmen, encontramos que no hay mejor manera en que ella misma pueda ser nombrada, ella una mujer *aluna*, una mujer que, con valentía y amor, ha ayudado a reparar los tejidos rotos que distintos conflictos han dejado en la región.

A Alba la conocimos en medio de esta absurda normalidad, en que los encuentros se han desplazado a escenarios virtuales, a llamadas telefónicas, o a conversaciones intermitentes por medio de mensajería instantánea que hace de la asincronía, un proceso eficaz en los diálogos virtuales. Con ella nos tocó así, organizar en estos tiempos pandémicos, un encuentro mediado por la virtualidad. De esta manera, el 02 de junio, cuando la oscuridad se iba apoderando de estas frías noches orientales tuvimos nuestro encuentro con *Aluna*.

Ella inició su proceso desde distintos colectivos en la región, que han velado por el cuidado y bienestar de los más vulnerables. En *Aluna (1984)*¹⁴ participó desde dos escenarios fundamentales

¹⁴ *Aluna* fue el primer colectivo carmelitano en el que Alba Gómez, hizo parte, e inició su activismo social. (entrevista Alba Gómez 2021).

para el bienestar social carmelitano, por un lado desde el trabajo colaborativo con demás líderes, quienes desde grupos de estudio y encuentros conversacionales, compartían los ideales promulgados desde la teología de la liberación, ya que su razón de ser, se daba a partir de la protección por los más vulnerables del municipio, y es desde ahí donde se da el segundo escenario en cuestión, y es que gracias a este trabajo colectivo, se pudo hacer el vínculo político que desde el escenario local fortaleció iniciativas conjuntas, pues fue, precisamente Alba, la primera dama municipal en fechas anteriores a que el conflicto armado se instaurará en la región.

Diez años después de iniciar con el colectivo carmelitano, en el año 1994, Alba llega a hacer parte del grupo AMOR (Asociación Regional de Mujeres del Oriente), para fortalecer su recorrido comunitario, esta vez desde la reivindicación de la figura femenina en espacios de participación laboral, social y política. Según lo narrado por Alba, fue este espacio el que le permitió visibilizar y comprender las enormes brechas sexistas, y llegar a ser al son de hoy, una de las líderes feministas más reconocidas en el municipio de El Carmen y en el Oriente cercano.

Dice Alba que lo más importante en su camino ha sido trabajar de manera grupal, poder hacer acciones en colectivo. Es así, que cuando se le pregunta sobre el rol que desde su visión ocuparon las mujeres en el marco del conflicto armado en la localidad, Alba nos habla de un rol de víctimas, claro, pero también de contención, de constructoras de tejidos sólidos para buscar que, entre estas mismas víctimas, se encontrara el refugio y el consuelo que ellas, como madres, esposas, hermanas, amigas e incluso desconocidas se podían brindar. Muy a fin con la tradición antioqueña de casas grandes de tapia y con solares traseros que comunicaban un hogar con la casa vecina, las mujeres se encargaban de solidarizarse con aquella a la que el conflicto le dejaba algún dolor, y así, unas cuidaban a los pequeños, otras hacían de comer y unas más se encargaban de estar pendientes, al asecho de que el peligro no llegara en medio de aquel vínculo de sororidad.

Ahora, en los relatos de nuestra mujer *Aluna*, ella nombra un hecho un tanto paradójico en su razón de ser como líder feminista y *reparadora* de tejidos sociales. En medio de la lucha por la igualdad de derechos y oportunidades para las mujeres carmelitanas, sumidas, en la frecuente cultura machista de nuestra zona oriental, Alba nos cuenta que, para poder llegar a ciertos lugares con presencia de grupos armados, para conversar o al menos acompañar a estas familias víctimas, sobre todo en las zonas rurales, o en la jurisdicción de otros municipios, ellas, por ser un pequeño grupo de mujeres solas que se desplazaban hacia estos sitios, podían pasar con mayor facilidad, ya

fueran los retenes guerrilleros, militares, o paramilitares, pues en sus términos, ella escuchaba decir: déjenlas pasar, son *solo* un grupo de viejas. Y sí, puede que para sus ojos fueran *solo* eso, pero ellas serían los medios de sanación o al menos de escucha para esas víctimas que necesitaban un abrazo sanador. Dice Alba, en tono un tanto jocoso, que esa cultura machista, fue una “ayuda”, en estos intermitentes recorridos.

Mujeres que contuvieron desde su quehacer los estragos de la guerra. Con alimento, con espacios de diálogo, comprensión y reciprocidad. Con abrazos sanadores, como el que tuvo lugar a inicios de siglo en el municipio de Granada: diciembre del año 2000. La guerrilla se había tomado el casco urbano desde el día número seis del mes ya nombrado. Un mes antes, habían asesinado a 17 civiles. Esa noche todo era angustia. Y es que mientras se acercaba la *celebración* por el día de velitas para estas tradicionales tierras católicas, en Granada, casi que cumpliendo la profecía que llevaba en su nombre, esa noche entre el 6 y 7 de diciembre, se llenó de un fuego más arrasador que el de una vela. En medio de las disputas guerrilleras con el ejército, se detonan más de 400 kilos de dinamita, dejando a este pequeño pueblo sumido en las ruinas.

En Granada *explotó* la guerra y fue hasta allí, donde llegaron estas mujeres que, como Aracne, se les encomendó la misión de tejer, siempre y cuando fuera desde la premisa de ser *alunas*, es decir que acompañen el tejido reparador, que deja en este caso, el conflicto armado. Allí con palabras y abrazos sanadores, se encargaron de prestar su hombro como consuelo, de pedir paz junto a los pobladores de esta tierra granadina, porque en medio de todo, ellos sabían que está sobre sí el volver a iniciar, el recuperar los escenarios simbólicos en aquella tierra en disputa. Por ello, pasados los días de aquel atentado, estas personas sabían, como canta una artista colombiana: Para la paz todo, *para la guerra nada*.

En la época álgida del conflicto armado en la zona (1998-2001), nos cuenta nuestra entrevistada, fueron pocos los procesos que se pudieron adelantar para acompañar las zonas de mayor disputa en el territorio, sin embargo, entre los que Alba pudo presenciar está la recolección biográfica y audiovisual de algunos líderes carmelitanos que fueron asesinados, en medio de la guerra: un personero municipal, un profesor, una promotora de salud.

En la historia de esta última, de Rubiela Quintero la promotora de salud, nuestra relatora hace especial énfasis al contar el modo de cometer el crimen. Lo que se sabe de Rubiela, es que era una mujer servicial, entregada a la labor para la que se había formado y como tal, debía ser el

cuidado y protección por la vida su premisa principal. Sin embargo, estas no son razones que la guerra admite. Lo ocurrido fue en una de las largas noches de octubre del año 2001 en la Florida, vereda del Carmen de Viboral, donde los grupos armados se habían apoderado del control en esta zona carmelitana. Rubiela estaba en casa y había llegado de sus labores recorriendo cada uno de los rincones de su vereda, haciendo control en las casas de que llevaran los temas de salud al día. Antonio, por su parte, su esposo, también había llegado de una larga jornada de trabajo como agricultor. Ya estaban en casa junto a sus hijos.

En medio de esa noche, al parecer “normal” (como si se pudiera vivir *normal* al estar en medio de la lucha armada), llega uno de los grupos que tenía presencia allí, algunos vecinos que dijeron verlos pasar, decían que eran paramilitares, otros por miedo se negaron a acusar. El caso fue que llegaron a casa de Rubiela y Antonio, una de las familias más conocidas en esta zona montañosa por la profesión de ella. Los llaman afuera, hacen que sus hijos salgan también, querían que presenciaran el hecho. A ambos, a los esposos empiezan a acusarlos de *guerrilleros*, *colaboradores*, *de sapos* y demás términos que no tiene relevancia aquí nombrar. En medio del llanto de los niños, de las acusaciones de los armados y de la posición arrodillada de Rubiela y Antonio, los asesinan, a ambos con tiros de gracia frente a sus hijos, mientras les repetían que sus padres eran guerrilleros y que por ello debían morir. Los niños quedaron solos, en medio del llanto y la sangre sin tener a quien acudir.

Los vecinos, tenían miedo y no se acercaban. Al día siguiente cuando se hizo el levantamiento de los cuerpos, todos temían ver tan macabra escena, solo pensaban en aquellos hijos de Rubiela y Antonio. ¿qué sería de ellos? Al fin, Alba nos contó que se fueron para Medellín, donde alguien cercano. Nadie podía hacer más que un par de rezos por el descanso de sus vecinos, rogar por los huérfanos y pedir, además, por su propia integridad. Días después del siniestro, cientos de personas se desplazan de allí, quedando pendientes algunas despedidas, algunas conversaciones, y para externos pero dolientes del hecho como Alba, quedó pendiente también, ofrecer un *perdón*, sobre todo a aquellos niños que vieron morir a sus padres.

El caso de Rubiela hace parte del especial *apuntes para la memoria*, en el que no solo se recuerda su vida, o lo injusto de su muerte, se trataba de pedir disculpas aquellos familiares que habían visto morir a sus seres queridos, como si tuvieran parte en esa guerra que no les pertenecía. Estos *apuntes*, fueron en el 2011 el acto simbólico de no olvido, de pedir un perdón tardío y de

reconocer que la culpabilidad nunca ha sido de las víctimas, por más que en nuestra cultura se traten de justificar.

Tras este ejercicio, surge un segundo proceso de reconciliación, llamado *trochas por la vida*. Este constó en recorrer algunas de las veredas en que el número de asesinatos fue mayor. Así, por veredas como La Chapa, La Florida y La Madera, se convocó a aquellos familiares de las personas que habían sido asesinadas para que, en cada uno de los sitios, donde hubiera una cruz, como señal de aquel difunto, y por el que se pide su eterno descanso, se sembrara también un árbol, con el que este ser, pudiera ser reivindicado. Allí, no importó si el difunto fue una víctima o perteneció a algún bando, allí, lo que se buscó, fue que la familia hablara de ese ser que tenía unos sueños, que había dejado unas metas y que fue un ser humano, que también le tocó vivir, o mejor, morir en medio de un conflicto armado que probablemente jamás fue suyo. En este proceso, se sembraron un total de 76 árboles, y se restauró un número igual de sueños. Y uno a uno, dejó de ser solo una cruz o una cifra, para convertirse en aquel habitante, que su familia aún recuerda.

En medio de estas historias, de un par de lágrimas de una de las visitantes que llegó al encuentro permisivo de esta virtualidad¹⁵, se nos fue pasando el encuentro. Éramos tres mujeres queriendo aprender de Alba, del tejido que tiene por mostrar y contar. Así nosotras desde nuestro quehacer, buscamos la manera de ayudar a componer, aquellos procesos que la guerra nos quebró. Quizá Alba, notó nuestro deseo de buscar estos procesos de reivindicación desde lo colectivo, pues al contarle que desde la educación es de donde queremos soportar a estos vínculos sociales, ella nos pone la tarea de ser mediadoras, no en un relevo generacional de la historia, sino en los diálogos y conversaciones con las distintas generaciones para comprender la historia local, para lograr procesos de no repetición y de sensibilización frente a las tensiones que como comunidad hemos vivido, casi que como *Aracne*, se nos fue encomendado la misión del tejido. En últimas y bajo esta noche de cuarto menguante, Alba se encargó de ser nuestra *aluna* que aviva la esperanza y el regocijo comunitario, de este, nuestro proceso reconstructor.

¹⁵ Al encuentro con Alba no solo asistimos nosotras, sino que se acercó una de nuestras madres, quien residió en la vereda La Florida, en el mismo tiempo del asesinato de esta promotora de salud. Y a la que el recuerdo, se le manifiesta con un nudo en la garganta.

La tierra de las Antígonas

Alguna vez leímos del escritor español Carlos Ruíz Zafón que, la mayoría de nosotros, los mortales, nunca llegamos a conocer nuestro verdadero destino, sino que somos atropellados por él, nos pasa por encima y cuando hemos de levantar cabeza no tenemos más remedio que verlo alejarse. La primera entrevista¹⁶ en la que Flor Gallego contó la historia de aquel mes de junio de 1996 tenía en brazos a una niña, además para esos días aguardaba la llegada de esa hija a la que su esposo, Hernando, nunca conocería. Los más grandes corrían alrededor de su madre mientras el narrador daba el preámbulo de lo que ha sido desde ese momento la lucha de cada día. Ella tenía en la palabra la fuerza de aquellas que no habían hablado, el dolor por los que aún no han regresado y, sin saberlo, estaba narrando una historia de la guerra que a nosotros también nos ha atropellado.

Esta historia se cuenta desde la mujer, aquella que encarnada en Eva a partir del mito de la creación ha cargado con el peso de haber probado el fruto prohibido, de estar y ser gracias a la costilla por la que Dios, según la biblia, le dio una compañera a Adán. Desde este principio de la humanidad, fuimos castigadas con el peso de la vergüenza, el dolor de ser mujer y permanecer gobernadas por la figura masculina. Posterior a la expulsión del paraíso a causa del pecado de la mujer, lo que siguió fue la condición de pecado eterno, cuerpos que han de simbolizar el deseo y la desobediencia. Sin embargo, la cultura occidental nos ha dejado a otra figura femenina, por la cual fueron desatados todos los males que ha padecido la humanidad.

Pandora, en la mitología griega, fue la creación de Hefesto quien bajo el mandato de Zeus la creó con la arcilla otorgándole gran belleza, semejante a la de las diosas inmortales, cargada de sensualidad, gracia, con ánimo de mentirosa y seductora. Así enviada a la tierra se convierte en la compañera de Epimeteo,—hermano de Prometeo quien había robado el fuego a los dioses y se lo había entregado a la humanidad—el cual la convierte en su compañera, pues deslumbrado por su encanto olvida la promesa de no recibir regalos desde el olimpo por la astucia de las deidades.

Así junto con la caja y la curiosidad por su contenido la mujer robó la llave, y en ella no encontró más que vacío, sin saber que habían salido de allí todos los males de la humanidad; enfermedades, sufrimiento, guerras, hambre, envidia, ira. Sin embargo, en el fondo de la caja logró reconocer algo que aún no había escapado y, de inmediato, la cerró. Lo que pudo conservar en el

¹⁶ Entrevista realizada por Holman Morris en su programa *Contravía* (1996)

fondo de la caja fue la Esperanza, que no consiguió escapar. Desde ese momento, hemos de ver en el último elemento de la caja la reconciliación con nuestros males, sabiendo que la esperanza es lo único que no se pierde.

Las mujeres de nuestros mitos nos han dejado la tarea de revolver la historia, demostrar como Flor que somos más de lo que sobre nosotras recae y que nuestro destino no tiene por qué estar cargado de silencio y sometimiento. Lo que sí es que la historia de Flor como la de Pandora, contiene en ella una caja que llegada al territorio dejó a su paso la huella imborrable de lo que fue el conflicto armado. Como regalo de los “dioses” la autopista desató con sus kilómetros de asfalto la etapa más difícil para sus aledaños, dejándoles como único respaldo aquello que al final de la caja de pandora quedó para la humanidad: la esperanza.

En un “ranchito” de la vereda La Esperanza, en los límites con Cocorná, nació hace algunas décadas, una mujer pequeña de cabello oscuro, ojos claros y gestos amables. Flor Gallego, creció entre cultivos de café, caña, y como no, “la huertica casera” que con las “vaquitas de litrico de leche”, los caballos, los conejos y el gatico hicieron de ese, su lugar más querido. Una mujer tan delicada como su nombre, pero tan fuerte y valiente como Antígona, ha encarnado esa figura femenina de fortaleza, gallardía y solidaridad para afrontar los desafíos que la vida le ha puesto, en específico los dolores y los traumas que le dejó el conflicto armado que padeció en carne propia entre los años más álgidos de esta violencia (1996-2007) en el municipio de El Carmen de Viboral.

Corría la segunda mitad del año 1996 en la vereda de montañas y aguas cristalinas cuando después de todos los muertos ajenos que había traído la autopista, los habitantes de la vereda tuvieron que ver cómo eran los suyos: vecinos, amigos, familiares, que sin reparo y a unos pocos kilómetros de la base militar, iban siendo desalojados de sus tierras, pertenencias y, posteriormente masacrados. Sin embargo, el factor diferenciador fue ella, que nunca tuvo miedo de quienes irrumpieron en la tranquilidad de sus hogares, cada situación la denunciaba y la sigue denunciando porque según sus palabras “son ellos los que deberían esconderse”.

Su familia fue fragmentada desde aquellas noches del 26 de junio al 7 de julio del 96, en las que los grupos paramilitares irrumpieron en la vereda La Esperanza dejando estragos a su paso. No sólo golpearon salvajemente y asesinaron campesinos tachándolos de guerrilleros, sino que también, el 27 de junio se llevaron forzosamente 17 habitantes del lugar que hasta el día de hoy se encuentran desaparecidos. Dentro de esas personas está el esposo, dos hermanos y una prima de

Flor, el primero llevaba en sus brazos a un niño de pocos meses de nacido, huérfano desde la noche anterior .

A ella la dejaron con cuatro hijos pequeños y uno en el vientre, desde ese día a pesar de su dolor y de la angustia que sentía, tuvo que sacar fuerzas para luchar por el bienestar de su familia, pero, sobre todo, para buscar a sus desaparecidos. En estos territorios, que Pablo Montoya ha de nombrar como “la tierra de las Antígonas” (Comfama, 2021, 43min25s) la historia de esta mujer resuena, buscando los cuerpos que un anciano con Alzheimer ha vacilado al ubicar en pueblos lejanos. Las respuestas que nunca han sido certeras le parecen una broma, y mirando a los ojos claros de los implicados se enoja cuando las tildan de mentirosas. Desde su casa, podía ver la autopista, lo que ha servido como soporte de su palabra... “verlos subir a las camionetas que los aguardaban, las personas que los llevaron hasta allá, y por último marcharse para nunca más volver”.

Hoy 25 años después de lo sucedido, se encuentra en una búsqueda insaciable por exigir la verdad y el esclarecimiento de los hechos, limpiar el nombre de su marido a quien en otros relatos han tachado de guerrillero, aun cuando nunca habrá nada que pueda servir como prueba de ello. En su ardua labor su voz se ha hecho escuchar alrededor del país y del mundo, liderando proyectos y apuestas por dignificar la memoria de las víctimas del conflicto armado, incluso ha llegado hasta diversas instancias legales como La Corporación Jurídica Libertad y la Comisión Interamericana de Derechos Humanos para reclamar la investigación detallada.

Por su liderazgo político, social y su resistencia ante los atropellos del Estado ha recibido fuertes amenazas, sin embargo, ella conserva al igual que la caja de Pandora, la esperanza viva, la esperanza de encontrar la verdad, de exigir reparación y justicia y de este modo, ayudar a limpiar el nombre de los campesinos de la vereda. Por otra parte, La Esperanza es su hogar, es su territorio y considera que este lugar por tener tanta riqueza hídrica y estar ubicado en una posición estratégica siempre ha sido visto como una oportunidad de negocio para las empresas y por eso, tratan de sacar a la fuerza a sus habitantes, hace unos años a través de la violencia y hoy por medio de impuestos. Flor no deja de exigir el respeto de los derechos humanos de esos campesinos que han pasado su vida en este espacio, simbolizando el drama de aquellas víctimas del conflicto en Colombia que luchan contra la impunidad, buscando la verdad y dignificando con los pequeños tributos la memoria de sus familiares.

Lo que esconde el silencio

La novela *Los ejércitos* de Evelio Rosero está inscrita según su contenido, en aquello que conocemos como la narrativa de la violencia, asunto que nos remite a pensar en los textos que alegóricamente nombran los períodos del conflicto armado colombiano. En este libro el protagonista se llama Ismael Pasos, un profesor al que le desaparecieron su esposa Otilia, y a la que busca sin descanso por todos los lugares del pueblo que habita, San José. Sin embargo, como a veces la ficción de la literatura no es más que una manera de nombrar distintas realidades, nosotras encontramos en el escenario donde se inscribe nuestro trabajo de grado, una realidad similar: No está Ismael, pero sí Gustavo. La historia no se desarrolla en el pueblo San José, sino en una vereda, La Madera. Y no hay una Otilia desaparecida, pero sí varias historias, y víctimas de la guerra que, sin nombre propio, Gustavo se encargará de rememorar.

Un sillón floripondio y algo ajado por el sol; un par de polluelos atrevidos que se suben hasta donde el dueño de la casa lo permita, un caballo manso en la entrada para realizar la carga pesada de la producción de la finca. Esto para quien lo lea puede ser una imagen típica de una vieja casa campesina y para nosotras como narradoras, fue la bienvenida que nos dio Gustavo y su esposa en su hogar, para la entrevista que nos disponía. Pues entradas las 9:00 de la mañana, nos esperaban ya, con una taza de café en leche y unas cuantas añadiduras, que compensaba en nosotras, el frío y solitario camino de llegada a nuestro destino.

Gustavo, al igual que *Ismael*, es un hombre tranquilo, sereno, que recuerda con escalofrío aquellos tiempos del conflicto armado. Fue testigo de un drama en el que los grupos armados azotaron su vereda sembrando asesinatos, desapariciones, secuestros, desplazamientos y destrucción sin límites, una violencia de magnitudes irracionales que marcó la vida de los habitantes de la Madera. Su tierra, donde nació y creció, se convirtió, como San José, en un lugar de exterminio, cuyos recorridos estaban impregnados por el terror.

Gustavo evoca la memoria de su vida antes del conflicto. La Madera era un escenario próspero, lleno de cultivos de papa, fresa, zanahoria, todo era calma y regocijo hasta que un día llegó el fantasma de la guerra que a partir de ese momento aturdiría los días de paz. Un día común y corriente en la vereda, donde la gente trabaja en sus cultivos y ganadería, bajaron hombres armados. Eran aproximadamente las 2 pm y una hora después se escuchó una balacera. La gente

murmuraba que había sido el ejército, pero tiempo después se dieron cuenta que habían asesinado a cinco habitantes de aquel lugar, tachándolos de colaboradores de la guerrilla. Ese fue el inicio de la incursión de las AUC, en el año 1997 en la vereda; la misma que desde hacía 7 años ya, estaba bajo el “cuidado” de otro *ejército*, el ELN. Así, mientras los campesinos cultivaban alimentos, estos grupos se encargaban de sembrar el miedo.

Dice Gustavo que con aquella llegada de este grupo paramilitar a la zona, la vida se convirtió en una constante zozobra, pues semanalmente se escuchaban camionetas recorrer las antiguas vías en las que pasaban los campesinos para llevar sus productos al casco urbano de un municipio vecino, o en las que pasaron también algunos miembros de la guerrilla a pie, o *a lomo de mula*, tratando de seducir a habitantes rurales para que hicieran parte de este ejército ilegal, al que según Gustavo, tenía aún ideales de cambio para los más vulnerables, para las clases bajas. Y aunque un par de vecinos jóvenes decidieron unirse, él, nuestro emisor, narró con contundencia: “ellos podían hablar muy bonito, pero hombres que usen las armas en defensa de otros, tampoco es que sean de fiar. Además, después que llegaron las autodefensas y salieron los comandantes del territorio, quienes quedaron de aquel grupo subversivo, fueron jovencitos que se sentían atraídos por las armas, no por ese (supuesto) ideal”.

En medio de la conversación Gustavo hace mención al centro de salud veredal, lugar que antes de la crisis generada por la guerra, era asistido por una enfermera quien se encargaba de atender los primeros auxilios de lo que podía suceder tanto en La Madera, como en aquellas veredas aledañas de El Carmen y La Unión, que accedían con mayor facilidad a este centro de salud que a los hospitales de los municipios a los que cada habitante geográficamente se supone pertenecer.

Con la estadía de las AUC en el territorio y las constantes luchas territoriales de los demás grupos armados, a esta enfermera no le quedó más remedio que huir. Tal como en algún momento lo quiso hacer Claudino Alfaro, el curandero de San José, a quien en su deber ético de salvar vidas con sus saberes ancestrales incluso a aquellos malévolos camuflados que estaban acabando con la paz del pueblo, termina sin poder salvarse a él. Claudino murió en su labor, lo narra este texto literario, y la enfermera de La Madera, también huyó en medio de su quehacer, pues en últimas, ella salvaba vidas y para hacerlo debía proteger primero la suya. San José, quedó sin curandero, La Madera sin enfermera cercana, ambos tan importantes para sus comunidades, pues mientras la guerra mata, ellos con sus manos sanan.

Tras la salida de la enfermera se volvió cotidiano encontrar cadáveres arrumados en los caminos, cuerpos inertes de personas no solo de la vereda, sino de lugares vecinos e incluso foráneos, a los que algunas facciones delataban que no eran de estas tierras. A ellos nunca hubo quien los llorara, si mucho estuvo la oración de aquellos que los encontraban a su paso; tampoco llegaban los carros fúnebres a recogerlos, su fin, era ser la presa de las aves de rapiña que aceleraban la descomposición de estos cuerpos sin dolientes.

Nos cuenta Gustavo, que con los cadáveres de los vecinos de toda la vida la situación era distinta, al menos un poco más bondadosa en relación con la tradición de enterrar nuestros muertos. Por ello la gente, aún con temor y de manera silenciosa, acudía a la territorialidad que según la línea divisoria entre El Carmen y La Unión demarcaba el lugar al que el muerto pertenecía. Los enterraban, sí, pero no se percataban de preguntar de donde era la familia. En últimas él pertenecía al sitio donde estaba arrojado su cuerpo.

Otro de los temas que surgió en este diálogo, derivó de la pregunta hacia Gustavo en la que indagábamos por las maneras en que él trató de estar al margen de las luchas que se daban en su territorio. A esto, él destaca que su escudo protector fue la prudencia al hablar, tener cuidado con las palabras fue uno de los elementos que permitió que hoy esté contando la historia como sobreviviente y testigo del conflicto armado en su vereda. Durante esta época tan violenta, era necesario callar y no entregar ningún tipo de información, porque cualquiera de los ejércitos podía usarla en su contra.

Al igual que en la obra literaria, la gente tenía miedo de la fuerza pública, pues en reiteradas ocasiones estos se convirtieron en sus verdugos, así que no se podía confiar en nadie. Incluso como se expresa en la novela, la ausencia institucional del Estado se extendió en todo momento, al igual que en esta vereda donde la presencia de estas instituciones era nula, los civiles fueron abandonados a su suerte y cada quien luchaba por sobrevivir entre la barbarie.

Dada la situación anterior, Gustavo buscó alternativas para evadir los retenes que hacían los grupos armados, pues sabía que cualquier gesto, acción o palabra “mal dicha” podía ser su sentencia de muerte. Para esto trato de esquivar a aquellas rutas tradicionales que se habían tomado dichos ejércitos, y buscar caminos de herradura que solo eran conocidos por unos cuantos, o mejor por las familias de siempre de la vereda, que los armados con su “corta” estaba no podían reconocer.

El personaje principal tanto de *Los Ejércitos* como de esta narrativa, reflejan los efectos del conflicto en la conciencia: por un lado Ismael cae en un desasosiego y un delirio permanente en el que el mundo real se dispersa en sus alucinaciones y finalmente recrea un escenario ficticio en el que está presente su amada Otilia; por otro lado, Gustavo siente una angustia y escalofrío en todo el cuerpo cuando evoca el conflicto armado, son tantas las heridas impactantes que prefiere no tocar estos temas en su hogar, porque de tan solo pensar en aquellos tiempos, las piernas le tiemblan y la voz se corta. Con nuestro Ismael reconocemos que esta cruda violencia queda impregnada en el interior de quienes la padecieron, que aún persiste el miedo de que vuelva a las noches el insomnio, a los días de verle el rostro a los armados y de que en un futuro cercano la historia la tengan que contar sus hijos.

5. Hallazgos: después de la siembra; la cosecha

Después de transitar por distintos escenarios en los que nos acercamos a la memoria del conflicto armado local, desde la escuela, los diálogos comunitarios y la elaboración de narrativas, encontramos elementos y comprensiones que nos permitieron seguir reflexionando y aportar desde nuestra investigación al conocimiento, comprensión, y sensibilización del conflicto armado colombiano, en relación al territorio carmelitano.

En este orden de ideas, a través de las líneas que vienen a continuación, presentaremos apartados donde se desarrollan seis categorías de análisis, relacionadas con las comprensiones que tejimos a lo largo del proyecto. En primer lugar, encontramos el subtítulo Marcas que se develan al transitar: memoria y huellas del territorio, allí abordamos los hechos y las marcas que deja el conflicto armado en el espacio carmelitano. En segunda instancia, exponemos la memoria como espacio de disputa, donde reconocemos las formas en las que se ha entendido la memoria en el municipio y las tensiones que se presentan entre los discursos hegemónicos y las otras voces que buscan hacer parte de la historia local.

En un tercer momento, presentamos el apartado memoria intergeneracional, allí subrayamos la importancia de vincular los saberes de la guerra que portan los padres de familia con las generaciones jóvenes, quienes son los herederos de esa historia. En cuarto lugar, hallamos expuesto Agencias de la memoria, donde destacamos las apuestas e iniciativas colectivas carmelitanas que luchan por reivindicar la memoria del conflicto armado, ofreciendo resistencia frente al silencio y olvido. Del mismo modo, encontramos Narrativas en tiempos de crisis, en donde realizamos una reflexión en torno a la pregunta ¿Cómo se narra tiempos de crisis?, desde los lazos y narrativas que se tejen a partir de elementos artísticos. Por último, situamos un apartado titulado Enseñanza del conflicto armado en la escuela, allí indagamos por la pertinencia de abordar el conflicto en la escuela desde la confrontación de las memorias locales, regionales y nacionales.

Marcas que se develan al transitar: memoria y huellas del territorio

Identificarse como parte de un territorio, no solo significa habitarlo, sino mejor, reconocerse e incluso distanciarse de aquellas prácticas y dinámicas en las que dicho lugar ha estado inmerso.

De ahí que el territorio sea también la posibilidad de narrarlo y encuentre en aquellas historias sus dimensiones simbólicas, sociales y culturales que lo construyen, mientras construye, a su vez, a los sujetos que lo habitan. En este orden de ideas, encontramos en nuestro escenario focal, El Carmen de Viboral, una serie de significaciones y reconocimientos del territorio, con variados matices y apuestas. Y es que, por más que situemos el conflicto en un período, son las significaciones que hallamos y los recuerdos que distintas voces nos narraron las que dan cuenta de los sentires y secuelas que este trajo consigo; pero también, de marcadas distancias frente a la manera de hacer memoria para los pobladores de aquel entonces.

Cuando hablamos del conflicto buscamos todo el tiempo maneras de responder al porqué de muchas de las situaciones que se enmarcaron en esa época, nos inmiscuimos en el cómo, que frecuentemente nos deja con la sensación de angustia de quienes aún la sienten al estar relatando. Podríamos hablar de quiénes, cuántos o dónde y aún tendríamos mucha tela que cortar, porque aunque de modos similares, cada lugar lo vivió de manera particular. En el caso de estas tierras carmelitas, a punta de relatos descubrimos que en algunos lugares el conflicto armado llegó de la mano de la modernidad y su idea de progreso. Pero también como lo fue en general para el territorio colombiano la posesión de la tierra, fue otra gran contribuyente a estas luchas armadas, ya que muchas de las veredas del municipio que fueron ocupadas por los grupos subversivos durante el conflicto armado, se vieron afectadas en la medida en que estos buscaban hacerse dueños de ellas a través del poder legitimado por las armas con la intención de ser usadas como corredor para llegar hasta las diferentes zonas del oriente antioqueño.

Un caso, no muy lejano, y que ya ha sido mencionado en líneas anteriores, tuvo como escenario la construcción de la autopista Medellín – Bogotá, donde las veredas carmelitanas que se ubicaban al lado de ella se vieron afectadas por la llegada de agentes foráneos, a los que los habitantes denominaron los cafeteros. Con su llegada y paso por los predios de La Esperanza posterior a la década de los 70, la comunidad vio un cambio radical en sus dinámicas, costumbres, tradiciones, modos de relacionarse y como no, fue también la primera puntada de un conflicto armado y de una lucha comunitaria de años.

La llegada de esta calzada hubo de traer en su momento tantas ventajas como desventajas (entrevista Flor Gallego, 2021), pues la comercialización de los productos cosechados y producidos por la comunidad habían encontrado por fin una vía que garantizaba un crecimiento económico,

agilidad y prosperidad para sus campesinos. Sin embargo, también hubo de traer consigo un nuevo orden que desestabilizaba el que ya se tenía, por ejemplo, por cuenta de los conflictos por la pertenencia de la tierra, puesto que, tradicionalmente la propiedad de los predios no se daba de manera escrita, sino a través de la palabra, lo que llevó a que muchos de los terrenos les fueron quitados a los habitantes para aumentarle metros al pavimento. Durante este momento, nos cuenta Flor, se incrementó el robo a las fincas y fueron seducidas mujeres y niñas al mundo de la prostitución, debido al gran número de hombres que pasaban y trabajaban en el sector.

Paulatinamente y a causa de estas constantes tensiones, según la Comisión de la verdad (2018) la zona empieza a tener alto flujo militar con el establecimiento de la base La Piñuela, a cargo de la Fuerza de Tarea Águila, creada especialmente para controlar la autopista. A partir de ese momento, la vereda La Esperanza como muchas otras empieza a ser un corredor y asentamiento de grupos armados, de un lado, guerrilleros como ELN y EPL; y del otro paramilitares, como las Autodefensas Campesinas del Magdalena Medio (ACMM) bajo el mando de Ramón Isaza (Verdad abierta. 2016), siendo este último el de mayor incidencia violenta dentro del territorio. Entre 1996 y 2000 se hace común encontrar en las *cunetas* cuerpos mutilados, quemados y con toda clase torturas, traídos de otras partes y arrojados allí (entrevista Flor Gallego, 2021)

En el segundo semestre de 1996, en esta misma vereda, se registra un total de 15 desaparecidos a manos de los grupos paramilitares. Entre el 26 de junio y el 7 de julio¹⁷ ingresan a las viviendas de los campesinos y uno a uno se llevan a primos, hermanos, esposos, hijos que hasta el día de hoy siguen sin aparecer. Entre este grupo se encontraba el hermano de Flor Gallego, quien era el promotor de salud de la vereda La Esperanza. Juan Carlos Gallego, según reposa en la historia construida en el texto de Apuntes para la memoria (2012) se ve amenazado por los grupos paramilitares debido a su profesión, pues es la excusa que utilizan para tildarlo de colaborador. Cuando descubren su rol en el territorio el 24 de junio de 1996 su familia empieza a ser perseguida y atacada por miembros del Ejército, hasta el 7 de julio del mismo año cuando es sacado de la capilla donde dictaba la catequesis a los niños de la comunidad, subido a un carro y desaparecido.

A pesar del miedo infundido a los habitantes durante las noches en que ocurrieron las desapariciones por los paramilitares, los líderes comunitarios decidieron denunciar en los

¹⁷ Desde diversas fuentes se establecen fechas distintas. Sin embargo, acogemos las fechas dadas por Flor Gallego en el relato de Apuntes para la memoria (2012)

municipios aledaños la vulneración de derechos que habían sufrido, y emprenden la búsqueda de sus seres queridos; no obstante, sus denuncias no son atendidas en Cocorná, por lo que deciden desplazarse un poco más lejos. Así, luego de no recibir apoyo allí llegan hasta El Carmen de Viboral días después de lo acontecido, donde los recibe el entonces personero, Helí Gómez, quien realiza el acompañamiento a las víctimas y familiares de los desaparecidos, encargándose junto con ellos de denunciar los hechos y los nexos entre militares y paramilitares.

Desde 1994 el personero de El Carmen de Viboral se había encargado de denunciar los acontecimientos que tuvieron lugar en las zonas más alejadas del municipio, como los Cañones del río Santo Domingo, Cañón del río Melcocho y La Honda. Allí, según cuenta Alba Gómez en un informe sobre Helí Gómez (Conciudadanía, 2012), los campesinos sufrieron por las desapariciones forzadas y los constantes desplazamientos, debido a los enfrentamientos entre guerrilleros y paramilitares, pero fue este hombre quien defendió los derechos de los campesinos; “Al momento de recibir estas denuncias no le tembló la lengua para denunciar ante los medios públicos quiénes eran los culpables que estaban asediando estas zonas” (Montoya, N. 2019. párr. 7). A causa de sus constantes denuncias públicas en canales televisivos, Helí Gómez se vuelve objetivo militar y es asesinado en una de las calles del municipio finalizando el año de 1996.

Así, mientras en la vereda La Esperanza los campesinos ven desaparecer a sus habitantes, en la vereda La Madera, ocupada por el ELN, los campesinos empiezan a notar la presencia de los paramilitares con el Bloque Metro bajo el mando de Carlos Castaño, lo cual, cuenta don Gustavo (Entrevista Gustavo, 2021) se debía a una búsqueda por erradicar de la zona a los grupos guerrilleros que habían llegado desde los primeros años de los 90. El momento que enmarca la llegada de estos grupos, según recuerdan sus habitantes es cuando ajustician a cinco jóvenes cerca al centro de salud, luego de haberlos bajado amarrados desde la montaña. Después de esto, este grupo paramilitar se establece en la corregiduría, lugar que funciona como línea divisoria entre El Carmen de Viboral y La Unión y desde allí en *camionetas de alta gama* empiezan a buscar información entre los habitantes y se vuelven común los enfrentamientos entre *guerrilleros* y *paracos*. Por ejemplo, recuerda una de las habitantes de la vereda la Madera que

las personas vivían atemorizadas por los enfrentamientos entre la guerrilla y los paracos, tenían miedo de que algo les pasara a ellos o a su familia, los enfrentamientos duraron

mucho tiempo, las familias les daba miedo hasta salir de sus casas porque creían que algo malo les pasaría (Entrevista, 2021)¹⁸

En las entrevistas la mayoría de los estudiantes junto con sus padres hablaban del temor que habitaba todo el tiempo a los pobladores, porque era común que entraran a las casas, hicieran retenes, trajeran cuerpos los abandonaran y fueran extorsionados por ambos grupos armados. Unos, argumentando que debían contribuir para la guerra y otros cobrando por la “protección” que estaban prestando. Asimismo, otro de los padres entrevistados por los alumnos alude al constante desplazamiento, no sólo desde y hasta La Madera, sino al interior de la vereda puesto que, permanentemente, tenían que moverse de manera sigilosa buscando salvaguardarse; de igual manera, relata en el audio que las acciones de cualquier miembro de la familia debían ser pagadas por los demás integrantes, donde “Al abuelo se le roban el ganadito, porque un nieto participaba en las milicias de los guerrilleros, él tenía que pagar porque su nieto en otra vereda les había robado a los paras” (entrevista, 2021)¹⁹.

En este sentido, durante las entrevistas realizadas por los estudiantes a sus parientes, éstos aludieron con frecuencia al desplazamiento forzado como una de las afectaciones del conflicto armado que mayor incidencia tuvo en sus familias, puesto que muchos de ellos debieron permanecer por largo tiempo lejos de la vereda esperando que la situación mejorara para retornar. Este desplazamiento ocurría por lo general hacia la zona urbana, asunto que hizo que los campesinos se enfrentaran a un gran choque cultural y social, en tanto, su oficio como ganaderos o agricultores no encontraba lugar en la urbanidad (Entrevista Gustavo, 2021). A propósito, enuncia un estudiante que “nuestros papás no vivieron siempre en la vereda, se desplazaban mucho de un lugar a otro por la violencia”

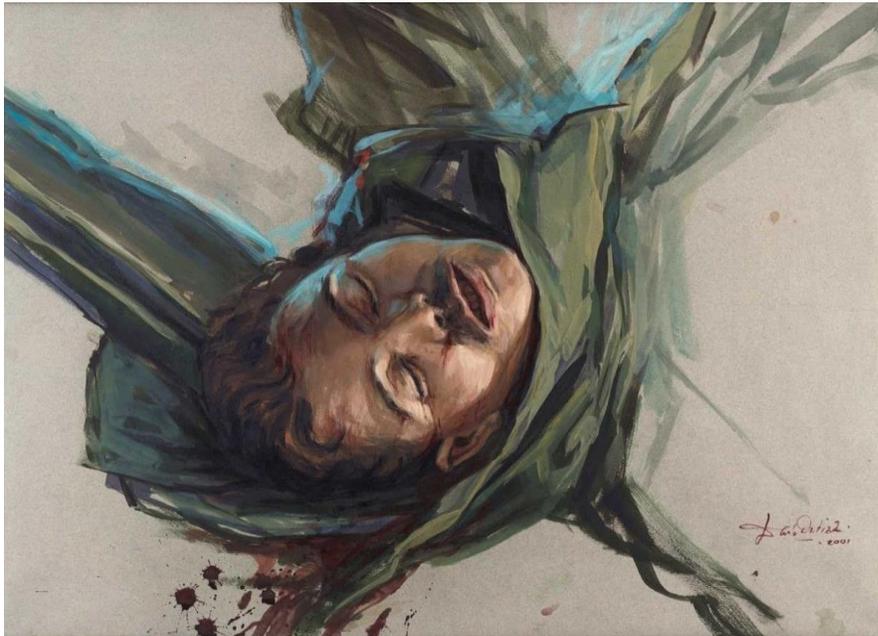
Durante este mismo período se presenta el ataque a la inspección o corregiduría, donde “llegan unas personas como a las dos de la tarde desalojando a los habitantes de las casas aledañas y ponen una bomba” (Gustavo, entrevista, 2021) esto, al parecer una acción del ELN en retaliaciones al grupo paramilitar que tenían su base allá. Este sitio deja de ser habitado por

¹⁸ Entrevista realizada por un estudiante de la IE rural campestre Nuevo Horizonte a su madre en la fase de sensibilización.

¹⁹ Entrevista realizada por un estudiante del grado noveno a su hermano mayor en la etapa de geógrafos y exploradores.

cualquier presencia estatal desde los primeros años de la década de los 90, y posterior al ataque perdura según Gustavo por lo menos 4 o 5 años destruida. De hecho, era la ubicación de los cuerpos en relación con este lugar, que se elegía el destino de los muertos, es decir, según el lado del camino en el que fueran abandonados estos serían sepultados o en La Unión, o en El Carmen de Viboral. Dice nuestro entrevistado que muchos de los muertos que permanecían en este sitio eran jóvenes traídos de otros lugares o arrastrados desde la montaña y posteriormente asesinados allí (entrevista Gustavo, 2021); aun su cuerpo se estremece con el recuerdo y las imágenes siguen siendo tan nítidas como los primeros días. Con la presencia paramilitar permanentemente en este sitio específico la comunidad empieza a buscar atajos, rutas y travesías por los que se pudiesen evitar el paso por allí, sabiendo que transitar por esos lados conllevaba enfrentarse a interrogatorios, requisas y malos tratos por parte de los miembros de las autodefensas.

Figura 6. Eran las 5 de la tarde. Darío Ortiz (2001)



En la actualidad desde las distintas percepciones y reflexionando sobre las secuelas de aquel conflicto, las personas que hicieron parte de este proceso traen a colación dos palabras claves: miedo y prudencia. Ambos en una relación de dependencia que les garantizaba la vida, pero no una

muy tranquila, pues en razón de la primera sienten que este conflicto nunca ha terminado por desvanecerse, y el temor de que vuelva cada día resuena un poco más, sobre todo, por los altos índices de homicidios en los municipios cercanos, la reaparición de cultivos ilícitos y las mal llamadas “limpiezas sociales” que amenazan la región en el presente. Como señalan algunos medios las cifras siguen creciendo con mayor fuerza en el oriente lejano, municipios como Argelia, Sonsón y La Unión siguen viendo asesinar a los más jóvenes con el miedo latente por el retorno de una historia no quieren sea repetida (El colombiano, 2021). El silencio, por su parte, desde aquella época se ha convertido en su mejor forma de protegerse y salvaguardar a sus familias, no obstante, reconocen que hablar de aquellos hechos los alivia un poco, y los satisface en tanto sus hijos conociendo la historia no estarán condenados a repetirla.

La memoria como espacio de disputa

Los relatos del conflicto armado en el territorio carmelitano al igual que en el país, han configurado un discurso que se reconoce como parte de la historia nacional, pero que invisibiliza otras voces que tienen heridas abiertas por contar. En este punto, es importante traer los postulados de Elizabeth Jelin (2002) respecto a las disputas por la memoria, a propósito de la lucha constante entre la memoria oficial y otras memorias. La primera entendida como aquella que se construye a partir de los discursos sobre el pasado, que se producen desde los Estados nacionales y se constituyen como un régimen de verdad. Las otras memorias hacen referencia a las memorias que están presentes en el silenciamiento e invisibilidad de la memoria oficial. Estas buscan unirse para cobrar fuerza reivindicativa en el combate por el sentido del pasado.

Desde este apartado nombrado *la memoria como espacio de disputa* decidimos volver, como un ejercicio de colectivizar los recuerdos, a los encuentros por los que transitamos en nuestro recorrido a distintos lugares en los que suponíamos que la memoria del conflicto podía estar presente. Así nos instalamos temporalmente en el Centro de Memoria, ubicado en el Instituto de Cultura del Carmen de Viboral. Al ser este el sitio en el que reposan los archivos y la voluntad por llevar registrados asuntos históricos del territorio, llegamos allí con el interés de encontrar testimonios o prensa local en el que se hablara de lo ocurrido en la región durante el período de 1996 al 2007.

Empero la información encontrada en este lugar fue escasa, pues sus intereses han girado a espacios culturales, políticos y de la tradición carmelitana por la loza; por lo que comprendimos que la historia puede tener variados matices. Y así como para nosotras es importante registrar y comprender la historia del conflicto local, para otros lo es el rescate de una identidad carmelitana, que se ha forjado desde hace varios años.

Al hacer parte de este grupo de memoria éramos nosotras las *exploradoras* que, en compañía de personas estudiosas en el diálogo entre historia e identidad local, pudimos aprender, compartir un ejercicio conversacional. Y así, aunque fuimos partícipes de dicho ejercicio de construcción, los aportes para nuestro proyecto de grado no fueron reflejados de manera directa, sino que se ven esbozados en este capítulo como un ejercicio de comprensión frente a los silencios, y a veces cajones vacíos que se encuentran en estos lugares en el que ha de reposar parte de la memoria territorial.

En este orden de ideas, en el que los silencios institucionales no significan ausencia de trabajos, sino enfoques distintos a la hora de hacer memoria, vemos una estrecha relación con los postulados de Elizabeth Jelin (2002), en el que nos preguntamos cuál es la memoria oficial que se desea reconocer. Y es que este *silencio* es en sí mismo una respuesta que la autora nombra como un campo de disputa por la memoria, en el que:

El sentido del pasado es un sentido activo, dado por agentes sociales que se ubican en escenarios de confrontación y lucha frente a otras interpretaciones, otros sentidos o contra olvidos y silencios. Actores y militantes «usan» el pasado, colocando en la esfera pública de debate interpretaciones y sentidos del mismo. La intención es establecer / convencer / transmitir una narrativa, que pueda llegar a ser aceptada. (p.39)

Es así, como en El Carmen la narrativa que es aceptada, difundida y parte de la identidad local tiene que ver con aquellas relaciones culturales de un municipio comprometido con la conservación de un patrimonio ceramista, teatrero y musical; asunto en el que nosotras también nos sentimos reconocidas. No obstante, bajo esta imagen se pueden a veces desconocer otros escenarios de lucha y tensión en torno a la construcción de memoria del pasado; pues hay marcas, cicatrices imborrables en los habitantes de este lugar que deseamos resignificar desde otros

espacios colectivos y de tensión latente. No es desconocer una historia, pero sí permitir la entrada en las agendas institucionales, de aquellos diálogos, experiencias comunitarias y campesinas, narraciones del sufrimiento que distintos actores proponen en este ejercicio amplio de hacer memoria.

Mario Sosa (2012) señala que el hecho de habitar un territorio, implica que tengan cabida distintas maneras de significarlo, pues son variadas las motivaciones que allí se pueden encontrar. Nuestro interés gira por la memoria del conflicto armado, el del Grupo de memoria es, por ahora, la construcción biográfico-narrativa de un hombre que figuró políticamente a nivel nacional, y del que su natalicio se da en este municipio. Carlos Jiménez, procurador nacional, se encargó de denunciar el paramilitarismo en Colombia, específicamente, el grupo conocido como MAS (Muerte a Secuestradores), y otros asuntos sociales y políticos a nivel nacional (Llano, 2021).

Desde ahí fue que nosotras, sin alejarnos de los diálogos y encuentros propuestos desde el Centro de Memoria –pues reconocemos también las plurales maneras de construir memoria que se convierten a su vez en una identidad local–, decidimos paralelamente buscar nuevos horizontes en los que fueran más claras las relaciones y sensibilidades frente al conflicto armado; eso sí, con la firme intención de que las memorias que de esta investigación se deriven, puedan quedar consolidadas también en este lugar, como un ejercicio dialógico de saberes e investigaciones locales.

Ahora bien, el período que enmarca la construcción de este trabajo de grado, se vio atravesado por dos hitos importantes que, sin duda, le otorgaban a nuestra construcción matices especiales en las reflexiones que las personas partícipes de nuestro trabajo realizaron, puesto que la memoria no solo implica al pasado, sino más aún al presente y al futuro. Por un lado, se encuentra la actual pandemia, una crisis de salud que ni siquiera nuestros ancianos recuerdan haber vivido, al menos no de cerca: encierros, desabastecimiento, desempleo, temor, muerte. Estos fueron las condiciones principales que desde el año 2020 y hasta mediados del 2021 nos acompañaron

En este punto el lector quizá se pregunte el porqué es hasta este momento en *la memoria como espacio de disputa* cuando hablamos de la situación de sanidad pública que nos compete en tiempos actuales; y es que en diálogos con las personas que entrevistamos e incluso en nuestras propias conversaciones familiares hemos notado una cercana relación frente a los tiempos álgidos de la guerra y la desconfianza social que se ha generado a raíz de la pandemia: el estar encerrado,

aislarse de sus propios vecinos, no tener la certeza de quien puede ser uno de los “portadores del mal actual” que puede estar al asecho para poner nuestra integridad en riesgo. Tener que cruzar los retenes vigilados por uniformados, quienes tras un par de preguntas y verificar su cédula, le daban o no la autorización de seguir para *cruzar una frontera*, o evadirla como hacía Gustavo 20 años atrás e irse por alguno de los atajos conocidos, pero sabiendo además que el hecho de evadir, en ambos tiempos, puede ser también sospechoso para estas autoridades temporales.

Así es como entra a discusión el tema de las memorias en disputa, del recordar en tiempos de crisis y, sobre todo, como para muchos de los pobladores del tiempo de la guerra, y de estas actualidades, han debido sobrellevar un duelo, sin que se pueda hacer una real sanación de él. Sentir temor de un vecino, del foráneo, del no poder salir hacia otros territorios, es un retorno a la zona de peligros en los que, de nuevo, la vida puede estar en riesgo. Y es que estas memorias, no son más que

la supervivencia durante décadas de recuerdos traumáticos. Recuerdos que aguardan el momento propicio para ser expresados. A pesar del gran adoctrinamiento ideológico, estos recuerdos durante tanto tiempo confinados al silencio y transmitidos de una generación a otra oralmente y no a través de publicaciones permanecen vivos. El largo silencio sobre el pasado, lejos de conducir al olvido, es la resistencia que una sociedad civil impotente opone al exceso de discursos oficiales. (Pollak, 2006, p. 20)

La segunda coyuntura a nombrar tiene que ver con el paro nacional del año 2021, convocado para el 28 de abril y que se extendió de manera masiva por más de un mes. Si bien, dicho llamado surgió principalmente por la reforma tributaria que el gobierno nacional deseaba implementar y que afectaba de manera directa a la clase media, al caer la reforma las marchas continuaron y aún en medio de la pandemia, asunto que presenta un paralelo contradictorio y otras disputas, esta vez no por la memoria, sino por lo que debía ser un bienestar real: por un lado la salud pública que para muchos se veía afectada por las masivas marchas, y por otro lado, la inconformidad social frente a las acciones del gobierno colombiano, que para los marchantes: *eran más peligrosas que el virus*.

Es así como las marchas se extendieron en tanto tiempo y espacio por los rincones del país, en el que cada gremio exigía y ponía en la mesa antiguas discusiones o problemáticas por las que se veían involucrados en este malestar social. Sobre este tema nuestras indagaciones no fueron ajenas, y es que uno de los puntos que algunas agencias exigían era la continuidad de lo firmado en La Habana en el año 2016. Buscar la paz y las garantías para las territorialidades y personas firmantes. Al respecto Flor ponía en tela de juicio el actuar del actual gobierno que le daba la espalda a la paz y con ella a las víctimas que hasta hoy desean saber la verdad (entrevista Flor Gallego, 2021). Este es solo un ejemplo de lo reflexionado frente al paro nacional y a la manera en que trajo a este campo en disputa, antiguas dolencias

Memoria intergeneracional

En medio de nuestras búsquedas e indagaciones respecto al conflicto armado nos encontramos con el relato de los padres de familia, quienes fueron testigos de lo acontecido en el territorio durante la época más álgida. Ellos nos permitieron escuchar esas otras versiones de la historia, lo que se configura como la memoria no oficial, que se construye con el relato de minorías que piden que sus voces entren a participar de esa reconstrucción de la memoria en el territorio. Desde sus narraciones se pueden vislumbrar las grietas que el conflicto deja en las familias, un manto de silencio que envuelve a los habitantes y que solo por momentos se rompe. Durante la época de la violencia no había lugar para la palabra y la denuncia, si algo resaltan las personas con quienes conversamos, es que callar fue el medio que les permitió estar vivos. Frente a tanta atrocidad, lo único que les quedaba era guardar sus palabras como medio de supervivencia.

Nos encontramos con distintas comprensiones sobre el conflicto armado. Para la mayoría de padres fue una de las experiencias más fuertes y traumáticas a las que se vieron expuestos, pues los actos contra la dignidad humana superaron las barreras, para ellos recordar ese tiempo es revivir esa zozobra y escalofrío que una vez los inundó. El territorio que los vio nacer y crecer fue un escenario de sangre, muerte, dolor y una tensión constante, por eso evitan en muchas ocasiones tocar este tema con sus hijos como una forma de protección hacia ellos.

Sin embargo, resaltan la importancia de que ellos conozcan la historia que marcó esta vereda y su vida, porque hacen parte de este conflicto. Y es que precisamente los relatos de los

padres de familia pueden ser alguna de las fuentes de las que los estudiantes adquieren información sobre el conflicto, teniendo en cuenta que “es evidente que los modos de aprendizaje del conflicto armado son muy diversos” (Sánchez-Meertens, 2017, p.142). Los testimonios de abuelos, tíos y padres se convierten en una forma de conocimiento intergeneracional, ya que ellos tienen ciertos saberes que pueden compartir con las generaciones jóvenes.

Las generaciones antiguas poseen los saberes y los relatos del conflicto; y los jóvenes tienen la fuerza y la energía para recibirlas y transformarlas como un modo de resistencia y lucha (Entrevista, Alba Gómez, 2021). En este sentido, es fundamental que las generaciones se unan y se vinculen en esta tarea de reconstrucción de memoria de un pasado que marcó el territorio carmelitano.

La indagación por las huellas, marcas y hechos del conflicto les da la posibilidad a los jóvenes de tener una comprensión más profunda de la historia de su territorio y de los diversos asuntos sociopolíticos que intervienen en estas luchas, y que no son ajenos a las realidades que hoy vive el país. Es innegable que para entender los conflictos del presente se debe indagar por el pasado, en nuestro caso como carmelitanas y en un marco más amplio como colombianas: somos hijas de una guerra que ha desolado millones de personas y que lleva más de sesenta años. No se puede negar la trayectoria histórica que nos ha configurado como nación.

Al conocer este panorama del conflicto armado, los estudiantes plantearon preguntas relacionadas con la relación de ese pasado atroz y la realidad presente del país. Dentro de estos cuestionamientos se encuentra como factor común la reflexión por un pasado violento, que se sigue agudizando en estos tiempos, pues los jóvenes reconocen la historia de violencia, a través de los relatos y saberes de sus padres y ver el panorama actual, donde se ha intensificado el uso de las armas, los asesinatos a la vista de todos en el contexto del paro nacional y demás abusos contra la población civil, los pone de cara a un escenario en el que los hechos se repiten, se vuelve a ese sentimiento de zozobra y miedo frente a las crueldades de la guerra.

Los estudiantes son herederos de una tradición cargada de odios e injusticias, un desgarramiento de la patria y al conocer todo lo que implicó esta lucha armada para los colombianos se preguntan ¿Por qué la gente permite que se repita la historia? Este cuestionamiento recoge las comprensiones de un ayer doloroso y su relación con lo que está pasando en la actualidad, de esta manera, se observa cómo se va tejiendo la memoria intergeneracional, pues los

padres son portadores de la historia, mientras las generaciones jóvenes la retoman, observándola desde una óptica crítica en la que se resignifica lo vivido en la época del conflicto.

Cabe resaltar que en el taller que realizamos con los padres de familia logramos construir un tejido colectivo desde las voces de las madres que relataron los horrores de la guerra, en la época en que los grupos armados se instauraron en la vereda La Madera. Ellas reconocen la importancia de hablar en este tiempo en que se tiene la oportunidad de mencionar lo acontecido, para que sus hijos conozcan la historia y aporten a la memoria con el fin de no repetir lo sucedido pues como afirma Jelin “el espacio de la memoria es entonces un espacio de lucha política, y no pocas veces esta lucha es concebida en términos de la lucha «contra el olvido»: recordar para no repetir” (2002, p.6).

En este marco de memoria intergeneracional, es importante reconocer cómo los estudiantes toman los relatos de sus padres y los convierten en sus propias narraciones tomando una posición frente a lo escuchado. Por ello, ante preguntas cómo: ¿saben de algún hecho que haya ocurrido en la vereda a causa del conflicto?, por ejemplo, era común escuchar en sus apelaciones, asuntos formales como, mi mamá me cuenta..., es que mi papá le tocó ver cuando...Esto también lo hicieron los padres de familia, en el taller realizado con ellos, como se muestra a continuación.

Mi esposo me cuenta que un día, cuando estaba trabajando se tenía que esconder del fuego cruzado entre la guerrilla y los paramilitares (...), que a varias personas las mataron en la cancha, torturándolas delante de las profesoras y los estudiantes. (entrevista 2021)²⁰

Así pues, dentro de las comprensiones y sentires que atañen tanto a padres, familiares y estudiantes encontramos como factor común que el conflicto armado desoló a la vereda por largo tiempo y las mayores afectaciones las recibió la población civil, los que no tenían la culpa de lo que pasaba, en este caso, fueron los campesinos los mayores afectados en estas disputas, “pues se convirtieron en la carne de cañón de uno u otro grupo” (entrevista Gustavo, 2021)

Estos ejemplos nos ponen ante una comprensión y es la manera en que, por medio del relato, se devela una identidad de aquel sujeto que narra. Es necesario en este punto, traer los postulados citados por Marieta Quintero (2018), en los que se interpela del porqué el relato es la manera de

²⁰ Entrevista realizada por un estudiante del grado noveno a su madre

comprender, en este caso, el tejido de interpretaciones que el relator, hace de una historia que le ha sido también contada y, en últimas, ver la manera en que este la interpela para reconocerse allí:

Ricoeur y Arendt coinciden en señalar que la identidad se refiere al sujeto de la acción cuya vida transcurre en forma narrada. El ¿quién?, de la acción no es un “sí mismo” o, como diría Ricoeur (1996) un sujeto idéntico a sí mismo en la diversidad de sus estados emocionales y cognitivos. El ¿quién?, es el sujeto de la acción colectiva. Así mismo, para Arendt el sujeto desde su nacimiento es “arrojado” en una red de interlocución o red narrativa, en la que va tejiendo en compañía de los otros, sus acciones (p.64).

Agencias de la memoria

En el terreno de reconstrucción de memoria del conflicto armado se reconoce la labor política y social realizada por distintas instancias y personas, que se unen en un trabajo colaborativo por visibilizar las voces de las víctimas del conflicto, resignificar su memoria y abrir la posibilidad de escuchar las múltiples versiones de la historia, en el marco del esclarecimiento de los hechos y la búsqueda de la verdad. Esos líderes de la memoria tienen la intención de acompañar a las víctimas y apostar por la reivindicación de los relatos sobre el conflicto que han estado sumergidos en el plano familiar y que no han sido destacados desde lo estatal.

En esta línea de “las memorias no oficiales” se encuentran algunas propuestas de resistencia y memoria del conflicto armado en el territorio carmelitano, orientadas a la reivindicación de la dignidad humana y a fortalecer los lazos de solidaridad para sobrellevar el dolor. En este sentido, resaltamos apuestas como *Trochas por la vida*, cuyo propósito fue volver a recorrer las trochas afectadas por la guerra con la intención de hacer memoria de las víctimas de la vereda La Chapa. Allí se convocó a todas las familias que tenían un familiar asesinado a sembrar un árbol en el lugar específico del asesinato. Este acto simbólico propuso recordar los sueños de las personas asesinadas, resaltando qué significaban para la familia y para la comunidad en general. De esta manera, las distintas personas se unieron para compartir la versión de sus historias en un gesto de apoyo y solidaridad.

Desde este gesto podemos ver cómo las familias se unen entre sí para compartir su historia y recordar a aquellos que ya no están. Un árbol significa vida y se convierte en la representación de ese ser que fue arrebatado por el conflicto. La comunidad de La Chapa se resiste a olvidar a sus seres queridos y claman por darle un reconocimiento a la dignidad que fue ultrajada en la época del conflicto.

Otro de los ejercicios de memoria realizados por Alba Gómez, Flor Gallego y demás líderes y lideresas de la comunidad que trabajan en este campo, es un cuadernillo llamado *Apuntes para la memoria*, que cuenta la historia de varias personas que, en el ejercicio de su labor social, fueron víctimas del conflicto ya sea desde la desaparición forzada o el asesinato. En esta línea, se encuentra el caso de la promotora de salud de la vereda La Florida: Rubiela Velásquez; el promotor de salud de la vereda La Esperanza: Juan Carlos Gallego; el personero del municipio de El Carmen de Viboral: Helí Gómez; así como un docente de la Institución Educativa Técnico Industrial Jorge Eliécer Gaitán llamado Darío Giraldo Franco y un líder cívico: Antonio Martínez. Es el propósito de este cuadernillo reconocer la dignidad de la vida humana y deslegitimar los discursos de naturalización de los asesinatos en el conflicto armado.

Conocer estas apuestas por la memoria que se construyen desde la resistencia y el tejido colectivo es fundamental para reivindicar la vida y las luchas de aquellos líderes políticos y sociales que en el ejercicio de su labor fueron asesinados. Es importante que como carmelitanas indaguemos en la historia de estas personas y la compartamos como una manera de hacer memoria y no dejar en el olvido el nombre de quienes trabajaron por el bienestar del territorio carmelitano.

En este punto, se sitúa la *Galería de la memoria* que fue construida con fotografías y la trayectoria de varios representantes del territorio como Helí Gómez, y que fue llevada a la Institución Educativa Fray Julio Tobón Betancur (entrevista Flor Gallego, 2021) con la intención de mostrarle a los jóvenes la historia de la que hacen parte como hijos del conflicto y a su vez, que reconozcan los líderes que fueron víctimas en estas disputas. Este ejercicio de llegar a la escuela se constituye como una manera de tejer diálogos intergeneracionales, pues los mayores que conocen lo acontecido en el municipio y a lo largo del país en este tiempo, comparten con los jóvenes esos relatos del conflicto armado para que permanezcan vivos y se configuren como una apuesta por reivindicar la memoria.

De igual modo, hallamos la propuesta *horno de la memoria* que se encuentra en el cementerio del municipio. Allí están hornos hechos en cerámica con el nombre de los caídos en la guerra. En este espacio se reúnen varias personas a realizar diversos actos simbólicos en memoria de las víctimas del conflicto armado; encienden una vela, hacen una oración, conversan alrededor de sus historias y tejen lazos de comprensión y reconciliación.

La apuesta *horno de la memoria* se convierte en un espacio de resistencia y lucha, de cooperación y solidaridad, pues las personas se reúnen en el cementerio para reconocer la humanidad en la guerra, para mirarse a los ojos y brindarse una mano en las heridas que les dejó el conflicto y que comparten como comunidad carmelitana. Este gesto es una iniciativa para recordar, rememorar y tener presente la imagen de aquellos seres queridos que el conflicto desangró y que siguen clamando justicia. Aquí cabe resaltar, el papel de la mujer que exige reparación, pues son miles de madres, hermanas e hijas que perdieron sus familiares en esta guerra y que hoy se unen en búsqueda de tejer lazos de cooperación en contra del olvido.

Frente a estas agencias de memoria del conflicto armado, nos encontramos con iniciativas por reconocer la historia de algunos de los habitantes de la vereda la Madera desde el municipio de la Unión, a través de la Asociación de paz llamada *Programa por la paz, Cinep y revivir una nueva esperanza*. Esta corporación construyó un trabajo de multimedia denominado *Sobrevivientes hacemos historia contra el olvido* en el que se resalta la voz y las palabras de aquellas víctimas del conflicto armado, desde las diversas modalidades de violencia. Allí se indaga en las diversas zonas del municipio más afectadas por la violencia y se escriben los relatos de algunas víctimas que comparten sus testimonios con la intención de aportar a la memoria del conflicto armado y como ejercicio de resistencia frente al silencio y olvido. Allí está la voz de una madre que aún sufre la pérdida de su hijo. Recuerda con dolor las torturas a las que fue sometido Jesús Daniel Toro Álvarez, pero no tiene exactitud en la fecha en que fueron cometidos los hechos, solo tiene presente que desde aquel momento su vida cambió para siempre.

Fue tanto mi dolor por la pérdida tan grande de mi hijo y siento un vacío tan profundo que de mi memoria se fue el tiempo y el espacio. Con la ayuda de la asociación de víctimas, espero algún día recobrar la memoria en pleno, y poder contar esta historia, con menor dolor. (Programa por la paz, Cinep y revivir una nueva esperanza, 2015)

En este ejercicio de memoria vemos a la comunidad unida contando las modalidades de violencia que sufrieron y resaltando la necesidad de incorporar sus voces en los relatos del conflicto, para que lo acontecido no se quede en la esfera de lo privado, sino que se expanda a otros escenarios y contribuya al ejercicio de reconstruir la memoria del conflicto armado.

Narrativas en tiempos de crisis

Durante los encuentros pedagógicos que tuvimos con los estudiantes de la Institución Educativa, buscamos la manera de que desde distintas manifestaciones artísticas pudiésemos dialogar frente a aquellos hechos del conflicto, que son recuerdos heredados por estos estudiantes. En este orden, aunque ellos relataban y reflexionaban de manera directa sobre algunas situaciones actuales o del período al que se remite nuestro proyecto de investigación, es notorio también, que estos recuerdos transmitidos por sus padres o demás familiares que fueron la fuente primaria de sus consultas, iban cargados de algunos sentires y emociones que se evocan al recordar. Por esto, en ocasiones se sentía el temor o el poco gusto de nombrar aquellos hechos referentes al tiempo en que sus padres fueron víctimas, o testigos de la guerra. Conforme a lo anterior, es que desde este apartado hacemos una pausa, e indagamos por la manera en que se narra el horror, o mejor la pregunta por, ¿cómo se narra tiempos de crisis?

Bajo esta línea, es necesario señalar también que, en ocasiones, era complejo lograr que los estudiantes se pusieran en un tono ampliamente conversacional y más cuando las invitaciones a estos diálogos solo eran a partir de la palabra. Eso lo fuimos notando desde los primeros talleres, incluso los asincrónicos. Por ello es por lo que surge como posibilidad, crear lazos y narrativas de sentido a partir de elementos artísticos: la música y la fotografía como invitación; la pintura y las artes plásticas como creación. Fue desde este plano donde se tejieron los talleres presenciales y que nos mostraron también otras maneras para narrar estos tiempos de guerra.

En este orden, encontramos en el dibujo y la pintura, uno de los mayores aliados de estos jóvenes, no solo para retratar escenas o hechos específicos sobre una modalidad de violencia que haya acaecido en el territorio, sino que fue este medio el que muchos usaron para poner otras

denuncias actuales por las que quizá, estén pasando. Es aquí evidente que en ocasiones la palabra no es suficiente, cuando de narrar estos sentires se trata. Veamos unos ejemplos:

Figura 7. Dibujo realizado por estudiante de grado noveno, vereda La Madera (2021)



Esta pintura fue realizada por un estudiante del grado noveno, quien exponía que, para él, uno de los hechos que más estupor le causaba, era el reclutamiento de jóvenes para la guerra. De ahí, el no comprender que una persona tenga, por un lado, unas apuestas de paz, pero tras ser llevado a alguno de los grupos subversivos, sea un arma, lo que mueve sus nuevos ideales.

Figura 8. Dibujo realizado por estudiante del grado noveno, vereda La Madera (2021)



En esta segunda muestra un adolescente del grado octavo retrataba la manera en que distintos grupos camuflados tenían la “autoridad” de acabar con la vida de otros, solo por tener en sus atuendos, unas vestiduras que alguien dijo eran los colores de los dos partidos políticos, con los que se inicia parte del conflicto armado. Este asunto, con sus sanas distancias temporales sucede de manera similar en la actualidad, en el que la limpieza social, o las fronteras invisibles se apoderan de un territorio y distintos actores criminales, se creen con la potestad de acabar la guerra con más guerra. Quizá el conflicto actual en el oriente antioqueño por el microtráfico y las plazas de vicio, sean solo una alegoría que este joven remitiéndose unas décadas atrás, plantea en su dibujo.

Notamos también que para los hombres es, quizá, más fácil retratar hechos específicos, en los que la mayoría hacen alusión a las armas y la muerte como la manera más eficaz de representar el conflicto armado; pero en las mujeres, sucedía otro asunto, y era la posibilidad de llevar ciertos símbolos a sus dibujos, que de pronto no expresaban de manera directa la violencia, pero que llevaba otro tipo de denuncias, unas relacionadas con su razón de ser mujeres:

Figura 9. Dibujo realizado por estudiante del grado noveno, vereda La Madera (2021)



Este retrato fue realizado por una jovencita de noveno, que desde el arte expresaba con comodidad sus pensamientos. Ella en la descripción por escrito de este dibujo, escribió: “Muchas personas lloran en silencio y se tapan los golpes con maquillaje porque les da miedo denunciar, por

eso es que tenemos que parar el maltrato y la violencia”. Allí, nosotras comprendimos que a ella, quizá poco le interese conocer sobre *pasados* conflictos en La Madera o en El Carmen, o al menos de aquellos que involucran ideales y grupos armados. Para ella, este espacio pudo ser la posibilidad de narrar otro de los males actuales que quizá ella presencia, y es la violencia de género, la lucha contra el silencio y con lo que significa quizá ser mujer en regiones predominantemente machistas. Esta joven desde el dibujo expresa lo que Alba Gómez hace también desde la palabra y sus colectivos feministas: Una denuncia por tantos rostros anónimos de la violencia contra la mujer.

Continuando por estas líneas, vemos como para otros fue muy importante durante estos ejercicios tomar parte en las dos maneras narrativas de las que hemos hablado: la palabra escrita y la pintura. El dibujo a continuación expuesto fue realizado por una estudiante del grado noveno quien, en uno de los trabajos escritos realizados, nos relató que su familia fue víctima de desplazamiento, y que por la misma razón se encontraban ahora viviendo en una vereda vecina de La Madera: La Florida.

Ella expone en su dibujo varios de los hechos delictivos realizados durante el conflicto. Sin embargo, en la parte trasera de esta obra, realiza un trabajo escrito, que como nombra Marieta Quintero (2018), puede ser fruto del desdoblamiento que se puede hacer al momento de narrar (p.59), esto es lo que escribe esta joven, a modo de relato:

Figura 10. Dibujo realizado por estudiante del grado noveno, vereda La madera (2021)



Hace muchos años en un pueblo muy lejano donde todo era felicidad y paz, las familias unidas y existía un ambiente de tranquilidad, los domingos asistían todos a la iglesia del pueblo donde nos reuníamos a orar. Pero un día, comenzaron a llegar unos individuos que no eran de la región

y día tras día llegaban más, todos consternados porque no sabíamos quiénes eran y además estaban armados. Se desplazaban por el monte y en ocasiones se acercaban pobladores de la zona, a preguntar sobre todos los que vivíamos allí, de un momento a otro nos empezaron a investigar y se tornaban muy agresivos. A varios jóvenes los desaparecían y sin razón alguna, cobraban “vacunas” y quien no la pagaba lo mataban así de esta manera todos comenzamos a desplazarnos a otros lugares para estar más seguros. (Estudiante de noveno, 2021)

Este relato se puede clasificar en la narrativa que da cuenta de la mismidad, contada por otro, *que es sí mismo*. Se trata de reconocer que la narrativa hace parte de la vida examinada (Quintero, 2018, p.59). Y en esta joven, el dibujo y el relato son los mecanismos para recordar y posteriormente narrar los tiempos de crisis, que no son solo suyos, sino que le fueron transmitidos como herencia, por su historia familiar.

Enseñanza del conflicto armado en la escuela

Las distintas discusiones sobre pedagogía han puesto particularmente la mirada sobre el currículo y las maneras en que el maestro se posiciona frente a él con la idea de hacer el proceso de enseñanza y aprendizaje algo menos jerárquico y, mucho más pensado en la singularidad de los contextos. Preguntarse por lo que no se debe enseñar en la escuela conlleva en sí mismo muchas respuestas o, por el contrario, la ausencia de ellas, sabiendo que asumir una como verdadera dejaría por fuera la validez de las otras. De hecho ¿de qué manera se eligen los contenidos que deben hacer parte de la escuela?, ¿quién los elige? ¿cuáles son los criterios de elección?

A propósito de esto, hemos de hablar de la memoria del conflicto armado y su enseñanza en la escuela, como uno de los marcos en los que se inscribió esta propuesta al ser de carácter pedagógico. A lo largo de la investigación nos interrogamos sobre el lugar que deben ocupar temas

como el conflicto en la propuesta curricular del área de lenguaje (Sánchez-Meertens, 2017), así como los modos en los que debería ser llevado al entorno educativo. Esto, sabiendo que muchas de las víctimas y de los victimarios son antecesores (abuelos) de quienes hoy ocupan los escenarios educativos, sin desconocer que en otros contextos aún siguen siendo los más jóvenes testigos de los horrores de esta guerra. Por esto, vale la pena señalar que, a pesar de existir gracias al proceso de paz algunas pinceladas sobre este contenido dentro de los salones de clase, a partir de libros de texto, cátedras de paz, etc., ha pasado igual que con las memorias en disputa, puesto que, la memoria oficial termina por permear también estos escenarios, en tanto, se resuelve que solo cierta historia sea llevada a las aulas y transmitida a quienes la habitan.

En este orden de ideas, si pensáramos por un momento en los contenidos que se nos ha brindado para conocer la historia, podríamos hablar de las guerras mundiales, Hitler y sus campos de concentración, el descubrimiento de América, el proceso de Independencia y década tras década de las batallas que han librado los próceres; pero posterior a un acuerdo de paz que negocia décadas de desangramiento, unas búsquedas de la no repetición, la verdad, y la justicia... ¿No deberíamos hablar también de nuestra historia más cercana? ¿No configura esa historia gran parte de lo que somos? Y, aún más ¿Por qué es más importante una historia que la otra? ¿Podríamos decir que, aparte de esto tiene que ver con el hecho de que la memoria del conflicto armado relatado desde sus víctimas pone en constante tensión aquellas memorias oficiales que tenemos ya establecidas, dado que son portadoras de verdades crudas, testimonios diversos y pensamientos distintos? Como apuntaba Ariel Sánchez Meertens (2017)

En el terrorismo, las guerras civiles, las dictaduras, los genocidios, en todos se busca despojar al oponente, al enemigo, al otro, de su capacidad de dar y transformar los significados de la historia. Precisamente por esto, resignificar y pluralizar los sentidos de la nación se convierte en una acción incluyente y potencialmente pacificadora, que exige preguntarse cómo deben ser representadas, articuladas y confrontadas las memorias locales, regionales y nacionales (p. 34)

Desde esta perspectiva llevar al aula esta otra cara de la historia abre un panorama sobre los hechos a los estudiantes, generando inquietudes y poniendo en duda lo que hasta el momento se

considera como cierto, resignificando y pluralizando las memorias, encontrando allí un campo, un lugar para confrontar la memoria oficial. Sin embargo, como ha sido planteado por el autor en *Los saberes de la guerra*, es necesario que más allá de pensar que la historia del conflicto armado haga parte de lo curricular hay que repasar los espacios de conversación, sus repercusiones, debates y su trascendencia, pero aún más reflexionar sobre hasta qué punto debe ser enseñado el conflicto, qué sí hace parte de esto y que no lo haría con base en las necesidades contextuales, los saberes previos y la voluntad por parte de los estudiantes de aprender sobre ello.

De hecho, si bien algunos padres reconocían la importancia de abrir espacios de diálogo entre víctimas y las nuevas generaciones para comprender la historia colombiana, al ser la mayoría no sólo testigos sino también directamente afectados por el conflicto armado colombiano, también hacían especial énfasis en qué no todo debía decirse, es decir, los horrores de la guerra, las modalidades de violencia y la sevicia de los victimarios debe ser tratada por fuera de los espacios educativos, o simplemente no traerse al presente, debido a que, como ellos dicen ya fue demasiado difícil en su época.

Ahora, frente a esto aparece también la importancia de reconocer los saberes previos, pues como mencionaba Ariel Sánchez-Meertens (2017) hay que reconocer el mundo político de los niños y adolescentes quienes también pueden tener una posición frente a los acontecimientos políticos, sociales y culturales, quienes son en sí mismos portadores de un saber adquirido sea a través de las redes sociales, televisión, o cualquier otro medio, pero que contribuyen a su posición crítica frente a los hechos. Por ejemplo, durante el desarrollo de los talleres fue posible establecer que sus conocimientos sobre el conflicto eran evocados, sobre todo, en relación con lo coyuntural como lo fue el paro nacional y las constantes olas de violencia que fueron compartidas por medio de Facebook o noticieros.

Desde su percepción y a medida que se iba estableciendo una línea de tiempo veían cercanía y una estrecha relación entre las causas y las consecuencias que habían generado tantas muertes y dolores en ambos momentos históricos. Con esto, se pudo generar un espacio de debate y cuestionamiento sobre las razones por las cuales quienes habían sido testigos de este conflicto preferían mantenerlo en el silencio, aunque ellos mismos preguntaran constantemente por los hechos de esta época.

En sí, llevar al aula las resignificaciones de la memoria posibilitó en ellos asumirse como sujetos críticos, reevaluar tanto pasado como presente y poner a conversar las distintas versiones sobre la historia, por lo cual en un par de ocasiones pudieron contradecirse y debatir entre ellos mismo, reafirmando que “lo que hace a la memoria efectiva, política y simbólicamente, es justamente su ambigüedad, su capacidad de poder apelar a una variedad de audiencias y evocar diversos entendimientos” (Sánchez Meertens, A. 2017, p. 36). Asimismo, frente a esto, pudimos establecer que, con la necesidad de buscar información sobre el conflicto armado, sus causas, consecuencias e incidencias en la comunidad el testimonio de padres, abuelos, hermanos fue la mayor fuente de aprendizaje para los estudiantes, descentralizándolo de la escuela y del maestro como únicos portadores de saber.

Dicho esto, y como lo propuso en su momento Ariel Sánchez Meertens (2017) no es solo buscar una incursión del tema a lo curricular o los libros de textos, es garantizar que los espacios no se conviertan en la educación bancaria que denunciaba Freire, en una simple transferencia de conocimiento, señalamientos de fechas y de actores. Sino que se pueda tomar posición, resignificar, y reflexionar reconociendo cuáles factores son trascendentales, según su contexto, su historia, incidencia y afectaciones, pero además puedan ser confrontadas memorias locales, regionales y nacionales. No debería ser solamente el currículo el que designe qué debe aprenderse, sino que es también necesario una posición del maestro y sus estudiantes frente a lo que consideran realmente les pueda aportar, construyendo diálogos comunitarios que hablen de la pluralidad de las memorias. Como menciona el autor

Enseñar la historia en la escuela sigue siendo la mejor opción para lidiar con un pasado violento porque brinda la oportunidad de ejercer un pensamiento crítico y de exponer a los estudiantes a múltiples ópticas y matices para así resignificar permanentemente la experiencia y mejorar las posibilidades de convivencia (p. 46)

6. Lo que nos enseñó este viaje

Una travesía está descrita como aquel viaje que emprendemos con el ánimo de aventureros, en el que nos preparamos para terrenos desconocidos, donde buscamos caminos y una que otra vez, tomamos atajos. Fueron estos los que nos sorprendieron conforme fuimos transitándolos, los que nos hicieron sentir paso a paso más cerquita de lo que puede ser la parada final. Sin embargo, el punto de llegada también puede ser la apertura de más caminos, otras rutas que pueden ser exploradas a futuro. Es además la oportunidad de mirar hacia atrás, repasar lo que se anduvo y preguntarse por las comprensiones, sentires y resonancias que quedan en nuestro interior alrededor de las rutas recorridas por la comprensión y enseñanza del conflicto armado en El Carmén de Viboral. En esta trayectoria mediada por la experiencia, los diálogos, lo comunitario, pedagógico y narrativo pudimos acercarnos a un territorio que develó a través de sus actores las historias que lo han construido y deconstruido.

En medio de los recorridos por la sensibilización del conflicto armado local, construimos un ejercicio reflexivo alrededor de los relatos de sufrimiento y resistencia en El Carmen de Viboral. Desde allí apreciamos cómo se vinculan los sentires y comprensiones intergeneracionales del conflicto, pues los adultos son los portadores de estos saberes que han caracterizado su territorio, mientras los jóvenes son sus herederos. De ahí reconocemos la importancia de abrir espacios de convergencia entre la escuela y la comunidad educativa, para abordar las causas, consecuencias y afectaciones del conflicto del que hacemos parte como nación colombiana.

Habitamos un territorio que fue duramente golpeado por el conflicto armado, un corredor, un camino obligado para quienes la guerra fue rentable. Este lugar de tradiciones conforme al camino nos mostró que hay huellas que ni el tiempo lluvioso, ni los días de sequía pueden borrar. Fue la palabra escrita, la conversación, la cercanía y los relatos los que nos hablaron de los ligeros escalofríos, los recuerdos dolorosos y la certidumbre de darle tiempo al tiempo; a través de ellos tejimos este trabajo que se constituye un aporte a la memoria local. Tanto en los estudiantes como en nosotras quedaron las preguntas por lo que se olvida, por lo que no se sabe o por lo que callan sus padres.

Aquí cabe señalar una de las movilizaciones que generó para nosotras este trabajo, que tiene que ver precisamente con el reconocimiento y la valoración de lo propio, es decir, darle el

verdadero significado e importancia a la investigación de fenómenos sociales en el espacio que habitamos, centrando nuestras miradas e intereses en lo local, en esa historia de la cual somos herederas como carmelitanas y en la que pudimos aportar desde la investigación que llevamos a cabo. Afuera hay varios asuntos relevantes por buscar y preguntarse, pero en el interior de nuestro territorio se encuentra una gama amplia de posibilidades para reflexionar y construir conocimiento.

El indagar por los testimonios de la guerra, por la historia de nuestro municipio, por las voces de los líderes que han caminado en los senderos de la memoria, nos permitió reconocer las marcas y huellas que impregnan nuestro territorio, así como también las apuestas colectivas que trabajan por reivindicar la dignidad humana, que hacen resistencia frente al silencio y al olvido, y aquí, resaltamos el papel de las mujeres carmelitanas como portadoras de esa fuerza solidaria, para tejer lazos de cooperación en medio de la barbarie de la guerra, pues son ellas las madres, hijas, sobrinas, abuelas, hermanas y amigas quienes alzan su voz para exigir la verdad y el reconocimiento de sus seres queridos.

En medio de estos recorridos por el conflicto armado hallamos que nuestra sociedad se encuentra plagada de discursos de odio a la diferencia, al otro, que nos llevaron a una guerra incesante y que hoy no son ajenos a nuestra realidad. Es inevitable no sentir miedo y pánico frente a un panorama como el que se dibuja ante nuestros ojos dentro del territorio que nos cobija; el Oriente antioqueño: hace algunos días el 20 de octubre del presente año se presentó una masacre en el municipio de San Rafael, donde cuatro jóvenes que se encontraban en una actividad cultural fueron asesinados a disparos, según las autoridades, en razón de un problema relacionado al microtráfico.

Sumado a lo anterior se encuentra el caso de amenaza de muerte que nos conmovió en gran medida, porque fue precisamente hacia una de las líderes a quien entrevistamos para el desarrollo de nuestro proyecto. Se trata de Flor Gallego, que en las horas de la noche del 22 de octubre participaba de una velación en El Carmen de Viboral, como un acto de solidaridad con las víctimas de la masacre en San Rafael. Ella estaba utilizando su celular cuando se le acercó un sujeto, diciéndole que la iba matar y lo repitió en reiteradas ocasiones subiendo el tono de su voz.

Para nosotras conocer estas situaciones nos genera angustia y preguntas por ese pasado violento que se recrea en la actualidad: estamos viviendo masacres, asesinatos, persecución y amenazas a líderes sociales, de nuevo vemos que se busca acallar la voz del otro, que se persigue

al que se atreve a denunciar y se quiere imponer un manto de silencio en la sociedad, a través de las armas. Esto nos provoca un sinsabor y nos pone a cuestionar una frase de alta resonancia en el imaginario colectivo que expresa que “quien no conoce su historia está condenado a repetirla” Los colombianos sabemos que pertenecemos a una tradición cargada de odios y que la violencia no es un buen camino, pues desangró cada parte de nuestra nación, aun así estamos volviendo a las rutas de la guerra, regresando a la historia, por lo que nos preguntamos, ¿para no repetir, es únicamente necesario conocer?, ¿qué debemos hacer luego de *conocerla*?

Este proyecto nos permitió además de tener una perspectiva amplia sobre el conflicto armado en el municipio, escuchar las voces y relatos de la guerra. A nosotras nos dejó como reflexión la importancia que tiene el reconocimiento de la palabra del otro, el escuchar como un ejercicio solidario, en donde las partes emisor y receptor se unen en un compromiso mediado por el respeto y la confidencialidad de lo compartido.

Escuchar no es una tarea sencilla, pues implica despojarse de apreciaciones personales sobre el conflicto y estar abiertos a recibir lo relatado de la lucha armada, desde una mirada holística. Hay que tener la disposición de encuentro con el otro, de entendimiento y empatía con ese ser que decidió contarnos su historia. Es necesario ir más allá de lo que las palabras nos pueden decir, comprendiendo los silencios cortos y largos, las miradas desgarradoras y nostálgicas, los escalofríos que se dibujan en los rostros.

Como maestras en formación nos llevamos experiencias compartidas con la comunidad educativa y con los distintos actores que nutrieron nuestra investigación, nos quedan dudas y preguntas evocadas por las letras de otros autores, talleres, aportes de maestros, estudiantes, padres de familia y líderes del territorio.

Así pues, estos cuestionamientos los dejaremos como preguntas abiertas que nos invitan a repensarnos en la labor de maestras, que abren otros caminos de investigación y que nos convocan desde nuestro quehacer pedagógico, a seguir transitando por estas rutas del conflicto en la escuela. En este sentido, planteamos los siguientes interrogantes que quedan resonando en nosotras: ¿qué responsabilidad tenemos como maestras de lenguaje y literatura frente a la memoria histórica?, ¿qué tipo de formación debe tener un maestro para abordar temas relacionados con el conflicto armado en la escuela?, ¿Qué consideraciones éticas se deben asumir en el proceso de enseñar el conflicto armado en nuestro país, un conflicto que, por lo demás, sigue vigente? ¿Bastaría con

conocer fechas, actores e hitos? Es más, si algún día esto llegara a ocupar los discursos pedagógicos
¿Desde qué perspectiva se debe contar la historia?

Referencias

- Ander-Egg, E. (1999). *El taller: una alternativa para la renovación pedagógica*. Editorial Magisterio del Río de la plata (p. 128-128).
- Antia, G(28 de abril de 2007).Relato de un NN. Suplemento Dominical de El Colombiano
- Arango, J. M. (2019). *Poemas reunidos*. Biblioteca digital Universidad de Antioquia.
- Arjona, L.(s.f) *Trabajos de la memoria sobre el conflicto armado en las escuelas colombianas*. Centro cultural de la cooperación Floreal Gorini
- Barragán, D & Amador, JC (2014). *La cartografía social-pedagógica: Una oportunidad para producir conocimientos y repensar la educación*. Itinerario Educativo, n. 64.
- Bolívar, A. (2002). "¿De nobis ipsis silemus?": *Epistemología de la investigación biográfico-narrativa en educación*. Revista electrónica de investigación educativa, 4(1), 01-26.
- Builes González, F. M. (2019). *Los maestros narran: resistencias al conflicto armado en Briceño–Antioquia*. Universidad de Antioquia
- Cely, D. M. F. (2014). *Grupo de memoria histórica, ¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad* (Bogotá: Imprenta nacional, 2013), 431 pp. 1. Historia y sociedad, (26), 274-281.
- Cepeda Ordoñez, Y. A., & Guevara, A. C. (2016). *Reconstrucción de las narrativas del desplazamiento forzado, caso urabá antioqueño-silvania cundinamarca*. Universidad de Cundinamarca.
- Comfama. (16 de marzo de 2021). *Presentación del libro: La sombra de Orión de Pablo Montoya Campuzano*. [Publicación de Facebook]. Recuperado de: <https://bit.ly/3H2Jkle>
- Comisión de la verdad. (07 de diciembre de 2018). *La Esperanza tiene memoria*. Recuperado de: <https://bit.ly/3kjEMgt>
- Conciudadanía (2012). Apuntes para la memoria. Recuperado de <https://conciudadania.org/index.php/publicaciones/libros/item/282-apuntes-para-la-memoria>
- Galeano, E. (2010). *El libro de los abrazos*. La cueva
- García de la Torre, C. I., & Aramburo Siegert, C. I. (2011). *Geografías de la guerra, el poder y la resistencia. Oriente y Urabá antioqueños 1990-2008*.

- García Vera, N. O., & González Santos, F. (2019). *Literatura y memoria histórica en la escuela. Una experiencia pedagógica e investigativa*. Folios, (49), 149-160.
- González Arango, I. (2014). *Un derecho elaborado puntada a puntada. La experiencia del Costurero Tejedoras por la Memoria de Sonsón*. Biblioteca digital Universidad de Antioquia.
- González, F. (1995). *Viaje a pie de dos filósofos aficionados*. Medellín, Universidad de Antioquia/Señas de identidad.
- Halbwachs, M. (2005). *Memoria individual y memoria colectiva*. Estudios: Centro de Estudios Avanzados, (16), 163-187.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria* (Vol. 1). Siglo XXI de España editores.
- Larrosa, J. (2006). *Sobre la experiencia*. Aloma. Revista de Psicología i Ciències de l'Educació, 2006, núm. 19, p. 87-112
- Lozano, P. (2015). *Era como mi sombra*. Ediciones SM.
- Llano, H. (23 de enero de 2021). Carlos Jimenez Gomez: Un Procurador histórico. In Memoriam. Recuperado de <https://bit.ly/3BZMbrg>
- Matta, N. (03 de septiembre de 2021). Seguridad crítica en Oriente antioqueño por bandas y homicidios. Recuperado de <https://bit.ly/2YskkCz>
- Medina, F. A. R. (2013). *Conflicto armado, escuela, derechos humanos y DIH en Colombia*. Análisis político, 26(77), 57-84.
- Molano, A. (2016). *A lomo de mula: Viajes al corazón de las FARC-EP*. Bogotá: Ediciones Aguilar.
- Molano, A. (2016). *Desterrados*. DEBOLS! LLO.
- Montaña Correa, D. (2019). *Formas de memoria y olvido en espacios educativos de San Carlos, Antioquia*. Universidad Nacional de Colombia
- Montoya, P. (2021). *La sombra de Orion*. Editorial Penguin Random House
- Moreno, E. (2019) *Reconstrucción de la memoria histórica del conflicto armado en el municipio de El Carmen de Viboral, Antioquia*. Universidad Nacional Abierta y a Distancia UNAD.
- Muñoz Salinas, H. R. *Escuelas arrasadas: Relaciones entre escuela, conflicto armado y hechos victimizantes en el municipio de San Francisco (Antioquia)*. Universidad de La Sabana.
- Nieto, P. (2019). *Los escogidos*. Marea.

- Ornaque García, I., & Malón Marco, A. (2017) *Memoria, conflicto y educación: la influencia de la dictadura de Pinochet en la escuela chilena*. Universidad de Zaragoza, Facultad de Ciencias Humanas y de la Educación
- Palacio Chavarro, M., Posada Vélez, D., Mira Correa, L., & Restrepo Mejía, A. J. (2020). *Rastros y rostros del maestro rural: narrativas de sus gestos pedagógicos en medio del conflicto armado en el Oriente lejano de Antioquia*. Biblioteca digital Universidad de Antioquia.
- Palacio Marín, P. A., & Bermúdez Correa, J. S. (2016). *El aula de clases, un lugar para la memoria histórica: un abordaje desde el territorio del lenguaje*. Biblioteca digital Universidad de Antioquia
- Palacios Salina, Y. (2019). *La escuela de cara al postconflicto: Una posibilidad para la reconstrucción de una memoria histórica del conflicto armado y el fortalecimiento de las prácticas de escritura en la ruralidad*. Biblioteca digital Universidad de Antioquia.
- Pérez Villegas, J. A., & Rojas Henao, D. J. (2020). *Pedagogía de la memoria en la escuela en relación con el conflicto armado: mediaciones desde la literatura*. Biblioteca digital Universidad de Antioquia.
- Pollak, M. (2006). *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata: Ediciones Al Margen.
- Portugal, T., & Uccelli, F. (2019). *Memorias, temores y silencios: el conflicto armado interno y su tratamiento en la escuela*. Repositorio del Instituto de estudios peruanos
- Programa por la paz, Cinep & revivir una nueva esperanza (2015) *Sobrevivientes hacemos memoria contra el olvido*.
- Programa por la Paz, Cinep y Revivir una Nueva Esperanza (2015). *Sobrevivientes hacemos memoria contra el olvido*. La Unión, Antioquia
- Puerta Henao, E. (2015). *Tejidos que dan sentido a la existencia. El significado que tiene para los habitantes de San Carlos la experiencia de reconstruir su tejido social afectado por el conflicto armado. Relatos de vida*. Biblioteca digital Universidad de Antioquia.
- Quintero, M. (20 Restrepo, L. (2016). *La multitud errante. Debolsillo.18 Usos de las narrativas, epistemologías y metodologías: aportes para la investigación*. Editorial Universidad Distrital Francisco José de Caldas

- Restrepo, L. (2016). *La multitud errante*. Anagrama
- Ricoeur, P. (2006). *La vida: un relato en busca de narrador*. ÁGORA - Papeles de Filosofía
- Rosero, E.(2007)*Los Ejércitos*. Colección andanzas
- Ruiz (2016). *El laberinto de los espíritus*. Planeta
- Saint Exupéry, A. D. (2016). *El principito*. México: Editores mexicanos unidos
- Sánchez Meertens, A. (2017). *Los saberes de la guerra: Memoria y conocimiento intergeneracional del conflicto en Colombia*. Siglo del Hombre Editores.
- Schmidt, Q. (2006). *Estándares básicos de competencias en lenguaje, matemáticas, ciencias y ciudadanas: guía sobre lo que los estudiantes deben saber y saber hacer con lo que aprenden*. p 18- 45
- Sosa, M. (2012). *¿Cómo entender el territorio?* Guatemala: Cara parens.
- Vanegas Vásquez, O. K. (2014). *Héroes vagabundos: Memoria narrativa de la guerra colombiana*. La Palabra, (25), 43-56.
- Vásquez, F. (2002). *El diario de campo: una herramienta para investigar en preescolar y primaria*. Serie formación de maestros Bogotá DC, Proyecto de reestructuración de escuelas normales, 111.
- Verdadabierta.(22 de Junio de 2016).Desaparecidos de la vereda La Esperanza: ¿20 años de impunidad?.Recuperado de: <https://bit.ly/3mrDTEh>

Anexos

1. Consentimiento informado Flor Gallego Hernández



Marco del consentimiento.

En el marco de la construcción del trabajo de grado en el pregrado en la Licenciatura Básica con énfasis en Humanidades, Lengua Castellana de la Universidad de Antioquia, se inscribe el proyecto investigativo: *Travesía por los caminos de herradura: Reconstruyendo las memorias del conflicto armado en el Carmen de Viboral una apuesta pedagógica y ética*, realizado por Lina María García, Luisa Fernanda Ossorio y Yuliana Montoya Pérez como investigadoras principales.

En él buscamos propiciar espacios de diálogo comunitario e institucional para ampliar las comprensiones sobre lo acontecido en el territorio en la época del conflicto armado y los procesos de memoria que desde allí se han ido configurando en el municipio del Carmen de Viboral.

Consentimiento informado.

Yo Flor gallego Humando con Cédula de ciudadanía número 21.660.262 acepto participar del proyecto de investigación *Travesía por los caminos de herradura: Reconstruyendo las memorias del conflicto armado en el Carmen de Viboral una apuesta pedagógica y ética. Para efectos del trabajo.*

Consiento que se graben las entrevistas realizadas: Si No

Autorizo que se haga uso de la información suministrada en la entrevista: Si No

Autorizo que se conserve mi nombre de pila en el informe de investigación y en las publicaciones que de él derive: Si No

En constancia firmo: Flor gallego Humando

Cédula: 21.660.262 del ccovina.

Ciudad y fecha: El Carmen de Viboral
Abril 29. 2021

2. Consentimiento informado Alba Gómez



Marco del consentimiento.

En el marco de la construcción del trabajo de grado en el pregrado en la Licenciatura Básica con énfasis en Humanidades, Lengua Castellana de la Universidad de Antioquia, se inscribe el proyecto investigativo: *Travesía por los caminos de herradura: Reconstruyendo las memorias del conflicto armado en el Carmen de Viboral una apuesta pedagógica y ética*, realizado por Lina María García, Luisa Fernanda Ossorio y Yuliana Montoya Pérez como investigadoras principales.

En él buscamos propiciar espacios de diálogo comunitario e institucional para ampliar las comprensiones sobre lo acontecido en el territorio en la época del conflicto armado y los procesos de memoria que desde allí se han ido configurando en el municipio del Carmen de Viboral.

Consentimiento informado.

Yo Alba Lucía Gómez Zuluaga con Cédula de ciudadanía número: 43.466575, acepto participar del proyecto de investigación *Travesía por los caminos de herradura: Reconstruyendo las memorias del conflicto armado en el Carmen de Viboral una apuesta pedagógica y ética. Para efectos del trabajo,*

Consiento que se graben las entrevistas realizadas: Si No

Autorizo que se haga uso de la información suministrada en la entrevista: Si No

Autorizo que se conserve mi nombre de pila en el informe de investigación y en las publicaciones que de él derive: Si No

En constancia firmo:

A handwritten signature in cursive script, appearing to read "Alba Lucía Gómez Zuluaga".

Cédula: 43.466.575 de El Carmen de Viboral

Ciudad y fecha: Noviembre 5 de 2021

3. El consentimiento informado de Don Gustavo, padre de familia habitante de la vereda La Madera, no será aquí anexado debido a que una de sus peticiones fue no revelar su identidad.